

Una prometida
INESPERADA

Serie
Inesperada
libro 2



A S Lefebvre

Verónica Mengual

© A.S. LEFEBRE
UNA PROMETIDA INESPERADA
ASIN: B09CR7MBFR
Sello: Independently published

Primera edición, octubre de 2021.
Impreso en Costa Rica.
Corrección y edición: Ainhona González.
Diseño de portada: Verónica Mengual.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Una prometida

Inesperada

A. S. Lefebre

Verónica Mengual

*A mi compañera Vero,
quien me llevó a un mundo en donde mis sueños
pueden volar más altos,
y a las chicas De Amores y Matrimonio,
por enseñarme a soñar más.*

Índice

[Capítulo 1: Una atención esperada](#)

[Capítulo 2: Una sorpresa desagradable](#)

[Capítulo 3: ¿Es Real?](#)

[Capítulo 4: No estoy interesada](#)

[Capítulo 5: Un nuevo pretendiente](#)

[Capítulo 6: El pasado regresa](#)

[Capítulo 7: Una decisión](#)

[Capítulo 8: Un plan desesperado](#)

[Capítulo 9: Una peculiar confesión](#)

[Capítulo 10: Perdóname](#)

[Epílogo: Una candidata inesperada](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

Una atención esperada

Hacer su presentación en la sociedad era la ilusión de todas las muchachas que entraban en la edad casadera y que querían contraer matrimonio, y la señorita Kalsie Robinson no era la excepción. Desde niña soñaba con ese día y se preparó arduamente para ese momento. Ella siempre ponía atención a sus clases, y se esmeraba para aprender todo lo que su institutriz le enseñaba, y así convertirse en la prometida perfecta y encontrar un esposo con el que pudiera hacer un buen matrimonio.

Kalsie no aspiraba a casarse con un lord y mucho menos a obtener un título, como la mayoría de las mujeres. Era consciente de que su familia no era de la aristocracia, sin embargo, su padre siempre le decía que con su belleza y carisma lo haría, y día a día le repetía que uno de esos hombres con títulos se enamoraría de ella y le propondría matrimonio. En realidad, el señor Robinson estaba muy seguro de que todas sus hijas se iban a casar con un par del reino, incluso tenía la loca idea de que una de ellas podría llegar a duquesa.

Las señoritas Robinson no solo eran muy hermosas, también dulces, amables y amorosas, y tenían la certeza de que se casarían por amor. Precisamente lo que Kalsie quería y deseaba con todas sus fuerzas.

La mayor de las hermanas Robinson, Kalsie, era una soñadora, y anhelaba un matrimonio como el de sus padres, que, si bien al principio no fue perfecto, gracias al amor que se profesaban, superó sus problemas y hoy en día era una pareja muy feliz. Y era por ello, que para escoger a un futuro esposo, antes de ir al altar, ambos debían estar enamorados el uno de otro. Kalsie era consciente de que no sería tan fácil como aseguraba su padre, pero no improbable y se esforzaría. Solo esperaba que, si llegaba a enamorarse, ese amor fuera correspondido y no uno

imposible, o jamás se casaría.

Su madre siempre le decía que uno solo se enamoraba de verdad una vez, que lo demás eran simples ilusiones, y que cuando esa persona llegara lo sabría porque su corazón iba a palpar diferente, y el mundo dejaría de existir.

Kalsie estaba segura de que eso le sucedería cuando conociera a ese hombre especial. Durante su adolescencia, tuvo algunas de esas ilusiones. Incluso sabiendo que no era correcto para una muchacha de su posición, le dio un beso furtivo a uno de los mozos de cuerdas que la tenía deslumbrada, pero había sido cuestión del pasado. Entre otras cosas porque aquel roce de labios no se sintió nada memorable.

Kalsie era la hija de un respetable comerciante, cuyo nivel de vida era más que aceptable para poder atender a sus tres hermanas y al heredero de su padre. Aunque el hermano mayor solía dar muchos quebraderos de cabeza al su progenitor.

—¡Cómo me hubiera gustado que nos presentáramos juntas! —La voz de su hermana Megan, con quien ella tenía más afinidad, la devolvió al presente.

Kalsie estaba sentada frente al tocador, en su habitación, mientras Megan la ayudaba a elegir los pendientes y el collar que llevaría esta noche.

—Lo sé, hubiera sido maravilloso compartir esta experiencia juntas —le dijo con sinceridad Kalsie.

Su hermana sonrió maliciosa.

—Madre dice que te voy a quitar los pretendientes —se mofó Kalsie, aunque bien sabía que la belleza sin parangón de Megan era insuperable.

—Quizás tenga razón, pero ya sabes lo que pienso al respecto. —Kalsie la adoraba, así que siempre que sus hermanas fuesen felices, ella estaría más que satisfecha con lo que le deparase el futuro.

Su hermana Megan era un año menor, y estaba igual de ansiosa por hacer su debut en sociedad, aunque ella tenía una idea un poco... diferente del matrimonio.

Observó a su hermana y curvó los labios en una sonrisa, puede que su madre tuviera razón y los pretendientes se fijasen primero en Meg, y ¡cómo no hacerlo! Siempre consideró que era la

más hermosa de las dos, aunque Megan pensaba diferente. Kalsie sabía que no era la apariencia de su hermana lo que llamaría la atención de un hombre, sino su actitud. Megan tenía un don para molestar a los caballeros y estaba segura de que en cuanto apareciera alguien que la frenase, su adorada compinche de fechorías acabaría postrada a sus pies.

Ese pensamiento hizo que Kalsie se sintiese insegura. Era cierto que ella tenía unas facciones amables en el rostro, su cabello y ojos eran acordes a la moda. Su figura delicada y elegante también era un buen punto a tener en cuenta. Al menos eso era lo que opinaba su madre. Pero su carácter no tenía la fuerza de Megan. Kalsie era menos temperamental, más calmada y dulce. Había tantas damas bellas con más prestigio y contacto que ella en Londres...

—¿Qué te apena, Kalsie? —quiso averiguar Meg al verla tan seria.

—Me asusta el matrimonio.

—¿A ti te asusta? —su hermana menor no podía creer lo que oía.

—Sí —respondió con sinceridad la belleza rubia.

—No debería, porque estoy convencida de que, con tu adorable aspecto y tu temperamento tranquilo, harás que un hombre caiga a tus pies con un simple vistazo. —Megan compuso una mueca de disgusto y agregó—: Lo mío sí será complicado.

—¿Por qué será complejo casarte, Meg? —Kalsie no veía la complicación por ningún lado.

—Porque no hallaré a ningún caballero que tolere mi temperamento.

—Hay mucha competencia en el mercado matrimonial. No me siento demasiado cómoda.

—Quédate tranquila, hermana. En cuanto lo veas, sabrás que es él. Sentirás la conexión y verás que todo irá bien. Solo ten un poco de fe en ti misma. Harás un buen matrimonio. No creo que ni que llegues a tener otra temporada. ¡Ellos querrán robarte para casarse contigo!

Las dos hermanas se echaron a reír. Megan la tomó por los hombros con el fin de infundirle ánimos. Después de unos breves minutos, las dos se sonrieron a través del espejo.

Las palabras de Megan hicieron que su corazón se asentase en una tranquilidad más que bienvenida. Kalsie tenía la certeza de que, si la persona indicada apareciese, ese hombre solo

tendría ojos para ella, sin importar las bellezas que lo rodeasen.

—Solo debes preocuparte de los deseos de nuestra madre. Bien sabes que lo que quiere es deshacerse de nosotras pronto, pretende que tú te cases en esta temporada y yo en la siguiente porque dice que cuatro muchachas es demasiado trabajo para ella y que se centrará de una en una para casarnos bien. —Puso los ojos en blanco—. Me gustaría saber qué hará con las gemelas, ellas sí o sí deben presentarse juntas y la volverán completamente loca con sus travesuras. Blair y Delila pueden ser como una plaga bíblica.

—Conociendo a madre, se inventará alguna excusa para dejar a una en casa. —Comprendía que esas dos hermanas eran mucho más difíciles de lo que lo eran Megan o ella misma. Casarlas cuando llegase el momento iba a ser una ardua tarea. Por suerte, para que eso sucediese faltaban años.

Ambas se echaron a reír, sus hermanas pequeñas eran un poco peculiares y estaban seguras de que en el momento que hicieran su presentación, les darían unos cuantos dolores de cabeza a sus padres, principalmente a su madre.

—Ponte las perlas para el baile de hoy, Kalsie. El blanco resaltará mejor tus ojos —le aconsejó su hermana al tiempo que sacaba las joyas del estuche de terciopelo rojo. La joven rubia asintió ante el consejo de Meg.

La doncella tocó la puerta antes de entrar en la habitación para ayudar a prepararse a Kalsie. Esa noche iría a su primer baile y así daría inicio a su debut en la temporada. Los nervios se la comían por dentro.

Kalsie, con el estómago encogido, se preparó lo mejor que pudo. Era un momento fundamental en toda joven inglesa de buena crianza. Ser presentada y lograr un buen partido era lo que su familia esperaba de ella. Sentía el peso de la obligación sobre sus hombros.

Un nuevo golpe en la puerta hizo que Kalsie olvidase sus temores.

—Adelante —ordenó.

Megan entró y la miró con los ojos como platos. Eso era una buena señal, puesto que su hermana menor no solía mostrar demasiadas emociones si no la impresionaban.

—Estás muy hermosa con ese vestido.

Kalsie le dio una sonrisa tímida.

—¿Realmente lo crees? —Megan cabeceó afirmativamente—. Estoy tan nerviosa que no logro reconocerte.

Megan se acercó a su espalda, delante se encontraba el espejo donde estaba admirándose, al situarse ahí, el reflejo de ambas mostró a dos hermanas que se comprendían y se amaban. Kalsie y Megan eran como el *yin y yang*, ella tenía el cabello rubio a diferencia de su hermana que era cobrizo, aunque sus ojos sí eran idénticos, pero eran muy diferentes.

—Mírate, si esta noche no consigues al hombre ideal, es porque todos están ciegos. Tú serás la dama más hermosa en el salón de baile. No tengas dudas en eso.

Kalsie sonrió, de alguna manera ella siempre lograba animarla.

—Gracias, Meg. —Kalsie se giró y la abrazó.

Megan negó con la cabeza.

—Solo digo la verdad, y es momento que bajas. Nuestros padres te esperan. Estoy segura de que esta misma noche recibirás al menos dos propuestas matrimoniales.

Ambas se echaron a reír. Deshicieron su abrazo y Kalsie se miró de nuevo al espejo. En esta ocasión se sentía la mujer más hermosa del mundo. Tomó los guantes y el abanico de encima de la mesa, y salió de su habitación junto a su hermana. Ambas bajaron. Sus padres se encontraban esperándola en el recibidor, al mirarla el señor Robinson, dibujó una amplia sonrisa en sus labios.

Esperaba que Megan no se sintiera mal por no ser presentada y de que solo Kalsie pudiera tener el privilegio de la temporada. No. Seguro que su hermana menor agradecía no tener que pasar por esto ahora mismo. Megan decía que no estaba preparada para casarse.

—¡Te ves tan hermosa! —exclamó el señor Robinson con orgullo—. ¡Cómo me hubiese gustado que mis niñas no crecieran rápido! —adujo con nostalgia—. Sin embargo, hoy inicias tu primera temporada, y estoy seguro de que también será la última. Te deseo mucha suerte y recuerda: tú eres un gran tesoro.

Kalsie se puso de puntillas y besó a su padre en la mejilla. Adoraba a ese buen hombre que tanto las quería y protegía.

—Es momento de irnos o llegaremos tarde —expresó la señora Robinson mientras observaba a su hija mayor con el mismo orgullo que lo había hecho el padre.

Durante el viaje en carruaje, su madre le dio algunas instrucciones de lo que no debía hacer en la velada. La señora Robinson le hizo sentir que la noche sería maravillosa.

Así que llegaron a su destino. Un baile con un ambiente distinguido. Caballeros elegantes, damas radiantes... Era un sueño y ella se sentía una princesa. Solo necesitaba que apareciese su príncipe azul. Después de las presentaciones oficiales, Kalsie permaneció al lado de sus padres. Estaba muy sorprendida de los muchos caballeros que se acercaron para anotarse en su libro de bailes y eso le dio mayor confianza en sí misma. En su mayoría todos eran hombres muy apuestos, muchos con títulos, aunque ninguno llamó su atención de forma especial.

La noche estaba siendo vertiginosa, y como estaba un poco agotada informó a su madre que iría a beber ponche, así descansaría un poco. Llevaba casi toda la velada bailando y conversando, y le dolían pies. Localizó un par de sillas muy cerca de donde se encontraba, y se dirigió ahí, pero no consiguió llegar porque de camino, un caballero la interceptó, y Kalsie hubo de frenar su avance.

Era alto, con una espalda ancha y una cintura estrecha. Muy elegante en su atuendo y apostura. Su cabello rubio, de un color similar al suyo, le gustó. La joven se quedó congelada al examinar su rostro. Era apuesto. Con facciones casi angelicales. Ella se fijó en su mirada, el color aguamarina de sus ojos le robó el aliento, pero más lo que vio reflejado en ellos, porque al observarlo con especial atención algo se removió en su interior.

Él carraspeó y eso hizo que Kalsie moviese la vista hacia su boca. Labios ricos, rosados y gruesos. ¡Ella no debería pensar en los labios de un hombre! Se recriminó mentalmente para obligarse a recuperar la sensatez.

—Disculpe que me haya interpuesto en su camino, *milady*, pero llevo un rato observándola y me preguntaba, si aún tiene algún baile disponible para concederme. —Su voz era profunda. Como terciopelo deslizándose en sus oídos.

Kalsie salió de su ensimismamiento y curvó los labios, mas no sonrió. Debía mantenerse cauta. Había visto al caballero llegar una hora después del inicio de la velada porque le parecía un hombre apuesto, y él solo se había dedicado a conversar con una copa de licor en sus manos,

por lo que se sorprendió de que le pidiera un baile. Por suerte su madre le aconsejó que no aceptara todas las invitaciones así que tenía un hueco.

—Yo... —Kalsie se quedó en blanco. Él pareció sentir la perturbación de ella y sonrió complacido.

—Si es que aún le queda alguno, por supuesto —la ayudó él.

Ella irguió la espalda todo cuanto pudo y echó mano de su inteligencia para evitar perderse en lo que ese caballero le inspiraba.

—No es correcto que un caballero avasalle a una dama sin la presentación oportuna.

Él no pareció avergonzarse con la recriminación.

—Lo es para el resto, pero no para un hombre como yo. De todos modos, puesto que no veo a nadie que pueda hacer las presentaciones oportunas, y deseo bailar con usted, yo mismo me presentaré. Soy Ethan Howard, marqués de Wyatt y me gustaría tener un baile con usted.

Ella no supo si echar a correr o seguir clavada en su lugar. Ese aplomo que detectaba en su voz, esa arrogancia... Estaba segura de que pretendía incomodarla.

Kalsie hizo una reverencia conforme marcaba el protocolo. Ante todo, era una muchacha instruida. La mirada de uno y otro continuó fundiéndose.

—Es poco usual hacer algo como lo que ha hecho, milord. De todos modos, pasaré por alto este pequeño desliz... Comprendo que un marqués no está habituado a seguir las normas. — Estaba segura de que el título de él le había permitido muchas licencias y ella no deseaba escapar de su mirada, esa que la tenía subyugada.

—¿Entonces me permitirá conocer su nombre? —le dijo con humor. Ahí se confirmó que él era un marqués muy arrogante y autoritario.

—Soy la señorita Kalsie Robinson, milord.

Él tomó su mano enguatada y depositó un beso que Kalsie sintió llegar hasta su piel. ¡Era del todo atrevido en sus formas! Estaba segura de que pretendía ponerla nerviosa. Se prometió que no lo conseguiría, así que apartó la mano con rapidez. Lo vio sonreírse y ella bufó por lo bajo.

Él no se demoró en anotar su nombre, y luego de brindarle una sensual sonrisa se retiró.

Kalsie lo vio marcharse, avanzó los pasos que la separaban de su objetivo, esa silla que ahora necesitaba más que nunca, suspiró de alivio al sentarse y extender las piernas. Lo que más deseaba era poder quitarse los zapatos, pero eso no podía ser. Abrió el libro para observar el nombre del caballero y ver la caligrafía de ese extraño ejemplar masculino que... Kalsie suspiró sin ser consciente de haberlo hecho. Efectivamente se trataba de lord Wyatt. Sonrió al ver esos garabatos altos y elegantes, no pensaba aceptar más bailes, no obstante, desde que lo vio entrar, sintió curiosidad por él, y no se atrevió a rechazarlo, aunque algo dentro de ella le impulsaba a correr en la dirección opuesta. No comprendía el motivo, pero sentía que él era más complejo de lo que lo eran sus hermanas Blair y Delila.

Descansó durante unos minutos y después de bailar con un caballero muy agradable, el próximo sería lord Wyatt. Él no tardó en acercarse a ella cuando llegó su turno y sonrió con coquetería al brindarle la mano para permitir que la llevase al centro del salón. Kalsie sintió una sensación desconocida recorrer todo su cuerpo cuando ambos se volvieron a tocar de nuevo. Wyatt carraspeó, ella subió el rostro, y lo miró a los ojos, nunca había visto unos tan hermosos como esos. Su tono aguamarina tenía un brillo que le volvió a robar el aire de sus pulmones.

—Admito que pensé que no tendría la oportunidad de bailar con usted. —La actitud de él en esos momentos no era tan tiránica como lo había sido instantes antes. Eso la relajó.

—Quizás si hubiese llegado unos minutos más tarde, eso hubiera sucedido, milord. —¡Ella estaba flirteando! Se sintió orgullosa de sí misma.

—No lo dudo, es usted una dama muy hermosa y he visto un único hueco en su libro. Todos los caballeros la miran y admiran. Confieso que nunca me consideré un hombre celoso... —dijo pensativo.

Kalsie se sonrojo levemente. No esperaba que él dijese algo como eso.

—Apenas es mi primer día, milord. —No deseaba mostrarse vanidosa, pero quería hacerle ver que ella podría valer la pena.

—Supongo que ya debe tener a más de un caballero interesado en cortejarla, ¿cierto?

Kalsie perdió el paso y las fuertes manos de su compañero de baile le hicieron volver a seguir los pasos del vals. No fue tanto en sí la frase lo que la inquietó, fue la posesividad que

percibió ahí.

Ella frunció el ceño primero y luego se obligó a sonreír. Estaba más que claro que en efecto era un marqués que no se andaba por las ramas.

—Pudiera ser. —Pretendió parecer misteriosa. No quería pecar de ser una engreída malcriada.

Wyatt la miró con seriedad.

—A mí no me importaría perder mi amada libertad, y casarme con una mujer tan hermosa como lo es usted.

Una vez más, el paso se perdió. Él estaba siendo inadecuado en sus afirmaciones y ella no tenía idea de cómo debería tomar sus afirmaciones. No sabía conducirse en sociedad, pero estaba segura de que un hombre no debería comportarse del modo en el que él lo hacía. Tenía en la punta de la lengua una réplica mordaz, una que haría que Megan se sintiera orgullosa... Pero lo que salió de su boca fue:

—¿Solo por ser hermosa? —coqueteó la joven, pese a saber que no debería hacerlo. La culpa era de él. Ese aroma a bergamota la estaba hechizando. No había otra explicación plausible.

Él negó con la cabeza.

—No. Tengo la impresión de que usted sería una esposa perfecta. —Ella perdió el paso una vez más y él la volvió a agarrar. Esa sonrisa que veía en sus labios la tenían contrariada—. No parece presuntuosa, es muy simpática, diría que inteligente y asumo que tiene más virtudes.

Kalsie curvó los labios en una sonrisa inesperada. No iba a admitir que su corazón clamaba por ser su esposa.

—Eso solo lo sabrá mi futuro esposo.

—Tiene razón, en ese caso espero serlo —sentenció el caballero con una arrogancia desmedida—. Sé que la competencia será difícil, mas no tengo dudas de que lograré ganar su corazón.

Esta vez no perdió el paso, sino que se quedó completamente callada. ¿Eso fue una

proposición real? ¡Él era un marqués! Ella la sencilla hija de un comerciante. La joven no se atrevió a abrir la boca después de esa afirmación tan contundente que él había hecho. A Kalsie le pareció muy directo, pero también era verdad que un hombre con título no dudaría en proclamar lo que le venía en gana.

No hubo más conversación. El baile terminó y él se marchó... Kalsie diría que vio reflejados en sus ojos una satisfacción que...

En su fuero interno, la señorita Robinson deseó que realmente fuera una declaración de intenciones en firme. Estaba casi segura de que lord Wyatt era el indicado. Las mariposas que sentía en su estómago así se lo indicaban. Más que nada porque el resto de los caballeros parecieron dejar de existir en su mente. Ethan Howard había dicho él que se llamaba. Le pareció un nombre precioso. Un título excepcional. Un marqués que desafiaba las normas... Interesante, porque ella no tenía un alto linaje que a él le pudiera interesar.

El resto de la velada sintió que caminaba entre las nubes, incluso olvidó su dolor de pies por ese encuentro tan extraño vivido con un joven con el que ella ya se veía recitando los votos en una preciosa catedral de Londres. Se permitió soñar por unos instantes con ese día, porque en verdad el marqués de Wyatt la había dejado impresionada con su presencia y temperamento.

Esa noche Kalsie se fue a la cama con una enorme sonrisa en el rostro, esperando que la mañana llegara pronto para volver a ver al hombre que robó su corazón. Sin embargo, conforme la tarde llegó, se sintió decepcionada porque lord Wyatt no se presentó entre todos los pretendientes que la visitaron en su casa y expresaron su interés en ella.

El debut le estaba sabiendo a cenizas.

Pasaron un par de días y la cosa no parecía mejorar. No había rastro de él.

—Quizás, primero quiere ganar tu corazón durante las veladas, y cuando esté seguro de que no lo rechazarás vendrá a pedir tu mano —la animó su hermana al verla tan decaída.

Ambas estaban en la habitación de Kalsie porque Megan estaba ayudándola a terminar de prepararse para la salida de la noche. La joven le había contado que un hombre le había hecho suspirar, pero se calló el nombre porque no deseaba darle más información a nadie.

—Tal vez tengas razón. —Trató de sonreír, pero lo que salió fue triste levantamiento de su labio inferior.

Con esa esperanza, Kalsie eligió el que creía que era su mejor vestido. Megan la ayudó mientras le decía que no se preocupase, que todo saldría bien. Así que la mayor de las hermanas Robinson se dispuso a disfrutar de una nueva actividad.

No obstante, lord Wyatt no se presentó esa noche, ni al día siguiente, ni al otro, ni el resto de la semana y cuando sus esperanzas estaban por irse de paseo, lo vio.

Un nuevo baile donde él se quedó mirándola como si... Como si fuese la primera vez que la veía. Era del todo extraño. Pero Kalsie no puso impedimentos a un nuevo acercamiento.

Igual que la primera vez, él le pidió un baile y le insinuó que estaba interesado en ella. Esa noche hubo más conversación, más confidencias. Y así, durante la semana se dedicó a cortejarla con discreción, llenándola de promesas y haciéndole creer que él pediría su mano.

Sus padres le habían preguntado por él. Kalsie no se atrevía a desvelar sus sentimientos. Todo parecía un secreto que ambos debían guardar. Él la divertía y la hacía sentir especial. Pero algo dentro de ella le hacía ser cauta. Pese a que todo parecía ir bien, no se atrevía a explicar lo que sentía por él. Además, se habían visto en cada baile, pero lord Wyatt nunca venía expresamente a su casa para pretenderla formalmente.

Y unos días más tardes, todo pareció saltar por los aires. Habían coincidido en distintas veladas, pero fue como si ella no existiera, ni una sonrisa, ni una mirada, simplemente la ignoró, lo que le provocó tristeza. ¿Podía ser un hombre tan inconstante en sus afectos? ¿Se estaba burlando de ella? Las palabras que compartían parecían ser sinceras. Él le hablaba de matrimonio, de una vida en común cuando estaban juntos. Kalsie había aprendido que no era un hombre paciente, que cuando veía una cosa que deseaba la poseía. Las afirmaciones que le decía eran fervientes, reales. Entonces, ¿qué estaba pasando?

Se armó de valor para enfrentarlo, pero el resto de la temporada no tuvo más contacto con lord Wyatt, así que finalmente ella trató de estar lejos de él cuando coincidían en alguna velada.

Las siguientes semanas no dejó de admirarlo y suspirar por él, en silencio, mientras escuchaba muchos rumores. Se decía que a él no le importaba nada, un calavera y entendió su forma de actuar. Ella había sido una distracción y debía dar gracias a que nada más hubiera sucedido entre ambos. Kalsie no creía que ese tipo de hombre cambiara, y muchos menos que él

realmente hubiese tenido un interés especial en ella y fue por ese motivo que se propuso encontrar a su verdadero amor. Estaba segura de que lo que sintió por lord Wyatt era una ilusión pasajera. Trató de convencerse de que esto había sido así, pero...

Durante un recital de poesía, al salir del tocador, notó que alguien se aproximaba, pero no le prestó atención y continuó su camino. De repente, el murmullo similar a una discusión que escuchó a sus espaldas la hizo girarse para mirar qué sucedía. Lord Wyatt se encontraba discutiendo con una dama, no pudo ver su apariencia, pero sí observó que de pronto él la besó. En ese preciso momento la joven sintió que su corazón se rompía en uno y mil pedazos. Jamás imaginó sentirse así. La pena, la tristeza y la decepción la atravesaron como un rayo furioso que rompía el cielo en medio de una virulenta tormenta de verano.

Se giró y se obligó a poner un pie delante del otro para salir de ahí. Alzó la cabeza y parpadeando, tratando de contener las lágrimas, comenzó a andar. Se detuvo en el primer lugar solitario que encontró para respirar profundamente y reponerse. Desde el principio y muy en el fondo tenía la absurda idea de que él se había acercado dispuesto a enamorarla para casarse con ella.

Eso no había sido así. Kalsie ocultó su dolor y no dijo una palabra a nadie de la decepción tan grande que se llevó con él. Nada fue igual después de aquello.

La temporada londinense terminó sin que Kalsie aceptase a alguno de sus muchos pretendientes. Pese a que su padre le dio algunas recomendaciones, las rechazó.

También decidió no presentarse en la siguiente temporada con la excusa de darle la oportunidad a su hermana, ya que sería la primera de Megan para brillar con luz propia. Kalsie prefirió quedarse en la finca de campo custodiando a los pequeños demonios que eran Blair y Delila. Aunque en realidad lo que no quería era ver a lord Wyatt nunca más, algo un poco imposible, dado que le prometió a su padre asistir a la siguiente, sin embargo, eso nunca sucedió.

Sus padres murieron y toda su vida se puso del revés.

Capítulo 2

Una sorpresa desagradable

Años más tarde.

Kalsie Robinson observó a sus hermanas Blair y Delila, quienes iban sentadas frente a ella en el interior del carruaje, en el que viajaban hacia Londres. Ambas iban dormidas, con los brazos entrelazados y las cabezas apoyadas, una sobre la otra, como las inseparables mellizas que eran. Al mirarlas nadie se imaginaría que ese par, de rostros angelicales, eran como un huracán, pues podían provocar un caos en unos segundos.

Se habían dormido hacía unos minutos, después de horas de charlas y preguntas. Sus hermanas estaban muy ansiosas por ir a Londres, extrañaban a Megan, porque la ciudad era toda una novedad para ellas. En especial al escuchar que ahí estaría su nuevo hogar. Pese a que sus hermanas más jóvenes amaban andar con las faldas recogidas o usar pantaloncillos de muchacho, ellas soñaban con usar vestidos elegantes como los que una vez utilizaron Megan y ella, antes de sus padres murieran y su hermano mayor desapareciera con todo lo que les pertenecía, dejándolas a su suerte.

Kalsie desvió su mirada hacia la ventanilla, apoyó la barbilla en la mano y suspiró. Puede que sus hermanas estuvieran muy emocionadas de su nueva vida, sin embargo, a ella no le hacía la misma ilusión. Había abandonado Londres cuatro años atrás, con la excusa de que custodiaría a las gemelas en la finca de campo, para que Megan pudiese disfrutar de su primera temporada, pero en realidad estaba huyendo con el corazón roto. En honor a la verdad, Kalsie no se lamentaba de haber tenido una única presentación en ese tiempo. La vida en el campo era tranquila... cuando las gemelas lo permitían.

No iba a negar que su presentación en la sociedad había sido un éxito, durante toda la temporada, los pretendientes no habían dejado de presentarse en su puerta, con la intención de conquistar su corazón y tener su mano en matrimonio. Sin embargo, Kalsie se enamoró del único caballero que era inadecuado para ella. De el único hombre que jamás la haría su esposa. Él solo la había ilusionado, para luego romperle el corazón en mil pedazos.

La mayor de las hermanas Robinson bufó y alejó esos pensamientos de su cabeza. No era el momento de pensar en ese libertino, únicamente esperaba no volver a verlo mientras estuviera viviendo en Londres. Kalsie hubiese preferido quedarse en la finca de campo, ahí se sentía segura, e iba con todas las intenciones de comunicarle a Megan que regresaría después de que las mellizas concretaran un buen matrimonio, porque si de algo estaba segura, era de que ella no se casaría nunca.

Megan. Al pensar en la segunda hermana Robinson, sintió rabia e impotencia. Meg había arriesgado su felicidad para darles un mejor futuro a ella y a las mellizas, una salida de su precaria situación económica y social, y no era justo que Megan hubiera tenido todo el peso sobre sus espaldas, porque Kalsie era la mayor y quien debía cuidarlas a todas. Durante meses tuvieron que ingeniárselas para llevar comida a la mesa y supuso que eso fue lo que motivó a Megan a ir a buscar al duque de Dash, su tutor.

Kalsie seguía sin comprender cómo era que ese hombre sin corazón terminó convirtiéndose en su tutor. ¿En qué estaría pensando su padre cuando lo eligió? Y la pregunta más importante: ¿Qué impulsó a Megan al aceptarlo como su esposo? Kalsie lo odiaba, de la misma forma que a su hermano, por olvidarse de ellas y abandonarlas después de morir sus padres. Otro motivo más por el que no quería vivir bajo el mismo techo que ese hombre.

El carruaje se detuvo y Kalsie salió de sus pensamientos, pronto tendría una respuesta a todas esas preguntas que daban vueltas en su cabeza desde el día en el que el administrador de lord Dash se presentó en la finca de campo para comunicarles que debían irse con él a la residencia del duque en Londres, y le explicó los motivos por los que debían hacerlo.

No se lo podía creer. ¡Iban a vivir con el hombre conocido como el León Dash! Lo imaginaba fiero, arrogante temerario... ¡En qué demonios había estado pensando Megan!, volvió a preguntarse con inquietud.

—¡Blair, Delila, despertad! —Las llamó. Pasaron unos minutos y como no obtenía respuesta, se inclinó y palmeó la pierna de Delila para despertarla. Kalsie sonrió al ver que quien

reaccionaba removiéndose era Blair. Solían decir que los gemelos estaban conectados, no era mentira. —¡Arriba, vamos, hemos llegado!

La primera en abrir los ojos fue Delila, ella era la más inquieta de las dos, por lo que sacudió a Blair para que despertara.

—Cinco minutos más —murmuró Blair, y sus manos se movieron perezosas para alejar a Delila.

—¡Despierta, Blair! —chilló Delila disgustada. Su gemela siempre había sido una dormilona.

—Niñas comportaos, recordad que venimos a la casa de un duque —las amonestó Kalsie.

Esas palabras hicieron que Blair terminara de desperezarse, y ambas mellizas se sentaron erguidas. La miraron como si no hubiesen hecho nada. Eran expertas en fingir inocencia.

La puerta del carruaje fue abierta por un lacayo muy bien vestido, con levita azul, y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Kalsie titubeó al hacerlo, antes inspiró profundamente, y soltó el aire muy despacio. Al bajar, lo primero que hizo fue subir la mirada y admirar la imponente mansión frente a ella. Grandes columnas se erguían en el acceso principal, ante una casa que parecía no tener fin. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y se estremeció. Le parecía aterradora.

—¡Dios mío, es enorme! —exclamó Delila a su espalda con la boca semiabierta.

—Y preciosa —replicó Blair. Esta gemela ya estaba imaginando las travesuras que podrían hacer en ese gran lugar.

«¿Qué se veía de hermosa?» pensó Kalsie, ella sentía que era un mausoleo. Ciertamente, incluso podría ser la guarida de un león. No le extrañaba el sobrenombre que le habían puesto a ese duque que se decía que era de origen romaní.

Kalsie se giró para mirarlas y no pudo evitar sonreír al observarlas a ambas con los ojos y boca muy abiertos, admirando la impresionante mansión ducal que se alzaba frente a ellas.

—¿Es ahí dónde vamos a vivir? —preguntó Blair. Ella había comenzado a subir la escalinata del porche y Delila no se demoró en seguirla.

Kalsie no se quedó atrás, pese a que no quería estar en Londres, su hermana Megan vivía en esa casa y estaba ansiosa por verla y saber si se encontraba bien.

El administrador, quien había preferido viajar a caballo junto al carruaje —Kalsie suponía que para no incomodarlas— avanzó hasta adelantarlas y tocó a la puerta. Pocos minutos después un sirviente la abrió y las observó con curiosidad.

—Bienvenido señor Potter, imagino que ellas son las señoritas Robinson —señaló el sirviente del duque al ver a las jovencitas de pie detrás del hombre.

—Así es, señor Rain —le respondió al mayordomo de la casa.

—Adelante. —El hombre que custodiaba la puerta se hizo a un lado y los invitó a entrar. Guio al grupo hacia un amplio salón decorado en tono azul. Para el gusto de Kalsie ese lugar era demasiado sobrio—. En unos minutos los señores se reunirán con ustedes. —Les indicó antes de hacer una reverencia y salir de la estancia.

El administrador lo siguió y las hermanas se quedaron solas en la estancia.

Kalsie tomó asiento erguida, estaba muy nerviosa a diferencia de sus hermanas, las cuales daban vueltas por el lugar, observando la decoración.

—Niñas, venid a sentaros y...

—Déjalas —la interrumpió una voz desde la puerta, enseguida las gemelas corrieron hacia ahí.

—¡Megan! —chillaron las dos al unísono.

Megan abrió sus brazos al ver a los terremotos correr hacia ella y las recibió en un cálido abrazo. Hacía varias semanas que se había separado de ellas y las extrañaba muchísimo.

Kalsie se puso de pie. Estaba igual de ansiosa que sus hermanas, sin embargo, ella lo supo disimular. Caminó despacio hacia Megan y sintió el picor de las lágrimas en sus ojos al verla.

—Kai —era el apelativo cariñoso que Megan le había puesto—, bienvenida. —Las gemelas aún estaban aferradas a ella. —Blair, Delila, nuestra Kalsie también se merece un abrazo. —Ambas se apartaron al escuchar sus palabras. Megan avanzó los pasos que las separaban y la cobijó en sus brazos. La mayor de las hermanas sintió la alegría de su hermana

Megan al volver a verse. Ese abrazo era mucho más que un reencuentro. Era una nueva ilusión, una nueva vida. Al fin su futuro estaba asegurado. Oh, sí. Los brazos de Megan le transmitieron eso y mucho más, porque sintió que su adorada Megan estaba bien. No había pena o congoja en su postura. Kalsie al fin pudo desechar sus temores. No sabía lo ocurrido con exactitud entre Megan y el duque León, pero a buen seguro todo había salido bien... ¿no? No obstante, la señorita Kalsie no pudo reprimir las ganas de regañarla, pues más allá de una duquesa, Megan era su hermana menor también.

—¡Eres una inconsciente! No debiste haber desaparecido así. —le reclamó Kalsie sin darse cuenta de que las lágrimas mojaban sus mejillas.

—Debía encontrar una solución para nuestra situación —se excuso *lady* Dash.

Megan la vio ahí solemne y elegante con un precioso vestido dorado y en verdad iba a costar recordar que estaba ante una mujer de las altas esferas y no frente a su querida hermana.

—Yo soy la mayor, yo debí haberlo hecho, no tú, y menos... —Guardó silencio al percibir una presencia a espaldas de Megan.

Fiero. Serio. Todo un duque. Un caballero de porte regio, elegante, de cabello y ojos negros, piel oscura y vestido con traje a la medida se acercó a ellas. Kalsie, al verlo, retrocedió unos pasos para intentar alejarse de él, y las gemelas se colocaron detrás de ella. Ese hombre era aterrador.

Megan sonrió cuando su esposo se situó a su lado. No le sorprendió ni por un momento la reacción de sus hermanas. Era consciente de que Ambrose era terrorífico, al menos en apariencia, puesto que para ella era como un lindo gatito ahora mismo.

—Kai, niñas, quiero presentaros a Ambrose Hume, duque de Dash, mi esposo, vuestro tutor y nuevo hermano. Y ellas son Kalsie, Delila y Blair Robinson, mis hermanas. —Las señaló con la mano mientras las presentaba, para que supiera quien era cada una.

Megan ya estaba pidiendo una oración al cielo para que su estupendo esposo tuviera paciencia con las pequeñas. Dash era maravilloso, pero las gemelas podían acabar con la paciencia de un santo y sospechaba que el León no sería tan generoso en su tolerancia.

Kalsie vio al duque asentir de un modo extraño. ¿Él había hecho una mueca de desesperación? No, seguro que ella lo había imaginado...

—Señoritas, es un placer conocerlas. Sean bienvenidas a su nuevo hogar, espero que tengamos una bonita convivencia. —Dash evitó acercarse a ellas, fue consciente de su reacción cuando lo vieron.

—Muchas gracias, excelencia —respondió Kalsie en tono frío. Ese hombre en definitiva no le agradaba, y que se hubiera casado con su hermana, mucho menos. Tenía la sospecha de que Megan solo lo hizo por el futuro de ellas, porque ahora que lo tenía delante supo que era imposible que Megan pudiera congraciarse con un hombre de ese aspecto y carácter.

Ambrose asintió, se acercó a su esposa y le indicó que se reuniría con el administrador en el estudio. Además de ir por las hermanas Robinson, también le había pedido que revisara otros asuntos en la finca de campo. Luego salió, dejándolas a solas.

—¿Eres una duquesa? —preguntó Blair, al acercarse de nuevo a Megan. Sabía que era muy importante, por ese vestido impresionante que su hermana lucía...

—¿De verdad es tu esposo? —questionó Blair. Tenían que tener mucho cuidado de que cuando iniciaran alguna fechoría él no las atrapase, porque realmente era un hombre aterrador.

—Sí a ambas cuestiones. Soy la duquesa de Dash y Ambrose es mi esposo. —Les respondió Megan con paciencia. Suponía que sus hermanas tenían muchas preguntas, en especial Kalsie que la examinaba de un modo preocupante.

Las gemelas abrieron mucho los ojos. Estaban muy sorprendidas. Cuando Kalsie les dijo que se irían a vivir a Londres, omitió darles ese dato. La única que tenía esa información era la mayor, porque en la carta que recibió del duque, él comentaba que además de ser su tutor, era el esposo de Megan.

—Kalsie nos dijo que era nuestro tutor —apuntó Blair. Estaba confundida por el giro de los acontecimientos.

—También lo es, así que a partir de hoy debéis comportaros, obedecer, ser educadas y respetarlo. Dash no tiene mucha paciencia y no deseo que lo contrariemos. ¿De acuerdo?

Las gemelas asintieron muy obedientes. Tanto Kalsie como Megan, dudaban que realmente lo hicieran, aun así, dijeron al unísono:

—Lo haremos.

—Verdaderamente eres una duquesa gruñona —apuntó Delila con un deje de molestia. Todavía no habían hecho nada malo y ya las estaban regañando.

Megan dejó pasar la expresión de su hermana más pequeña y se concentró en Kalsie.

—Meg, debemos hablar...

La duquesa asintió.

—Las habitaciones ya están preparadas — Megan interrumpió a Kalsie. Tenía una idea de lo que quería preguntarle—. Subid a descansar, os avisaré cuando la cena esté lista. Imagino que estáis cansadas del viaje. El señor Rain os acompañará.

El sirviente quien parecía haber estado escuchando, apenas se mencionó su nombre, entró en el salón.

—Sígueme, señoritas. —Les pidió el mayordomo. Las gemelas no dudaron en hacerlo, sin embargo, Kalsie no se movió.

—Meg...

—Ve a descansar Kai, hablaremos después, te prometo que lo haremos.

Kalsie asintió y caminó hacia la puerta para seguir al señor Rain y a sus hermanas. El sirviente las condujo hacia la segunda planta. Caminaron por el pasillo y se fue deteniendo en las puertas mientras les indicaba a cuál de ellas pertenecía la habitación.

Las gemelas entraron en sus habitaciones y ella oyó un grito de suma alegría a ver las estancias tan elegantes y grandes que tenían asignadas. Kalsie siguió al mayordomo en el recorrido.

—Esta es su habitación, señorita Kalsie. Espero que sea de su agrado. Para lo que necesite, no dude en llamar a una doncella.

—Muchas gracias, señor Rain. —Lo vio hacer una reverencia para retirarse y ella entró.

Se apoyó en la puerta y observó la habitación. Tenía una decoración sencilla en tonos crema y con los muebles necesarios. Muy elegante. Kalsie suspiró. Después avanzó hacia la cama, se dejó caer en ella, y miró el techo.

Quizás para ella la vida no fue justa. Hacía unos años era perfecta, sin embargo, todo se había terminado en un abrir y cerrar de ojos, pero lo que más le dolió fue perder a sus padres. Cerró los ojos, y las lagrimas rodaron por sus mejillas. Solo esperaba que al menos las gemelas pudieran lograr sus sueños.

Kalsie abrió los ojos sobresaltada al escuchar que golpeaban su puerta. Después de unos minutos, que fue lo que tardó su cerebro en reaccionar, se sentó en la cama y habló para conceder permiso. Una doncella entró a la habitación. Kalsie se había quedado dormida. Supuso que se debía al agotamiento del viaje o que llevaba noches sin poder dormir bien. Ella había estado muy preocupada por Megan en las últimas semanas.

—Señorita, he venido para ayudarla a prepararse para la cena. Mi nombre es Rory, seré su doncella —se presentó la muchacha al entrar.

—Muchas gracias, Rory, pero no hay mucho que pueda hacer. —Ella no había viajado con mucha ropa, en realidad solo tenía unos pocos vestidos.

—Voy a prepararle la bañera para que pueda tomar un reconfortante baño —le indicó la doncella, ignorándola. La señora le había ordenado lo que debía hacer antes de ir a la habitación.

—No... —Iba decir que no era necesario, no obstante, necesitaba asearse. Miró a la muchacha entrar al cuarto de baño y luego ir de aquí para allá, hasta que le indicó que ya estaba todo listo.

Cuando su piel se puso en contacto con el agua tibia se sintió un poco mejor, de alguna forma lo necesitaba para templar los nervios. Al salir de la bañera, Kalsie se sentía con energía y dejó que la doncella la vistiera y peinara sin protestar. Ese lujo hacía unos años que no se lo daban.

Salió de su habitación y fue a buscar a las mellizas, pero ellas ya habían bajado para la cena. El señor Rain se encontraba esperándola y la guio hacia el comedor. Al entrar se dio cuenta de que solo ella faltaba, sus hermanas y el duque ya estaban ahí, y se sintió avergonzada.

—Lo siento, me he quedado dormida —se disculpó después de sentarse en la mesa, junto a Megan. Las gemelas figuraban frente a las dos hermanas mayores...

—No te preocupes, fue un largo viaje —le indicó Megan. Como conocía bien a su hermana, sabía que no había estado durmiendo bien las pasadas noches.

Lord Dash les indicó a sus sirvientes que ya podían servir la cena y ellos no se demoraron en hacerlo.

—Kai, Ambrose nos ha dicho que vamos a tener nuestra presentación —le comunicó Delila con hilaridad, después de que les sirvieron el primer plato.

¿Ambrose?, se preguntó Kalsie al escuchar el nombre de pila del duque en los labios de su hermana. ¿En qué momento obtuvieron tanta familiaridad?

—¿No es maravilloso? —exclamó Blair—. Podremos lucir hermosos vestidos y bailar con apuestos caballeros. —La expresión de su hermana era de embelesamiento absoluto.

—Lo es... —Respondió sin saber qué más decir. Estaba muy sorprendida con la noticia.

—Tú tendrás una nueva presentación—le comunicó Megan—. Si todo sale según lo planeado, para la próxima temporada podrás incorporarte.

Kalsie abrió mucho los ojos, tomó la copa de agua frente a ella y la bebió de un trago. La joven no podía volver. No quería hacerlo. Ya había decidido ser una solterona para toda la eternidad.

—Megan... —comenzó a decir la mayor de las señoritas Robinson.

—Veo que no me habéis esperado para la cena —se quejó una potente voz masculina procedente de la entrada.

—¿Wyatt? ¿Qué haces aquí? —preguntó el duque sin mirarlo.

—He venido a conocer a tus pupilas, por supuesto —respondió el aludido con una brillante sonrisa.

Ethan Howard, marqués de Wyatt, entró en el comedor, ignoró el ceño fruncido de Dash y los dardos que le lanzaba Megan con los ojos. Observó a las muchachas. Su vista examinó primero a las más jóvenes y determinó que su mejor amigo iba a tener mucho trabajo con esas caritas angelicales que se preveían conflictivas... Posteriormente se detuvo en Kalsie y el aire abandonó sus pulmones mientras su vista se quedaba clavada con verdadera fijación en esa

hermana.

Cuando escuchó que las hermanas de Megan llegarían pronto a la ciudad sintió mucha curiosidad por conocerlas. Imaginó que, al igual que *lady* Dash, sus hermanas debían ser muy hermosas. No se equivocó, en especial, con la de cabello dorado que estaba sentada junto a la duquesa, y quien no le había dado ni un solo vistazo. Wyatt frunció el ceño. Por norma general el género femenino lo admiraba mucho. ¿Estaría perdiendo su atractivo?

—¿No cree que sea una falta de educación imperdonable interrumpir de esta forma, lord Wyatt? En especial cuando mis hermanas están presentes. —Lo amonestó Megan. Ese hombre no le gustaba porque no lo deseaba cerca de sus hermanas.

Wyatt notó el desaire de la esposa de su amigo y no entendió el motivo por el que lo trataba así. Desvió su mirada de Kalsie, miró a la duquesa, le brindó una sonrisa ladina. Era del todo lógico que el león Dash se hubiese agenciado a una esposa como esa. Se veía a la legua que era toda una arpía. Caminó, pasó por detrás de ella y tomó asiento junto a Kalsie, sin que nadie le hubiese invitado a hacerlo. Vio a *lady* Dash removerse en su silla y estuvo satisfecho por haberla molestado. El marqués se centró en la belleza rubia que figuraba ahora sentada a su lado sin mirarlo.

—Bienvenida, señorita Robinson, mi nombre es Ethan Howard, marqués de Wyatt. — Se giró para mirarla más de cerca y le tendió la mano esperando una respuesta. Puesto que nadie parecía hacer las presentaciones oficiales, y su amigo lo miraba todavía con el ceño fruncido, él mismo optó por presentarse al objeto de su atención.

Su timbre de voz era inconfundible. Kalsie creyó que estaba soñando cuando lo reconoció sin tan siquiera haberlo mirado. El corazón le latía con una fuerza que la estaba matando. Sentía su sangre retumbar en sus orejas. Casi parecía que le faltaba el aire. ¡Esto era una pesadilla! El poco color en el rostro de Kalsie desapareció y Megan tuvo que moverse con rapidez al percibir que su hermana estaba punto de perder el conocimiento.

Capítulo 3

¿Es Real?

Ethan frunció el ceño, sin comprender qué era lo que había sucedido. ¿Era el culpable de su desmayo? ¿La asustó? Seguía sin comprender la situación. Por norma general caían a sus pies, pero no de esa manera tan dramática...

El marqués se sentó en una silla, estaba muy contrariado por lo que acababa de suceder. Repasó mentalmente su día para ver si así comprendía algo...

Cuando Wyatt escuchó que las hermanas de *lady* Dash llegarían esa tarde, sintió mucha curiosidad por conocerlas, y tenía la sospecha de que la duquesa no se lo permitiría de buena gana porque intuía que era muy protectora. Sentado en su club de caballeros, comprobó la hora en su reloj de bolsillo y decidió que visitaría a su recién casado amigo, para bromear sobre su matrimonio, aunque admitiría que era feliz por ese bastardo afortunado que al fin se casó con la mujer que amaba.

Ethan hizo una última jugada lanzando su mano de cartas para dar por finalizada la partida, se disculpó con sus compañeros de juego y se marchó hacia la residencia de Dash. Wyatt no tenía intenciones de interrumpir la cena, motivo por el que titubeó después de que el señor Rain le indicase que el duque se encontraba en el comedor. No obstante, lo meditó por unos segundos y pensó que sería una agradable idea incorporarse a la mesa y así no tendría que comer en su solitario hogar o en el club.

Entró en el comedor y dio un recorrido con la mirada para observar a los presentes. Desde

ahí visualizó dos cabezas morenas, y frente a ellas se encontraba la duquesa junto a otra dama. Inmediatamente sus ojos se clavaron en ella y ya no fue capaz de apartar su mirada de la preciosidad rubia. La joven era una mujer muy hermosa, mucho más que *lady* Dash, pese al parecido que compartían.

Ethan avanzó un par de pasos, se aclaró la garganta e hizo su entrada, sin dejar de mirar a la muchacha, que al parecer no lo tomaba en cuenta, motivo por el que se dirigió hacia ella y se sentó a su lado. La vio girar el rostro para observarlo, y Ethan creyó estar viendo a una diosa. De cerca era mucho más hermosa y al ver sus ojos, que lo miraban con sorpresa, sintió que ya los había visto antes... Como en un sueño pasado. Fue muy desconcertante.

Ethan contuvo el aliento al escuchar que los latidos de su corazón se aceleraban, para crear una extraña, nueva y agradable sensación que se clavó en su pecho. En ese instante, en lo único que pensó, fue en que la quería para él y decidió que la haría suya. Algo en ella despertaba sensaciones que no había experimentado antes. Solo le había bastado una única mirada para saber que la deseaba y la ansiaba.

Tragó con fuerza, esbozó su mejor sonrisa y se presentó. De pronto vio cómo el color de su bello rostro desaparecía y perdió la consciencia. Ethan movió sus manos con rapidez para sostenerla y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al tocarla, lo que despertó en él más deseos de tenerla. Fue apartado de ella por la duquesa, quien le lanzó dardos con la mirada, antes de que toda su atención y preocupación fueran para su diosa.

Ethan observó como todos a su alrededor se movían con rapidez, las hermanas pequeñas se acercaron, y una de las doncellas llegó con un frasco de sales casi de inmediato. La vio abrir los ojos y respiró aliviado.

El marqués no comprendía lo que acababa de suceder. Solo era consciente de que la beldad rubia estaba recostada en brazos de la duquesa de Dash. ¿Qué le habría pasado a ese ángel?

—La llevaré a su habitación —sugirió atento el marqués.

—Ni se te ocurra tocarla, Wyatt —lo amonestó Megan cuando vio que el amigo de su esposo iba a tratar de arrebatarla de las manos.

—¡Ethan, lárgate! —rugió el duque en ese momento. Dash era muy inteligente y sabía que lord Wyatt había alterado de alguna forma a la hermana mayor de su mujer.

Kalsie escuchó los murmullos lejanos y abrió muy despacio los ojos, percibió que estaba en los brazos de alguien. Abrumada, subió el rostro y observó un par de ojos idénticos a los suyos que la miraban con preocupación.

—Gracias al cielo que has despertado —suspiró Megan con alivio.

—Meg... —murmuró todavía aturdida Kalsie.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el marqués con la preocupación impregnada en su voz.

Kalsie buscó con la mirada al dueño de la voz y sintió que le faltaba el aire otra vez, al encontrarse con los ojos aguamarina que la observaban con preocupación e intensidad.

Al instante, comenzó a recordar lo que sucedió minutos atrás, y la conversación con su hermana. Kalsie era consciente de que Megan ansiaba que ella se incorporara a la sociedad, se presentara otra vez en la temporada y encontrara un esposo. De las dos, Kalsie fue la que más lo añoró en el pasado, sin embargo, ella ya no deseaba eso, y pese a que la pérdida de sus padres fue devastadora, había sentido alivio al no tener que regresar a Londres... hasta ese día.

A Kalsie no le sorprendió lo que su hermana pretendía. Ella ahora tenía dinero e influencia, no obstante, la tomó desprevenida con respecto a que planease hacerlo pronto. Al escuchar que Megan le anunciaba lo que pensaba hacer, recordó su presentación y el motivo por el cual no quería regresar a la ciudad. Quizás era algo estúpido, pero ella se había enamorado de un hombre, que al parecer solo jugó con sus sentimientos, la llenó de ilusiones y luego fingió que no la conocía.

Kalsie estaba tratando de procesar su propio mundo, cuando escuchó la voz masculina que tan bien recordaba. Ella subió lentamente su rostro, al verlo, creyó que eran imaginaciones suyas, supuso que se debía por el recuerdo de su lastimera temporada, así que ignoró la voz, amonestándose mentalmente, mientras buscaba la mejor forma para comunicarle a su hermana sobre su decisión respecto al matrimonio. Entonces lo vio por el rabillo del ojo sentarse a su lado. Despacio giró el rostro para examinarlo, abrió mucho los ojos, su corazón se aceleró desquiciado, y contuvo el aliento al percibir su aroma. Bergamota.

¿Era real? ¿Estaba soñando?

«Si esto es un mal sueño ya era momento de despertar.» pensó con la mirada fija en él.

Kalsie sintió un escalofrío recorrer su espalda, al observar la radiante sonrisa que le brindaba, y soltó todo el aire contenido al escuchar su voz otra vez. De repente su visión se nubló y todo fue negro. Estaba despierta, pero en su mente todo era oscuro.

—Megan quiero ir a mi habitación —consiguió murmurar sin apartar los ojos de su alucinación.

Él la miraba con preocupación. Parecía genuina, pero Kalsie no iba a creer jamás en la palabra de un hombre. Menos en la de esta alucinación malévola.

—Por supuesto, Kalsie. ¿Puedes levantarte? —farfulló Megan.

Kalsie asintió, se sostuvo con fuerza de la mesa para intentar incorporarse, vio una mano frente a ella, la cual ignoró. Aún no era consciente de si lord Wyatt era real o solo era un producto de su imaginación, de alguna manera sentía que estaba soñando, pero se sentía demasiado real para su gusto. Se apoyó con más fuerza en la mesa, se enderezó, y giró el cuerpo para mirar a su hermana.

Megan no tardó en ponerse de pie para ayudarla a acabar de incorporarse. Kalsie se apoyó en su brazo, y avanzaron hasta salir del comedor, con las gemelas siguiéndolas, pues ellas también estaban muy preocupadas.

Ethan se pasó las manos por el rostro en un gesto de pura preocupación. La vio salir del comedor, desconcertado. Por un momento creyó ser el causante de su desmayo, pero ella simplemente lo había ignorado, como si no estuviera ahí. Su desprecio le provocó un ligero dolor en el pecho. Sus ojos, cuando lo habían mirado, parecían estar llenos de dolor. ¿Por qué? De repente un fugaz recuerdo llegó a su mente y la impresión de que conocía sus ojos regreso, sin embargo, no tuvo tiempo para meditarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Dash con dureza. Ethan levantó una ceja y lo miró. El duque tomó asiento en la silla que había junto a él.

—Pensé que sería agradable venir a cenar con mi mejor amigo, solíamos hacerlo seguido —respondió con naturalidad.

—A partir de hoy deberás avisar antes de presentarte, recuerda que estoy casado, y como has visto tengo bajo mi pezuña a un buen número de damas impresionables. —Dash no tenía demasiado claro lo que había sucedido con la hermana de su esposa, pero estaba seguro de que

Wyatt estaba implicado. Este marqués solía tener este efecto en las damas.

Ethan levantó las manos en alto. Le estaba dejando claro a su amigo que había sentido su ataque.

—Sé que quieres disfrutar de tu recién estrenada esposa, pero te recuerdo que huiste apenas os declararon marido y mujer —lo interrumpió burlón.

El duque gruñó.

—Wyatt, a partir de ahora las cosas son diferentes, no solo Megan vivirá aquí, también sus hermanas, si no lo has notado... —explicó con voz pausada.

—Supongo que te olvidarás de este pobre y solitario hombre, debido a tu matrimonio. —Hizo un puchero al decirlo y el duque puso los ojos en blanco. El papel de víctima era del todo innecesario, más cuando Wyatt lo evitaba a él a su conveniencia.

—No me olvido de ti. Eres bienvenido siempre que quieras, pese a que no le agradas del todo a Megan, solo te pido que no te vuelvas a presentar de esa manera tan improvisada. —De todos modos, a Dash no le pareció natural una reacción tan acalorada por parte de la hermana mayor de su esposa. Según Megan, Kalsie estaba más que acostumbrada a las fechorías de las gemelas y se suponía que era una mujer más fuerte. No tenía demasiado sentido lo que acababa de acontecer...

Ethan se levantó de la silla y se dirigió hacia el decantador de licor. Luego tomó la copa, se sirvió un trago de lo que parecía *whisky* y le dio un sorbo.

—Estoy ofendido porque no me has invitado para conocer a todas tus nuevas pupilas —le reprochó tras colocar la copa en la mesa.

—Las podías conocer en otro momento, apenas llegaron hace un par de horas y Megan quería estar con ellas.

—Son muy hermosas, en especial...

—Te aconsejo que te mantengas alejado de ella. —Lo interrumpió el duque al ser consciente de lo que iba a decir. El interés en la hermana de su esposa había sido demasiado evidente.

Ethan lo miró con una sonrisa burlona dibujada en sus labios.

—Me temo que eso va a ser imposible. Tengo especial interés en conocerlas, muy especialmente a una de ellas.

El duque se irguió en su silla y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —Si sus intenciones eran deshonestas...

—Creo que lo sabes. La señorita Robinson, la mayor de ellas, me ha... causado una grata impresión, pese a que no dijera ni media palabra. Y está el interesante hecho de que se haya desmayado.

—Ni se te ocurra, Ethan —le advirtió. Su amigo era muy apuesto, pero en los últimos tiempos no había sido un tipo ejemplar. Demasiado libertino. Megan no lo consentiría.

—Estoy dispuesto a conquistarla. Mis intenciones son honorables —espetó mientras hacía girar el líquido en el interior de la copa.

Mentiría si no dijese que acababan de llegar y Dash ya tenía ganas de colocarlas. Le daba en la nariz que las hermanas pequeñas iban a convertir su vida en un infierno. El duque había pensado en la posibilidad de emparejarlos, pero sabía que Megan no querría a Wyatt cerca de Kalsie, por lo que apoyarlo sería ir en su contra, aunque...

—¿Quién te asegura que yo lo voy a permitir? —preguntó con suma arrogancia.

—Ambrose —usó su nombre para acortar la distancia que sentía que los separaba—, me conoces muy bien. Eres mi amigo más querido y por lo tanto sabes que cuando me propongo algo lo logro. Así que, si te digo que la voy a conquistar, es porque lo haré y ni tú ni nadie me lo va a impedir —sentenció muy seguro. Su amigo era un duque, pero él era un marqués tanto o más arrogante que el león.

—Soy su tutor, Ethan, así que no voy a permitir que juegues con esa muchacha, conozco tu reputación. Tú puedes tener a la mujer que quieras con tan solo sonreír, pero ella es diferente a lo que estás acostumbrado. —Los informes que le ofrecían los sirvientes que tenían espiando en el campo para él, le reportaban valiosa información. Por eso sabía que la hermana mayor era la más sensata y buena de las cuatro, porque su duquesa también era una fiera que...—. Además, es la hermana de mi esposa, ¿sabes lo que eso significa?

Ethan bebió el contenido de la copa despacio, luego lo enfrentó.

—Me interesa, pero no precisamente para lo que estás pensando. Te he dicho que mis intenciones son honestas. ¿Me permitirás cortejarla si te digo que me casaré con ella? —preguntó con seriedad.

El duque rio a carcajadas y Wyatt frunció el ceño.

—¿¡Tú, casarte!? ¿Has vuelto a abusar del opio? —Se burló. En los muchos años que llevaban siendo amigos, jamás lo escuchó hablar de matrimonio, esa palabra estaba prohibida en sus conversaciones. En verdad le había dicho que su propósito con la dama era decente, pero Dash no se creía ni una sola palabra.

El marqués golpeó la mesa con el puño cerrado. El duque lo miró con atención. No esperaba una reacción así.

—¡Maldición, Dash!, sabes que no lo hago desde hace años. —Los recuerdos pasados estaban muy confusos por culpa de ese vicio que adquirió y del que le costó mucho recuperarse. El opio lo había abrazado con intensidad y se convirtió en su perdición durante una buena temporada—. ¿Por qué demonios no puedes creer que realmente quiera casarme? Además, algún día debo hacerlo. ¿Por qué no ahora?

—Te conozco Ethan. Tú no te conformas con una sola mujer, y si no te has dado cuenta, el matrimonio implica *fidelidad* —recalcó la última palabra—. Lo que quiero decir es que no habrá más mujeres, solo ella. Aunque no haya conocido a la dama que pretendes conseguir, lo sé todo de ella. Es fuerte, pero no tolera la mentira o la traición. Un matrimonio con la señorita Kalsie Robinson implica tu total entrega. A menos, claro, que lleguéis a un acuerdo. Y por lo que sé, dudo que ella sea de ese tipo de dama que va a consentir que tú sigas con tu... libertinaje. No estoy seguro de que esto funcione, porque si dañas a la hermana de mi duquesa, ella me hará intervenir. La cosa acabaría mal para ambos.

A Ethan no le extrañó que su amigo le hubiese recalcado todos esos puntos. Era consciente de que nunca se había entregado a una sola mujer. No obstante, si él se casaba lo haría con todas las consecuencias, y sobre todo le sería fiel el resto de su vida a su marquesa. Él no sería como su padre.

—Soy muy consciente de eso, y si me caso, haré todo lo posible para tener un matrimonio estable, basado en la amistad, la comprensión y... el amor —dijo la última parte un tanto

nervioso. Era un hombre muy cabal y no pensó que en verdad buscara amor. Sí. Lo deseaba. Lo quería y esa beldad lo ayudaría a conseguir su propósito.

El duque apoyó los codos en la mesa más cercana, lo miró con interés, y dibujó una media sonrisa. Veía a su amigo muy seguro en sus aseveraciones. ¿Qué podía salir mal? En el mejor de los casos, la mayor de las hermanas sería marquesa, en el peor, él retaría a duelo a Wyatt si le hacía daño a su pupila. Sonrió con más fuerza. ¡Vaya! Acababa de llegar y Kalsie ya se había convertido en una prometida del todo inesperada. ¡Ojalá con las gemelas fuese tan fácil! Contuvo su alegría. Las hermanas pequeñas eran todavía demasiado jóvenes para un matrimonio.

Dash enfocó con seriedad la mirada en la de su mejor amigo.

—Si me demuestras que ella realmente te interesa, que verdaderamente tienes intenciones honorables, no solo de palabra, sino de hecho, y sobre todo que no vas a romperle el corazón o a dañarla, te apoyaré y daré mi consentimiento. Eso sí, siempre y cuando la muchacha te acepte. De lo contrario no permitiré que pises esta propiedad o te acerques a ella mientras vivas.

Ethan lentamente curvó sus labios de medio lado.

—Me ganaré el corazón de la señorita Kalsie Robinson, y tú serás el padrino en mi boda. —Sonó a promesa. Y el nombre de ella dicho en alto le produjo un dulce y profundo sosiego en su interior.

El duque se sintió incómodo con la seguridad que dijo el marqués sus palabras. No debería hacerlo porque antaño Dash había estado en esa misma posición. El duque sabía que no le iba a ser tan fácil, no solo por su adorable esposa, también porque su intuición le decía que esa muchacha no caería en sus encantos porque era cauta. Suspiró. El león quería que su amigo también se enamorara y que por primera vez luchara por algo. Solo el tiempo diría qué ocurriría con esta pareja tan inesperada. Era inesperada, ¿verdad?

Kalsie frunció el ceño al percibir la luz que se filtraba por la cortina de su ventana, tomó la sábana y se cubrió el rostro con ella. No deseaba salir de la cama.

Después de su desmayo, la noche anterior, subió a la habitación en compañía de sus hermanas, las cuales estaban muy preocupadas por ella, en especial Megan. La duquesa insistió en llamar al médico, algo que era innecesario, su reacción solo se debía al fantasma, ese que de

repente había aparecido frente a ella.

Sus hermanas se despidieron de Kalsie, después de que les asegurase que se encontraba bien. Se metió en el lecho para intentar dormir, algo de lo que no fue capaz. No lograba comprender qué fue lo que le sucedió, o el motivo por el que, después cuatro largos años, él había regresado a su vida. Estaba segura de que solo era su imaginación, no podía ser posible que él fuera real, ¿o sí? ¡Pero es que se había sentido tan real!

Después de terminar la temporada, mientras permanecía en la tranquilidad de la finca campestre, pensó en lord Wyatt en muchas ocasiones. Podía percibir su aroma, escuchar su voz, incluso sentir la cercanía de su cuerpo mientras bailaban. Pero eso solo duró unos meses, y jamás lo había tenido delante de ella, tal y como había sucedido anoche. La posibilidad de que fuera él, en carne y hueso, podría ser verdadera, y eso le provocó insomnio. No se creía capaz de tener el valor para enfrentarlo.

Tocaron a la puerta en varias ocasiones y Kalsie bufó, no quería salir del lecho.

—Adelante —exclamó al percibir la insistencia de la persona que estuviera al otro lado.

—Disculpa, ¿te he despertado? —inquirió Megan, asomando su rostro. Su mirada mostraba preocupación.

—No, descuida. —Le brindó una sonrisa.

Megan entró en la habitación y se acercó a la cama, la observó al detalle y su mirada apenas se iluminaba con el candor que Kalsie siempre mostraba, luego se sentó a su lado en el colchón.

—¿Estás segura de que no es necesario llamar al médico? No te ves muy bien —dijo tocando su frente para cerciorarse de que no tuviera fiebre.

—Meg, estoy bien, solo debo descansar un poco —aseguró a su hermana con una sonrisa tranquilizadora—. Ya te comenté que no he estado durmiendo bien.

Megan asintió.

—Pediré que te traigan algo de comer. Creo que lo mejor es que te quedes en el lecho hoy.

Kalsie negó con la cabeza. No tenía ánimos de permanecer en la cama, nunca fue una

holgazana, y menos durante los últimos años, en los que siempre había tenido algo que hacer.

—No es necesario. Me vestiré y bajaré a comer algo, las gemelas deben estar preocupadas, además quiero conocer este mausoleo.

Megan frunció el ceño, de pronto su frente se alisó y sus labios se curvaron en una sonrisa, luego rio.

—Esto no es un mausoleo, admito que al principio asusta, pero es nuestro hogar y me encargaré de que pronto se vea hermoso. Espero que me ayudes con la decoración.

—Por supuesto que lo haré —señaló un poco más animada.

Kalsie le tomó las manos con ternura y la miró a los ojos, algo había cambiado en su mirada, la tristeza de años atrás desapareció. Megan estaba feliz y supuso que también enamorada, de igual forma quiso averiguarlo, según fuese su respuesta, no insistiría más en el tema.

—Megan, ¿eres feliz?

Su hermana esbozó una radiante sonrisa y asintió.

—Lo soy... Jamás pensé que pudiera sentirme así en tan poco tiempo, pero te aseguro que Ambrose es un hombre excepcional, y me hace feliz —explicó Megan con orgullo.

—Me alegro de que lo seas hermana. —La abrazó—. Felicidades por tu boda, aunque no te voy a perdonar que no nos hubieses hecho partícipes —le reprochó al separarse de ella.

—Lo sé, fue algo apresurado, y lamento que no estuvierais ahí —farfulló. Kalsie le brindó una sonrisa—. Kai, quiero que tú también encuentres la felicidad, que conozcas a un hombre del cual puedas enamorarte y experimentar la dicha de ser una esposa. Sé que tu soñabas con eso, es por ese motivo que quiero que te presentes en sociedad y así...

—No es necesario —la interrumpió—. No quiero volver a hacerlo, ya no estoy en edad, y tampoco pienso casarme.

Megan chasqueó la lengua.

—No digas tonterías. Te casarás y serás feliz. Ya verás que los hombres morirán por ti y

pronto habrá muchos pretendientes. —Se puso de pie—. Bajaré a decirle a las chicas que nos acompañarás a tomar el desayuno. La doncella vendrá enseguida a ayudarte.

Y sin dejarla decir más, Megan salió de la habitación, apresurada. Kalsie sabía que ella no iba a aceptar una negativa de su parte, de igual manera, buscaría la forma de hacerla cambiar de opinión.

Durante el desayuno se mantuvo una agradable conversación, después de las preguntas sobre su salud por parte de las gemelas y el duque, quien insistió en llamar al médico. Kalsie aseguró que no era necesario. Le pidió que en caso de sentirse mal no dudase en comunicárselo. Ya le era un poco más simpático.

Lord Dash se despidió de ellas, y Megan se dispuso a darles un recorrido por la mansión y la propiedad, mientras le comentaba los cambios que pensaba realizar.

Al llegar al jardín, Kalsie lo miró maravillada. Jamás imaginó que un lugar así pudiera esconder tal tesoro. Observó con atención las rosas de diversos colores, se deleitó con su aroma, incluso se entusiasmó con la idea de pasar sus tardes ahí. Solo esperaba que el duque se lo permitiera. Ella había encontrado su lugar favorito en la propiedad.

Después del recorrido, todas se dirigieron al salón, en donde Megan comenzó a hacer planes de lo que sería su vida a partir de ese momento. Las hermanas mayores se encontraban sentadas en un sillón con vista a la entrada y las menores estaban un poco más apartadas.

—Ya he enviado una nota a la modista para que nos haga una visita pronto para comenzar a preparar vuestro nuevo guardarropa.

Las gemelas chillaron emocionadas al otro lado de la estancia al escucharla. Kalsie bajó el rostro para observar su atuendo. La última vez que utilizó un vestido nuevo y bonito fue unas semanas antes de la muerte de sus padres. Desde entonces los adquiría más modestos. Así que ella también se emocionó al pensar que podría volver a usar un fino vestido de muselina, encaje y colores brillantes.

—Eso sería magnífico —murmuró y sonrió al imaginarlo.

—Lo sé —replicó su hermana. Megan entendía cómo se sentía, hacía algunos años que no

compraban suntuosos vestidos—. También he hablado con Dash para organizar un baile para que te conozcan y así puedas encontrar un caballero que ...

—Megan... —la cortó al punto. Pero Kalsie no tuvo tiempo de protestar, debido a que el duque había entrado en el salón seguido de otro caballero.

Kalsie se quedó helada al verlo. No podía ser cierto... Su mente tenía que estar enferma...

—Buenas tardes, su excelencia, señoritas —saludó el marqués de Wyatt con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, lord Wyatt —respondió de modo seco Megan. Observó a su esposo. El duque se acababa de encoger de hombros para excusarse—. Qué agradable sorpresa que nos visite —dijo con un sutil sarcasmo.

El marqués le brindó una amplia sonrisa. No sabía qué le molestaba de él, pero no tenía curiosidad por averiguarlo. Solo le importaba una señorita Robinson de las cuatro que lo miraban de una forma... desconcertante.

—Anoche no tuve el honor de conocer a sus hermanas como es debido. Es por eso que he venido, espero no ser una visita desagradable —razonó con otra brillante sonrisa dirigida a la beldad rubia.

—Oh, no, no lo es. —Masculló Megan, queriendo saltarse la etiqueta y decirle que se marchase al momento. La mirada de la duquesa fulminó a su esposo.

—Estaba en la entrada cuando llegué. —Se defendió Dash de la acusación implícita en los ojos de Megan, sin moverse de su sitio junto a la entrada.

Kalsie tocó suavemente el brazo de Megan, y ella dejó de observar a su esposo para mirarla.

—¿Es real? ¿Él está ahí? —preguntó solo para los oídos de su hermana. Kalsie seguía creyendo que se trataba de una ilusión.

—Lo es —murmuró Megan, frunciendo más el ceño. Suponía que la pregunta se debía a lo apuesto que era el marqués. Sería eso, ¿no?

Kalsie desvió la mirada de nuevo hacia donde se encontraba el caballero, lord Wyatt se

acercaba a ellas con paso elegante, sin quitarle la vista de encima, sus ojos aguamarina la miraban con intensidad y la hicieron estremecer.

La joven se quedó congelada en su lugar, observando al hombre que años atrás robó su corazón. Se veía mucho más apuesto de lo que recordaba. Su cabello estaba recortado como lo dictaba la moda y pulcramente peinado hacia atrás. Estaba más fibroso que cuando lo conoció, incluso podría percibir que los músculos se marcaban en sus brazos, y su rostro se veía con más madurez. Algo dentro de ella se removió y su corazón comenzó a latir desbocado.

Ethan miró a la duquesa con cordialidad, luego esperó a que ella le presentara a sus hermanas... Aguardó por unos segundos, y al ver que no reaccionaba, levantó una ceja y carraspeó. Megan resignada, resopló y comenzó con la presentación de rigor.

Megan y Kalsie se levantaron. Las gemelas se acercaron tal y como sabían que debían hacer.

—Lord Wyatt, ellas son mis hermanas, Kalsie —movió la mano hacia ella, luego señaló a las gemelas para decir—: Blair y Delila Robinson. Queridas, él es Ethan Howard, marqués de Wyatt, y el mejor amigo de su excelencia.

Ethan hizo una pequeña reverencia a las más jóvenes, tomó dos flores del arreglo floral que mantenía en su espalda, y le dio una preciosa rosa roja a cada una. Luego se giró para centrar toda su atención hacia Kalsie. Le brindó una amplia sonrisa que provocó que el corazón de la muchacha se detuviera un segundo.

—Un gusto conocerla, señorita Robinson. Lamento lo que le sucedió anoche. Imagino que fue un largo viaje. Espero que se encuentre bien hoy. —Entonces le ofreció un precioso y gran ramo de rosas rojas que Kalsie no había visto hasta el momento.

La joven rubia titubeó. No sabía qué hacer. Miró hacia todos lados y luego volvió a observarlo a él. Bueno, no era un producto de su imaginación, solo tenía frente a ella a un bobo que le había provocado un tonto desmayo ayer y que parecía querer burlarse de ella.

Extendió sus manos y las tomó. Su pulso temblaba. No era tan estúpida como para no entender el significado de las flores que él traía consigo. Rosas rojas. Una flor inequívoca que dejaba claras sus pretensiones. Estaba nerviosa, conmocionada y muy furiosa. De hecho, la ira fluía con fuerza por sus venas. Después de cuatro largos años, el hombre que rompió su corazón había regresado para volver a atormentarla. Sentía tantas ganas de golpearlo con el ramo de

flores en la cabeza... pero no iba a armar un espectáculo porque ahora era la hermana de una duquesa. No tenía idea de qué pretendía el caballero, pero sí que no se lo iba permitir.

Capítulo 4

No estoy interesada

Kalsie jamás se había sentido tan incómoda como lo hacía en ese momento. No solo se debía a la presencia de lord Wyatt, quien era el principal causante del ambiente tenso, sino también por las miradas hostiles entre su hermana y su tutor. Si no hubiese sido por Delila y Blair, las cuales conversaban animadas, aquello hubiese sido peor.

Minutos después de que el marqués se presentara en el salón, uno de los sirvientes indicó que el almuerzo estaba listo, y todos procedieron a dirigirse al comedor. Kalsie seguía consternada por la actitud de lord Wyatt. Al entrar en la estancia, él se le adelantó para sacar su silla, esperó a que tomara asiento, se sentó a su lado, —sin borrar esa sonrisa que estaba comenzando a hacer estragos en su corazón —y trató de entablar una conversación con ella.

—Señorita Robinson, me ha comentado el duque de Dash que estará presente en la próxima temporada.

Kalsie guardó silencio unos minutos. Su intención era ignorarlo, pero lo pensó mejor. Quizás el marqués tuviera algo importante que decirle. Ella tenía la sospecha de que él la recordaba y que era un excelente actor.

—Así es, milord —respondió sin mirarlo, antes de meter un trozo de carne a su boca.

—La mayoría de las jóvenes damas asisten a la temporada para encontrar un esposo. ¿También usted lo hará?

Kalsie estuvo a punto de atragantarse debido a la pregunta. El trozo de carne se atoró en su garganta. Comenzó a toser e inmediatamente una copa de agua fue puesta en su campo de visión.

La tomó de las manos de lord Wyatt y bebió hasta que sintió su garganta aliviada.

—Kalsie, ¿te encuentras bien? —preguntó Megan. Las gemelas detuvieron su conversación y la miraron expectantes.

—Sí —carraspeó y les brindó una sonrisa para tranquilizarlas, luego desvió su mirada al marqués.

—Gracias, milord —dijo colocando la copa sobre la mesa. Levantó la vista para observar a los presentes, quienes retomaron lo que estaban haciendo, por lo que volvió a concentrarse en su plato.

—Nunca permitiría que a una bella dama como usted le sucediera algo malo.

Kalsie no le contestó nada. Debido a la conversación de las gemelas, y al tono casi en susurro de lord Wyatt, solo ella podía escucharlo.

—Asumo que usted también piensa encontrar un futuro esposo en la temporada —sondeó el marqués, después de unos minutos de silencio.

—Eso no es de su incumbencia, milord —replicó ella, mientras picaba un trozo de verdura.

Lord Wyatt curvó sus labios en una media sonrisa.

—Lo es, dado que, si es así, pienso ser el primero en cortejarla y demostrarle mi interés. —No tenía caso ser precavido porque Ethan ya había decidido lo que deseaba... y la ansiaba a ella.

Kalsie detuvo el movimiento de sus manos, dejando inerte los cubiertos sobre sus platos. Un ligero dolor se clavó en su pecho al recordar sus palabras años atrás. «¿A qué está jugando? ¿Piensa hacer lo mismo que en el pasado?» se preguntó con ansiedad la joven.

—Se lo agradezco, milord, pero no estoy interesada —Masculló entre dientes. Se estaba empezando a sentir irritada por la burla de esas palabras.

Kalsie lo miró por el rabillo del ojo. ¿Eso que acababa de ver en su rostro fue media sonrisa?

—Es muy pronto para que me dé esa respuesta. Yo estoy seguro de que puedo conquistarla, incluso ganar su corazón.

Kalsie contuvo las ganas de reírse, y no solo por sus palabras, sino por lo tonta que fue al dejarse embaucar años atrás. Cuando lo vio por primera vez, fueron sus rasgos casi perfectos los que la postraron a sus pies. Ya no más. Conocía su carácter y no era la misma joven que fue antaño. Pese a que seguía siendo condenadamente apuesto, y con unos modales impecables, no volvería a caer en sus garras.

«No. No pienso creer otra vez en sus palabras», pensó clavando el cubierto en el trozo de carne.

—Milord, no pierda su tiempo conmigo. Usted no me interesa —tomó la copa y bebió un sorbo de vino. Kalsie era consciente de que no estaba siendo respetuosa y que acababa de rechazar a un marqués, pero bien se lo podía permitir porque él le rompió sus ilusiones tiempo atrás.

—Señorita Robinson, no me dé una respuesta aún. Permítame cortejarla. —Ethan mentiría si no dijese que le entusiasmaba el reto que le acababa de poner sobre la mesa la señorita Kalsie Robinson. En verdad no había esperado que ella fuese así de contundente, pero lo había sorprendido y el cazador que habitaba en él acababa de despertar.

Al colocar la copa en la mesa, Kalsie sintió un suave y cálido roce en su brazo que la hizo estremecer, y su corazón palpito con rapidez. Giró el rostro para observar lo que ya suponía y vio los largos y finos dedos del marqués acariciar la piel de su antebrazo, en un gesto íntimo y secreto que solo ella percibió. Se levantó abruptamente de la silla, y la copa cayó por el movimiento. El líquido se derramó sobre lord Wyatt, quien también se levantó al sentir la humedad en su ropa cerca de su cadera izquierda.

Kalsie abrió muchos los ojos al ver la mancha roja en su pantalón, su reacción fue tomar la servilleta y con rapidez comenzó a limpiar el vino derramado.

—¿Qué sucede? —preguntó Megan, poniéndose de pie para investigar lo que estaba ocurriendo.

—Un pequeño accidente —indicó el marqués, haciendo un ademán con la mano para que no se acercara. Jadeó y bajó la vista; la mano de Kalsie se movía con agilidad muy cerca de una parte de él que... Eso ocasionó que todo su cuerpo se estremeciera por el contacto—. Señorita no

es necesario que haga eso.

Ella lo ignoró y siguió con su labor, por lo que Ethan le tomó la mano para que se detuviera, intentado atraer su atención, antes de que fuera consciente de lo que sus inocentes caricias habían provocado en él. Estaba duro como una piedra y ella solo lo había rozado inocentemente. Ahí obtuvo otra prueba certera de que esa preciosidad sería una excelente esposa para él.

—Lo siento —se disculpó ella.

—No se preocupe, dudo que logre limpiarlo así. —Le brindó una sonrisa para tranquilizarla.

La señorita Robinson subió el rostro y lo miró apenada.

—He arruinado su traje, milord. No sabe cuánto lo lamento. —En realidad se lo tenía merecido, por atrevido y por ponerla nerviosa. Se suponía que no debía tocarla sin su consentimiento y mucho menos en un lugar público, pero conociendo a lord Wyatt, no dudaba que hiciera cosas así muy seguido. ¡Él era tan descarado! Desde que lo conoció la primera vez lo supo, y aun así...

—No te preocupes, Kalsie, pagaremos por el traje —se escuchó la voz de Megan, y ambos desviaron su mirada a ella, quien ya se encontraba al lado de la pareja observando lo sucedido. Luego divisó las manos del marqués sobre las de su hermana y lo fulminó con la mirada. Ese hombre le desagradaba cada vez más.

—No es necesario, *milady* —replicó Ethan, ignorando su mirada—, prosigan con el almuerzo, que este pequeño incidente no los detenga.

El marqués volvió a centrar su atención en su diosa, después de que la duquesa asintiera y regresara a su lugar.

—De igual manera, su excelencia lo recompensará por el daño —le aseguró Megan, lanzándole una mirada de reproche a su esposo porque él se veía sentado en su asiento más que divertido por lo que estaba aconteciendo. Él solo asintió, sin quitar la sonrisa socarrona de su rostro.

—Tome asiento, luego me encargaré de esto —replicó Ethan.

Kalsie giró la cabeza, lo miró a los ojos, respiró profundamente y se percató de que tenía sus manos enlazadas en las de él. Se soltó con rapidez, y volvió a sentarse erguida, mirando hacia el frente sin decir nada. Ese contacto con el marqués la había afectado, su corazón latía desbocado y sus mejillas estaban sonrojadas. Le gustaba más de lo que deseaba admitir.

Ethan sonrió antes de volver a tomar asiento. Lo acertado sería retirarse para cambiarse de ropa, sin embargo, su virilidad estaba dolorida bajo las capas de tela de su pantalón, y estaba seguro de que se pondría en evidencia, por lo que esperaba a terminar la comida. Esa linda dama lo enloqueció con una simple e inocente caricia, y no quería ni imaginar lo que podría suceder con él si ella se propusiese ser malvada. Solo pensar en tenerla en su cama provocando sus más oscuros deseos... Su cuerpo reaccionó más virulentamente. Lo mejor sería dejar todos los pensamientos lujuriosos a un lado. Cuando llegase a su casa tendría que darse un baño de agua fría o complacerse a sí mismo. Tenía grabado a fuego lo que le habían hecho sentir las pequeñas y delicadas manos de la señorita Kalsie Robinson.

Kalsie, por su parte, no fue capaz de probar más bocado, sus intenciones eran las de retirarse, pero sentía tantas emociones juntas que... ¡no podía moverse de su lugar! Ella estaba avergonzada, acalorada y tan... Era la primera vez que tocaba a un hombre y pese a que fue con inocencia, lo había hecho, y se trataba de él. Estaba segura de que ese sería un día de gran desasosiego gracias a Ethan Howard.

Kalsie rechazó la invitación de su hermana para ir de compras —era la segunda vez esta semana— y después de que la tarde anterior estuvieran en el taller de la modista durante varias horas, se sentía algo agobiada. Por lo que permaneció en su habitación la mayor parte del día, leyendo un libro muy interesante que le recomendó Delila. Después de almorzar a solas en sus aposentos y terminar de leer el libro, bajó a la biblioteca en busca de algún otro que pudiera parecerle interesante. Abrió la puerta, entró y caminó hacia la estantería para revisar los tomos, aún no había tenido tiempo para investigarlos, por lo que estuvo un buen rato mirándolos. De repente escuchó la puerta abrirse y supuso que se trataba del duque.

—En unos minutos me retiro, solo he venido a elegir un libro —comentó sin girarse y siguió concentrada en su búsqueda.

Le pareció extraño no recibir ninguna respuesta, aunque su tutor era algo... extraño. Pensó que lo mejor sería salir de ahí pronto. Así que eligió el primer libro que le pareció aceptable.

Escuchó unos pasos que avanzaban hacia ella y se detuvieron a su espalda, lo que la sobresaltó, se giró con rapidez y se encontró con un par de ojos aguamarina que la miraban con intensidad.

Kalsie se quedó congelada al observarlo a solo unos pasos de ella.

Desde que lord Wyatt le declaró sus intenciones, él visitaba la mansión a diario con alguna excusa, tratando de pasar tiempo junto a ella. Kalsie trataba de evitarlo y cada vez que se le presentaba la oportunidad le aseguraba que no estaba interesada en él, lo que al parecer solo motivaba más al marqués en su cortejo. Para su alivio, Megan no se apartaba de su lado, así que Kalsie apenas compartía unas pocas palabras con lord Wyatt. Ella esperaba que se cansara pronto si lo seguía ignorando, pero todo indicaba que no sería así.

—¿Qué hace aquí, milord? —preguntó con frialdad, mientras levantaba la barbilla. Se suponía que no había nadie en la mansión.

—He venido a visitar a Dash. Según me informó el señor Rain, no se encuentra, así que pensé en esperarlo en la biblioteca. No sabía que usted estaría aquí.

En realidad, sí lo sabía, los sirvientes del duque eran algo... fáciles de persuadir, y uno de ellos le indicó que solo la señorita Kalsie se encontraba en la mansión, y que estaba en la biblioteca. Lugar al que se dispuso a ir para ver a su bella diosa.

—Solo estaba buscando un libro —se lo mostró, poniéndolo casi en su nariz—, así que me retiro.

Kalsie hizo ademán de moverse, pero el brazo del marqués fue más rápido y le impidió el paso porque lo estiró y lo colocó sobre la estantería para impedir que ella escapase. La joven abrió mucho los ojos al ver su acción, se giró y notó que estaba muy cerca de ella. Pegó su espalda al mueble.

—No tiene motivo para irse. Podemos conversar y así me hace compañía. —Sugirió el marqués. No iba a perder la oportunidad de estar a solas con ella.

Las fosas nasales de Kalsie se impregnaron con su aroma, y todo su cuerpo se estremeció por su cercanía. ¿Qué se estaba creyendo ese hombre? ¡Qué atrevimiento!

—No es correcto, milord. Para ser marqués tiene muy poca educación y carece del conocimiento de las normas —le recriminó con desdén.

—Conozco todo sobre reglas y educación, y me resultan sumamente aburridas —contestó él sin interés, mientras se acercaba más a ella—. ¿No lo cree así?

Kalsie contuvo el aliento. No tenía idea de cómo reaccionar ante tanta cercanía.

—No, pienso que son muy importantes —replicó con frialdad—. ¿Podría alejarse de mí, milord? No creo que sea conveniente que esté aquí. Dañará mi reputación. —La joven era plenamente consciente de que si alguien los sorprendiese en esa actitud y estando solos... Sería terrible.

Ethan sonrió con picardía, lo que ocasionó que un escalofrío recorriera la columna vertebral de la mayor de las Robinson.

—Tiene razón, no debería, pero admito que esto me gusta. Respecto a su reputación, eso se puede solucionar.

—Milord...

Kalsie se estremeció al verlo ladear y bajar su rostro, hasta quedar muy cerca del suyo. Apretó el libro con fuerza en su pecho, como si de un escudo se tratase.

—Su aroma es delicioso —susurró el marqués con voz ronca. Ella sintió algo removerse en su estómago y su respiración se aceleró.

—Milord, retírese... —Intentó empujarlo con la ayuda del libro, pero solo logró pegarse más a él.

Lord Wyatt bajó más su rostro, y rozó su nariz con la de ella. Kalsie jadeó al sentir que el aire le faltaba.

—Por favor, aléjese —suplicó, tratando de mantener un tono cortante— si alguien entra y nos ve...

Ethan rozó sus labios con los suyos, se separó para examinarla y el sonrojo en su rostro le fascinó. Ella bajó el rostro apenas percibió que la miraba y él colocó un dedo en su barbilla para que lo observase a los ojos. Kalsie se perdió unos segundos en el brillo de sus ojos, lo que resultó su perdición. Lord Wyatt la observó unos segundos con una intensidad brutal, y algo dentro de él se estremeció. Estaba seguro de que había visto antes esos preciosos ojos, pero no podía recordar cuándo ni cómo fue. Él bajó la mirada a sus labios, los cuales estaban ligeramente abiertos, se

veían rojos como una cereza y se le antojó probarlos. Muy despacio juntó sus bocas, en un suave roce, temiendo su rechazo... y al ver que ella no oponía resistencia, se apoderó de su boca.

Su beso fue lento, suave, y con temor a que en cualquier momento lo golpeará. Sin embargo, ella lentamente se dejó llevar por las caricias que él prometía. Con cuidado, buscó la entrada a su boca, ella se lo permitió y se deleitó al saborearla. Era tan deliciosa como el más prohibido elixir. Kalsie no fue capaz de reaccionar de otro modo al sentir sus labios pegados a los suyos. En el pasado, siempre que observaba su boca, había sentido ganas de besarla pese a que esos pensamientos no eran correctos para una dama como ella. Sin embargo, le resultaba tan atractivo y sublime que no fue capaz de poner resistencia. Los labios del marqués eran suaves, deliciosos y fascinantes. Ella respondió a cada una de sus caricias, incluso le permitió la entrada a su boca, disfrutando de la sensación de sus lenguas chocando. Sus piernas se hicieron gelatina y las mil mariposas que sentía en su estómago se concentraron más abajo. Dejó caer el libro, subió los brazos para rodear su cuello y se pegó más a él. Había perdido la cordura, y que Dios la perdonase, deseaba morir de puro gozo.

Despacio, Ethan se separó de su boca, y le acarició con lentitud la mejilla y el labio inferior, mientras la miraba con intensidad. Ambos respiraban con dificultad.

—Sus labios tienen el sabor más delicioso que le haya probado —murmuró.

En ese instante, Kalsie fue consciente de lo que estaba sucediendo. Intentó subir la mano para abofetearlo, pero no tuvo oportunidad, él fue más rápido al detenerla. Wyatt la miró con una sonrisa torcida mientras mantenía su mano agarrada.

—¡Aléjese de mí! —chilló. ¿En qué momento se dejó llevar y permitió que la besara?, se preguntó aterrada.

—Solo si me da otro beso —replicó él con picardía. No iba a desaprovechar la oportunidad. Podría tratar de abofetearlo y negar lo que él le hacía sentir, pero ella no era inmune a sus encantos. La señorita Robinson se había derretido por él, para él y no estaba dispuesto a que ella escapase en este momento.

Kalsie comenzó a forcejear para separarse. Sintió su espalda pegada a la repisa, y en un abrir y cerrar de ojos él la besó nuevamente. Ella se resistió al principio, pero no fue capaz de seguir haciéndolo por mucho tiempo, sus besos eran deliciosos, embriagadores y para qué mentir: quería más. Mucho más de él.

Ethan se separó lentamente de ella, se lamió los labios y esbozó una sonrisa.

—Dígame que no le ha gustado —aseveró satisfecho por su reacción.

—¡Usted es un libidinoso egocéntrico! —rezongó. Lo empujó con todas sus fuerzas, hasta que se vio libre de la prisión de sus brazos y salió corriendo de la biblioteca.

El marqués la observó irse, y suspiró. Se inclinó para recoger el libro y lo volvió a colocar en el mueble. Su bella diosa lo estaba enloqueciendo. Con solo una mirada la deseaba, y ese beso había sido la mejor de sus torturas.

Caminó hasta el decantador de licor, se sirvió una copa de whisky y se la bebió de un trago.

Ethan Howard, marqués de Wyatt, estaba seguro de una cosa: Kalsie Robinson iba a ser suya costase lo que costase. Esos besos habían sellado el destino de ambos.

Capítulo 5

Un nuevo pretendiente

Después del encuentro que tuvo con lord Wyatt, Kalsie evitaba salir de su habitación mientras estuviera sola en casa, por temor a que sucediera algo inapropiado de nuevo. También se había intentado escabullir del marqués cada vez que visitaba la mansión y la familia estaba. En esas ocasiones, Kalsie se moría de rabia al percibir su sonrisa ladina y las miradas que le lanzaba, pues sentía que él se estaba burlando de ella. ¿Hasta cuándo iba a fingir que no la conocía? La joven esperaba que en alguna de esas visitas dijera algo o diera algún indicio de que se conocían, no obstante, él solo la llenaba de halagos.

Kalsie se sentía sola, pese a que sus hermanas estaban cerca, cada una de ellas tenía sus propios asuntos, y no quería molestarlas, en especial a Megan, quien había despertado un poco indispuesta los últimos días. La joven decidió ir al jardín para distraerse un poco. Supuso que, al estar todos en la mansión, lord Wyatt no tendría el descaro de interceptarla a solas. Kalsie salió de la habitación y sonrió al escuchar las carcajadas provenientes de la habitación de Blair, prosiguió su camino hasta llegar a los establos, en donde buscó las herramientas de jardinería y se dirigió a la zona de los rosales. Se colocó entre las hermosas flores que la fascinaban, se deleitó con su aroma y pensó en recortar algunas para llevarlas a su habitación.

Durante media hora, Kalsie disfrutó de sus tareas en un ambiente agradable de paz. Recortó algunas ramas secas y las flores que encontró más bonitas las iba colocando en la cesta que tenía junto a ella. Estaba tan sumida en su labor que no fue consciente de que alguien se acercaba a ella.

—¡He encontrado la flor más bella del jardín! —exclamó una voz varonil que ella conocía muy bien.

Kalsie se congeló al escucharlo, muy despacio se irguió y se giró para observarlo. Lord Wyatt se encontraba a unos pocos pasos de ella. Sus ojos aguamarina brillaban más con el reflejo del sol, al igual que su cabello rubio y su sonrisa se veía más encantadora, luciéndolo como un pecaminoso y tentador ángel. Kalsie sintió sus rodillas flaquear y contuvo el aliento. Cada vez que lo veía, estaba mucho más guapo... Su mirada cayó en los labios masculinos y entonces recordó el beso compartido. Anhelaba volver a besarlo... ¡No, no más besos!, se recriminó. Debía recordar lo que le hizo en el pasado, cuando truncó sus tiernas ilusiones y las esperanzas más secretas de una joven debutante. Recobró la compostura y le lanzó una mirada fulminante.

—Lord Dash no se encuentra aquí —sentenció con frialdad.

El marqués sonrió de medio lado.

—Lo sé. Dash está con su esposa, y yo he venido a hacerle una visita a usted, señorita Robinson. ¿O acaso ha olvidado ya lo que le dije que pretendía...?

Kalsie se giró para continuar con su labor, tratando de ignorarlo. Sentía que en cualquier momento se lanzaría contra él, lo que no sabía era si lo haría con el fin de golpearlo o para suplicarle que la besase de nuevo...

—Creo haberle dicho que no estoy interesada en usted o en su cortejo, milord —replicó con desdén. La joven se inclinó para tomar la cesta de flores que reposaba en el suelo y comenzó a avanzar para alejarse de él.

—Yo pienso lo contrario. Estoy tan seguro de que soy de su absoluto interés como que me llamo Ethan Howard—aseveró con engreimiento.

Kalsie lo ignoró pues si atendía a sus palabras acabaría golpeándolo con la cesta en su señorial cabeza. Aceleró el paso al percibir que lord Wyatt la seguía. De momento, lo único que quería era alejarse de él, lo que le fue imposible porque el marqués la tomó de la mano en un gesto de puro atrevimiento. Ella se detuvo con brusquedad, se soltó de su agarre de mala gana, se giró para enfrentarlo y se sobresaltó al observar que lo tenía cerca, muy cerca. Subió el mentón, altiva y lo fulminó con la mirada.

—Es usted un vanidoso, egocéntrico, y superficial. Así que comprendo perfectamente que no esté habituado a que una mujer le niegue sus caprichos. Lamento acabar con su fantasía, pero no estoy en absoluto interesada en usted, así que, ¡déjeme en paz! —exigió furibunda.

Ethan sonrió seguro de sí mismo, y subió la mano para limpiar su mejilla manchada de tierra. Kalsie se estremeció por la sensación, pero fue lo bastante sensata como para darle un manotazo para que alejara la mano. Retrocedió de su cercanía unos cuantos pasos y levantó las tijeras de podar, en forma amenazante. Quizás así el marqués no tendría la osadía de tocarla o acercarse más a ella. ¡Era muy difícil mantenerse apartada de él si la rozaba o le sonreía...!

—Le advierto que quiero que se mantenga alejado de mí, y entienda de una vez, que, ¡usted no me interesa! —rezongó retrocediendo unos pasos más y abriendo y cerrando las tijeras que portaba en su mano.

Lord Wyatt dio un respingo al ver el artefacto. Jamás imaginó que ella reaccionase así. Por un instante se asustó, sin embargo, su ego era mucho más valiente y tenía la certeza de que ella no le haría daño.

—No pienso hacerlo. Usted me interesa como ninguna mujer lo ha hecho y soy un hombre que jamás abandona.

El hombre avanzó para acercarse a ella mientras extendía la mano para quitarle las tijeras. Tenía miedo de que se hiriera a sí misma.

Kalsie frunció el ceño al sentir que había tomado su muñeca, incluso con los guantes puestos, el calor de él era abrasador. Dejó caer la cesta en el suelo y trató de apartarlo con su mano libre.

—¡Suélteme! —vociferó ella.

—Lo haré si deja caer eso. No me gusta verla jugar con algo tan peligroso.

Kalsie comenzó a luchar para liberar su mano sin tener éxito, dado que él la apretaba con más fuerza. Ambos forcejearon hasta que los pies y la falda de Kalsie se enredaron con la cesta, lo que ocasionó que ella trastabillara y comenzase a caer. Ethan soltó su mano, y mientras las tijeras caían, la tomó de la cintura, y la giró para que cayera sobre él.

Kalsie emitió un gemido cuando la escena terminó. Abrió los ojos y vio a lord Wyatt debajo de ella. Estaba mortificada, en vez de ahuyentarlo había acabado tendida sobre ese perfecto cuerpo varonil. Intentó levantarse, por lo que apoyó sus manos en su pecho para apoyarse, no obstante, no tuvo éxito. El marqués la abrazó con fuerza por la cintura para no permitirle escapar.

—¿Podría soltarme? Me está asfixiando —exigió Kalsie conmocionada por la cercanía. Sentía su aliento chocar sobre su mejilla.

Ethan solo se movió ligeramente, apretándola más contra su cuerpo.

—No lo haré, hasta que me dé una oportunidad, y me permita...

Kalsie soltó una carcajada y aquel sonido fue lo más bello que él alguna vez escuchó. Ella era pura luz, pura candidez, todo lo que necesitaba en su vida para que jamás volviera a ser oscura.

—Esto es ridículo, milord. No comprendo su insistencia conmigo. —Ethan parpadeó al escucharla sin entender—. No soy la única mujer en Inglaterra, hay miles, y no tengo la menor duda que con su encanto, usted podría conquistar a cualquier dama que quisiera. Por favor no insista más. Se lo ruego. —Tal vez siendo sincera y humilde él la dejase... ¿no?

—Así que admite que soy encantador... —Le brindó una sonrisa pícara.

—No... yo... yo... —balbuceó. ¡Esa brillante sonrisa suya era más cegadora que el propio sol!

—Señorita Robinson —la interrumpió—, no lo piense más, y acépteme. Usted lo ha dicho, soy encantador, y sé que también soy muy apuesto, y en algo tiene razón: cualquier mujer desearía estar conmigo y usted es la afortunada a la que quiero a mi lado. No me torture más.

Pero qué se creía ese hombre, su arrogancia ya la estaba llevando al límite.

—Es usted un desvergonzado, y un vanidoso muy molesto. ¡Yo no lo torturo! ¿Cuántas veces tengo que decirle que no me interesa? Ni siquiera me parece atractivo. Usted, milord, es un arrogante, libertino, egocéntrico, y mujeriego, que por lo que veo, poco le importa lo que piensen o quieran los demás... Yo no quiero a un hombre así a mi lado.

Ethan estaba sorprendido, apenas lo conocía y ya había visto defectos en él, aunque no todos eran ciertos.

—Dudo de sus palabras. Porque usted puede decir una cosa, pero su cuerpo me dice otra muy diferente. Si mal no recuerdo, hace unos días respondió a mi beso muy complacida. Y respecto a lo de ser un libertino y todo lo demás...

—¿Usted me ha besado sin mi consentimiento...! —lo interrumpió furiosa.

—Y usted respondió a mi atrevimiento embelesada—apostilló él.

—Eso... eso solo sucedió porque... porque... me tomó por sorpresa. Sí, fue por eso — trató de defenderse. Sus mejillas se tiñeron ligeramente de rosa al recordarlo.

—¿Eso quiere decir que si la vuelvo a besar en este momento, tal y como muero por hacer, usted no me responderá tal y como lo hizo el otro día? —la retó.

—Téngalo por seguro —dijo tratando de sonar segura—, y se ganará un buen golpe de mi parte —afirmó ella, temerosa de que lo hiciera.

—Voy a besarla... —le dijo en un susurro.

Ethan colocó la mano en su nuca, la inclinó y acercó el rostro hasta rozar sus labios, al hacerlo sintió cómo su respiración se aceleraba.

—No debería... —murmuró Kalsie al tiempo que se lamía los labios.

—La besaré... —le advirtió antes de rozar sus labios en un aleteo ligero.

Kalsie cerró los ojos, contuvo el aliento y abrió ligeramente los labios a la espera de que la besara. Ethan sonrió ladino al ver su reacción. No pudo evitar molestarla, tal vez sí fuese un vanidoso después de todo:

—Quiere que lo haga, ¿verdad? —preguntó dándole la oportunidad de detenerlo.

No iba a negarlo, ansiaba ser besada otra vez por él, no era correcto, ella lo sabía, pero no podía contenerse. Kalsie no se movió.

El marqués sonrió con suficiencia al ver su reacción, y no tardó en apoderarse de sus labios. Ella respondió con avidez a cada uno de sus movimientos, que eran una delicia. Ethan jamás imaginó que besar a una mujer pudiera ser tan exquisito y embriagador. Con solo probar sus labios, se hizo adicto a ellos. Buscó el acceso de su boca y saboreó cada rincón. Kalsie emitió un suave gemido que lo enloqueció, y su virilidad se inflamó ansiosa por lo que ese pequeño cuerpo sobre él pudiera brindarle. Movi6 sus manos a su trasero, lo apretó con gusto, y un gemido se filtró entre sus labios.

Kalsie aferró sus manos con fuerza a las solapas de su chaqueta y se perdió en las sensaciones que esa boca pecaminosa ocasionaba en su cuerpo. Sus besos iban a ser su perdición. Presionó más su cuerpo contra él, sintiendo su eje masculino bajo las capas de tela. Estaba conmocionada por lo que *eso* le estaba haciendo a su cordura.

Escucharon un ruido proveniente de los establos, Kalsie se separó de sus labios con brusquedad y lo miró con el rostro sonrojado. Lord Wyatt llevó sus manos hasta sus mejillas, las acunó y apoyó su frente en la de ella. Él tenía los ojos cerrados y una sonrisa en sus labios. Ambos pechos subían y bajaban con dificultad y sus corazones golpeaban con fuerza.

—Dígame que sí y no se arrepentirá —susurró él con voz muy ronca—. Le prometo...

—¿A qué está jugando? —preguntó ella sin aliento, interrumpiéndolo.

—Esto no es ningún juego, ninguna mujer me interesa como usted...

—Yo no estoy interesada en usted, así que por favor déjeme en paz y deje de fingir.

—Eso me es imposible de creer, y especialmente por la reacción de su cuerpo. —Bajó la mirada a sus manos, las cuales se aferraban con fuerza a su chaqueta. Kalsie las apartó con brusquedad, se apoyó en su pecho, como pudo se puso de pie, y lo miró con frialdad. Ethan hizo lo mismo. Se acercó a ella de nuevo estando de pie. Ella se movió hacia atrás y trastabilló. Él la sostuvo de la cintura cuando ella estaba a punto de volver a caer.

—Yo... yo le demostraré que no estoy interesada en usted, lord Wyatt. —Se separó de su agarre, se giró y se marchó con rapidez hacia la casa, subió las escaleras y entró furiosa con ella misma a su habitación.

No podía creer que fuese tan débil como para dejarse llevar por el marqués, pero a quién iba a engañar, ella aún estaba total y absolutamente enamorada de él. Sin embargo, no le perdonaría lo que le hizo en el pasado. En realidad, dudaba que lo hiciera algún día. Rompió todas sus esperanzas más secretas. Sus anhelos más expectantes.

Así que él creyó que por venir con su apuesto rostro y su sonrisa que le volvía las piernas gelatina iba a caer rendida a sus pies, pues estaba muy equivocado. Ella no lo haría... No, no lo haría de nuevo.

Kalsie se dejó caer en la cama y observó el techo. Estaba muy molesta, pero admitía que le

encantaba ser besada por él y... No, no más Ethan Howard para ella. Le iba a demostrar a lord Arrogante que ella no estaba interesada en él, se lo haría pagar por jugar con ella.

El marqués de Wyatt bebió un sorbo de su copa, mientras observaba la pista de baile. Se encontraba en un rincón del salón de Dash Manor, conteniendo la rabia que le provocaba ver a la señorita Kalsie bailar, sonreír, conversar y disfrutar en la compañía de otros caballeros.

Durante toda la velada, Ethan se acercó a ella en repetidas ocasiones para invitarla a bailar, pero la dama no hacía más que ignorarlo. Incluso tuvo la osadía de dejarlo hablando solo, e irse con uno de sus tantos compañeros de baile. Aunque no le sorprendía que Kalsie tuviese tantas invitaciones, porque por su belleza iba a atraer la atención de todos los caballeros, lo enfurecía verla bailando con otros.

Wyatt apretó los dientes y comenzó a bufar al percibir que el caballero en compañía de Kalsie le susurraba en su oído y ella sonreía complacida. Comenzó a caminar, colocó la copa vacía en la bandeja del sirviente que pasaba frente a él y avanzó a grandes zancadas con la intención de separar a su diosa de ese hombre, que por cierto no le agradaba lo más mínimo.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Dash, detrás de él.

Ethan se detuvo, se giró y miró a su amigo con una ceja levantada.

—A reclamar lo que es mío —aseveró el marqués furibundo. A Ethan le gustaría ver al gran León mientras alguien tocaba a su esposa Megan...

—Hasta donde yo sé, ella no es tuya. Ten mucho cuidado con lo que implica esa explicación porque estás poniendo en riesgo la reputación de una de mis pupilas —replicó el duque.

—Lo es. No es nada indecoroso. Solo sé que ella es mía, solo mía, y ese estúpido del barón Avery tiene sus sucias manos sobre ella... ¿Y si fuese tu duquesa? —replicó Ethan girándose nuevamente.

Lord Dash se contuvo de reír al ver su reacción, aunque él perfectamente lo entendía. Los celos eran muy traicioneros.

—No es mi esposa. Y Avery es un buen pretendiente para la hermana mayor de mi

duquesa, y por lo que me comentó hace un rato, la señorita Kalsie ha tenido una buena impresión de él. No me sorprendería que comenzara a cortejarla de inmediato. Escuché que anda en busca de una esposa.

—¿Mejor que yo? ¿Es mejor que yo, Dash? —preguntó iracundo, fulminando a su amigo con la mirada—. Si me dices que sí, te juro que te mato Ambrose. Avery es un mojigato que aparenta una buena imagen, cuando es todo lo contrario, y tú muy bien lo sabes.

El duque se encogió de hombros. El barón tenía fama de ser mujeriego, pero no era nada diferente a lo que era Ethan, a menos que hubiese algo de lo que aún no estaba enterado y su amigo sí.

—Admítelo, tal vez no sea mejor que tú, pero Kalsie lo prefiere a ti —lo azuzó el duque. Quería hacerlo sufrir un poco—. Y no tengo dudas de que ella aceptará su cortejo —cabeceó en dirección a la pareja.

Ethan desvió la mirada hacia ellos, rechinó los dientes y apretó los puños con fuerza, al ver la forma en que ella lo miraba y sonreía al caballero mientras conversaban cerca de la mesa de bebidas. Albert Dawson, barón de Avery, era muy apuesto, con mucho carisma, sabía usar bien las palabras, por lo que presentía que pronto la encandilaría con su encanto.

—Sobre mi cadáver —sentenció lord Wyatt antes de comenzar a caminar hacia donde se encontraba Kalsie y lord Avery.

Al llegar, se metió en medio de ellos interrumpiendo su conversación, y la observó para atraer toda la atención de Kalsie.

—Es momento de mi baile, señorita Robinson. —Le anunció sabiendo que estaba rompiendo toda la etiqueta social. Y sin dejarla responder, le quitó el vaso de limonada que tenía ella en sus manos, se lo dio a lord Avery, la tomó del codo y la arrastró hacia el centro del salón sin que ella pudiera impedirlo.

—¿Qué cree que hace? —preguntó ella furiosa cuando recuperó su ingenio. Toda la situación había sido un descaró. ¡Y encima acababa de sonar un vals! ¡Iba a bailar un vals con él! Sintió que él la apretaba con fuerza hacia su cuerpo. Ella trató de retroceder porque no era correcto estar tan juntos... ¡Habría murmullos en menos que canta un gallo! Él la volvió a ajustar sobre su pecho con más presión.

—Bailar —respondió con ironía, atrayéndola más a su cuerpo. ¡Ella iba a acabar ahogándose y no era por culpa del maldito corsé!

—Creo haberle dejado claro que no me interesa, y eso incluye que no quiero bailar ni estar cerca de usted. Le agradecería que utilice los pocos modales que tiene para mantenerse alejado de mí.

—¿A qué le teme? Yo se lo diré. Se teme a usted misma cuando la toco, cuando la miro, cuando le sonrío o estoy cerca. Teme la forma en que reacciona su necesidad de mí cuando estoy cerca. Admítalo. Sea valiente y admita que me desea tanto o más que yo a usted —replicó Ethan con seriedad.

Ella jadeó con horror al darse cuenta de todo lo que él acababa de decir. Carraspeó con incomodidad y trató de sosegar los latidos frenéticos de su corazón.

—Usted solo me provoca repulsión —espetó Kalsie, desviando su mirada a sabiendas que acababa de mentir descaradamente.

Ethan esbozó una sonrisa taimada.

—Mentirosa —se atrevió a sisear—. Sé perfectamente que no provoqué eso en usted, se lo voy a demostrar y cuando quede comprobado, usted me va a aceptar —sonó a juramento.

Kalsie abrió muchos los ojos y sin tener tiempo a protestar, Wyatt la tomó del brazo, y la arrastró hacia la entrada del salón.

—¡Suélteme! ¡Se ha vuelto loco! —chilló ella mientras era arrastrada en uno de los pasillos.

Ethan se detuvo frente a la puerta de la biblioteca y la miró a los ojos.

—Sí. Me he vuelto loco, pero por usted. No soy un hombre acostumbrado a desplantes, más después de que le haya explicado mis honorables intenciones. No entiendo el motivo por el que usted niega lo que hay entre nosotros, pero por Dios, por Lucifer, los ángeles o demonios, que yo la haré entrar en razón. —Ella se quedó con la boca abierta por la vehemencia de sus palabras.

Abrió la puerta y la hizo entrar. Kalsie observó la habitación apenas iluminada y se quedó en el medio, lo vio cerrar la puerta y acercarse a ella en dos grandes zancadas. Ella caminó hacia

atrás, hasta chocar contra el escritorio.

—Milord... —murmuró, sin estar segura de las intenciones de él.

—Ethan... Me llamo Ethan. Dilo.

—No... —Apenas un sonido inaudible.

—Dilo... —le volvió a ordenar.

—No —murmuró por lo bajo.

—Lo dirás... —y sin dejarla decir una nueva negativa, se apoderó de su boca.

A Kalsie le fue imposible poder resistirse. Lo deseaba. Deseaba la promesa que los ojos aguamarina de él le prometían. Rodeó su cuello con sus brazos y se dejó llevar por esa boca pecaminosa que la devoraba con hambre. Ethan exploró su cuerpo con las manos sin dejar de besarla. Acarició su cintura, sus caderas... la levantó y la colocó sentada sobre el escritorio. Sin perder tiempo llevó sus manos para acunar sus pechos con suavidad, lo que provocó que ella se estremeciera y gimiera contra su boca.

—Quiero tocarte, quiero sentirte, mi amor... —confesó él con voz ronca. —Llevó su mano hacia el tobillo para comenzar la escalada por sus capas de ropa—. Ya no puedo tenerte cerca y no tocarte como he querido hacerlo desde que te vi... Mi amor, si me pides que me detenga moriré de pronto, pero lo haré —susurró entre sus labios—. Aunque mejor si no me pides que me detenga porque esto es lo que ambos deseamos y necesitamos...

Como respuesta, Kalsie lo besó con más intensidad, lo que lo instó a continuar con el recorrido por su pierna hasta llegar a su muslo. Acarició su piel con suavidad, hasta llegar a los rizos que ocultaban un delicioso tesoro. Se separó de su boca y comenzó a besar su barbilla, la lamió hasta su cuello, en donde se detuvo a aspirar su aroma. Descendió con suaves besos para buscar su escote y rozó sus senos con la nariz sobre la tela que aún los cubría. La sintió estremecer y se sonrió complacido. Ella lo aceptaba. Sacó uno de sus pechos, acarició el pezón y lo apretó con suavidad entre sus dedos. Ella gimió y todo su cuerpo tembló, y sin pensarlo más, el marqués bajó su boca para lamer la primera punta rosada y disfrutar del dulce sabor con deleite. Kalsie arqueó la espalda y él no dudó en disfrutar del manjar que le ofrecía. Mamó de ella con intensidad y glotonería. Era deliciosa, sublime, tan entregada a sus demandas... Tan complaciente en sus reacciones...

Kalsie llevó su mano hacia su nuca, y apretó con fuerza su cabello. Ella había dejado de pensar apenas la besó, y se dejó llevar por la adictiva y pecadora boca del marqués. No había más que lo que él le hacía sentir y lo que su cuerpo traicionero demandaba.

Ethan la exploró entre sus piernas hasta sentir los pliegues de su intimidad. Húmeda. Preparada. Lista para él. Hurgó con suavidad, disfrutando de su rocío. La acarició con lentitud y cuando encontró lo que deseaba, apretó el suave botón del placer que sabía que la volvería loca.

Kalsie gimió y todo su cuerpo vibró, poseída por las nuevas sensaciones que experimentaba su cuerpo. Ella necesitaba más. Algo se avecinaba... pero no comprendía qué estaba por venir. Solo entendía que le faltaba algo, pero no...

—E...Et...han... —tartamudeó ella.

—Eres tan deliciosa, cariño, no tienes ni idea de lo que provocas en mí. Me haces perder la cordura.

Llevó uno de sus dedos hasta la entrada de su profundidad. Ella se tensó y Ethan regresó a sus labios para persuadirla con sus besos. Lentamente Kalsie se relajó y él la penetró. Los movimientos de sus manos fueron ágiles y gentiles. La sintió contraerse, apretó el palpitante botón y pronto ella explotó en un delicioso éxtasis, que la hizo separarse de su boca para gemir con fuerza. El marqués la besó repetidas veces en su rostro, mientras la respiración de ambos se regulaba.

Kalsie seguía abrumada por las nuevas sensaciones, se sentía en las nubes. Fue delicioso lo que él le hizo y vaya si le gustó. Fue consciente de los suaves besos en su rostro y sonrió, hasta que escuchó sus palabras:

—Cásese conmigo, Kalsie —susurró al llegar a su oído. La deseaba solo para él. Era perfecta para él. Suya. Solo para él.

Ella abrió los ojos con brusquedad y lo observó, abrumada. No podía creer lo que le estaba pidiendo. ¿Estaba jugando con ella? ¿Se lo decía enserio?

—Lord Wyatt... —comenzó a decir ella.

—Ethan —La corrigió mirándola a la cara. Ella tenía las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por sus besos y el brillo en la mirada por haber sido despertada a la pasión.

—Ethan —concedió ella— ¿Es consciente de lo que me está diciendo? —lo cuestionó.

Él la besó suavemente en los labios.

—Lo soy, Kalsie. Quiero que sea mi esposa.

—Yo... yo no puedo casarme con usted —replicó ella, muy desconcertada. Recuerdos del pasado llegaron a su mente. Ilusiones rotas. Lo evocó a él besando a una mujer, mientras ella lloraba con angustia por la traición. No confiaba en él. No podía hacerlo. Si le entregaba su corazón lo volvería a romper en mil pedazos y en estos momentos sería más difícil de soportar.

Kalsie lo empujó con fuerza para apartarlo. Lo consiguió. Se acomodó el corpiño y se alejó de él.

—No entiendo, ¿por qué no se puede casar conmigo? —preguntó el marqués mientras la miraba con el ceño fruncido. Le acababa de ofrecer el placer más exquisito que se podía otorgar. ¿Qué estaba pasando?

Kalsie se colocó delante de él con la nariz levantada.

—Usted me engañó. Se burló de mí, y ahora cree que lo voy a perdonar así de fácil —chasqueó los dedos ante su vista—. Cree que voy a casarme con usted porque ninguna mujer se le resiste. No quiero ni imaginar lo que pueda hacerme sufrir si soy su esposa. Usted es un libertino, mujeriego, libidinoso y engreído —aseveró con frialdad.

—¿De qué demonios habla? ¿Cuándo me he burlado yo de usted? —El marqués la enfrentó confundido por sus palabras.

—Usted... usted muy bien lo sabe. Déjese ya de juegos. —Ella se giró para marcharse, pero él se lo impidió agarrándola de la muñeca.

—No sé de qué me habla, yo nunca la he engañado. He sido sincero con usted desde que la vi —aseveró con el ceño fruncido por su acusación.

Kalsie se giró para decirle sus verdades, en ese momento se escuchó que intentaban abrir la puerta y se asustó. Si alguien la encontraba ahí, junto al marqués, sería su ruina. Aguardaron en silencio un par de minutos, hasta que quien estaba al otro lado de la hoja de madera dejó de insistir.

Ethan caminó hasta la puerta, abrió, asomó la cabeza a un lado y a otro y volvió a meterla.

—Quién sea, parece que se ha ido. Lo mejor...

Kalsie reaccionó en ese instante, avanzó hacia él, lo empujó para que no obstruyera su paso y salió de la biblioteca. El marqués la siguió, no obstante, no avanzó mucho, debido a que un enfurecido león apareció de entre las sombras para frenarle el paso.

Uhm... Ethan sabía que estaba en problemas, pero no pudo remediar mostrar una sonrisa de satisfacción.

Kalsie se debatió entre regresar al salón o ir a su habitación. Lo meditó por unos segundos y decidió que lo mejor era regresar al baile o levantar sospechas, en especial con Megan, quien en los últimos días hacía preguntas muy sutiles sobre el marqués, y ella aún no se sentía preparada para confesar quién fue en el pasado.

Escuchó que Ethan la seguía y caminó más rápido hacia el tocador. Al entrar y mirarse en el espejo, ahogó una exclamación al ver su aspecto. Sus mejillas estaban coloradas, sus labios hinchando y su cabello despeinado. Cualquiera que la viera, diría que acababa de tener un encuentro amoroso... aunque en realidad fue así, lo que tuvo con Ethan fue... Oh, ¿cómo pudo dejarse llevar así?, si alguien se enteraba eso afectaría su reputación, también la de sus hermanas menores. Todo sin contar en la ira que podría provocar en el duque.

Ethan le había pedido matrimonio. No podía confiar en él. Ese era su mayor sueño en el pasado, sin embargo, después de un tiempo y de escuchar muchos rumores sobre el marqués, estaba segura de que él no era un hombre que la amaría, y si se casaba con ella no le sería fiel. Ella anhelaba tener un matrimonio por amor. Una vez se prometió a sí misma que solo se casaría por amor, siempre y cuando fuera correspondido.

Respiró profundamente, se arregló el cabello, se refrescó el rostro y regresó al salón como si no hubiese pasado nada. Dio un recorrido con la mirada y no visualizó a lord Wyatt, asumió que se habría marchado. Se dirigió a la mesa de los refrescos para humedecer su garganta, pero antes de que pudiera hacerlo, una furibunda Megan se situó frente a ella, la tomó de la mano y la arrastró a un rincón alejado de los oídos curiosos.

—¿Dónde te has metido? —preguntó su hermana.

Kalsie se mordió el labio inferior. No quería confesar nada. Podría contarle alguna mentira sencilla para...

—Yo... —comenzó a explicar sin saber qué más alegar.

—Te vi bailando con lord Wyatt y luego desapareciste. Dime que no estabas con él —inquirió Megan con seriedad.

Aquel comentario le pareció extraño, sabía que le desagradaba el marqués, pero no pensó que tanto.

—Estaba en el jardín tomando un poco de aire. Me sentí algo abrumada e irritada después de mi baile con él, además, sabes que hace mucho que no asisto a una fiesta.

Megan la observó de arriba abajo y asintió no muy convencida.

—Espero que no me estés mintiendo. Lord Wyatt no me agrada, y he visto su interés en ti. Espero que no te dejes convencer por su encanto, él no es un hombre para ti —le advirtió con severidad.

Kalsie la miró con los ojos muy abiertos.

—Lord Wyatt no me interesa, Megan. Ya te lo he dicho, así que no te preocupes por eso. —Desvió su mirada para recorrer el salón y observó al caballero de cabello negro y ojos castaños que también le había dado a entender sobre su interés en ella—. Creo que lord Avery es un buen partido. Pienso darle una oportunidad. —Le dijo para que no insistiera con el tema del marqués.

La duquesa observó al recién mencionado, curvó los labios en una sonrisa y asintió.

—Parece que es un buen caballero —murmuró—. Si él realmente es de tu interés, te apoyaré. Sé que tu anhelo es casarte por amor y con él puedes lograrlo. —Su reputación era menos escandalosa que la del irritante marqués.

Kalsie asintió. Miró con atención al caballero y luego desvió la mirada hacia la entrada, donde lord Wyatt y el duque aparecían. Era cierto. Quería casarse por amor, y estaba segura de que nunca amaría a otro hombre que no fuera Ethan Howard.

Que Dios la ayudase porque no sabía qué diantres iba a hacer.

Capítulo 6

El pasado regresa

Kalsie se encontraba junto a Blair y Delila repasando sus lecciones de etiqueta, en uno de los salones de la mansión. Pese a que lord Dash insistió en contratar a una institutriz para sus hermanas menores, la mayor de las Robinson quiso ser ella quien les diera las clases, al menos por una temporada, dado que lo había estado haciendo desde que sus padres murieron, y lo disfrutaba.

Después de lo que sucedió con lord Wyatt en el pasado y de la tragedia de su familia, Kalsie pensó en convertirse en institutriz en muchas ocasiones, incluso cuando la situación estuvo peor, antes de que Megan desapareciera, tuvo la intención de buscar trabajo en algún internado para señoritas o trabajar para alguna familia que lo necesitara. Y lo hubiese logrado si Megan no se hubiera marchado de la forma en que lo hizo. Aunque aún estaba a tiempo para ser una institutriz, porque ella seguía con la idea de no casarse, dado que el dueño de su corazón era Ethan, y creía que no respondería de la forma que ella anhelaba. Aunque el marqués le hubiese pedido matrimonio, ella seguía sin confiar en él.

—¿Te casarás con lord Avery? —preguntó pensativa Blair. La joven estaba suspirando sin ser consciente, mientras miraba un jarrón que contenía lirios blancos que el barón había enviado para su hermana mayor el día anterior.

Kalsie parpadeó unos segundos, algo confundida. La pregunta de la gemela la había traído de vuelta al presente.

—¿Por qué lo preguntas? —cuestionó a su hermana con curiosidad.

—Lord Avery te ha estado enviando flores y ha venido a visitarte en un par de ocasiones,

se supone que eso hacen los caballeros cuando cortejan a una dama —aclaró la gemela mirándola expectante.

Kalsie admiró las flores y desvió nuevamente la mirada a su hermana. Ella no sentía ilusión en casarse con el barón. Cuando él comenzó a interesarse pensó que lograría olvidar un poco al marqués con sus atenciones, pero lord Avery era muy cordial y solo se acercaba a ella lo necesario o dictado por las normas. Este pretendiente era muy distinto a lord Wyatt, y pese a que en los últimos días ya no la acosaba, la diferencia entre ambos era abismal.

—¿No te gustaría que lo hiciera? —inquirió interesada Kalsie. Quizás sus hermanas vieran algo que ella aún no era capaz de ver.

—Yo no soy quién para opinar sobre eso —se encogió de hombros Blair—. Si tú lo eliges, respetaré tu decisión, supongo que es lo que dicta tu corazón. —Esta gemela siempre escuchó decir a su hermana mayor que solo se casaría por amor y no se veía precisamente en esa tesitura cuando pensaba en el barón—. Es solo que hay algo en lord Avery que no me gusta. Solo lo he visto en pocas ocasiones, pero pienso que para ti un mejor esposo sería lord Wyatt. El marqués es... auténtico, y también sé que no te es indiferente.

¿Ethan, auténtico? Lo dudaba. Quizás un poco peculiar y no seguía ninguna norma, incluso era un descarado, libidinoso, egocéntrico y vanidoso, pero admitía que después de su encuentro en la biblioteca la noche del baile, él se comportaba con ella con mucha cordialidad. El marqués le daba su espacio cuando ella se lo pedía, e incluso había dejado de perseguirla o abordarla mientras se encontraban a solas. Lord Wyatt también había descubierto cuales eran sus flores favoritas y compartían conversaciones muy agradables, sin embargo, ella no le perdonaba su actitud y lo que hizo en el pasado. Si esa era su manera de redimirse, al menos debía ser sincero con ella y pedirle perdón, u ofrecerle alguna explicación.

—Opino igual que Blair —dijo Delila—. Lord Avery no me termina de gustar pero no es como si algún hombre fuese de mi agrado. Ya sabes que les considero simples, aburridos e innecesarios —terminó esta hermana arrugando la nariz. Ella había estado escuchando la conversación de sus hermanas con cuidado.

A Kalsie no le sorprendía que las gemelas le dijeran su opinión sobre los caballeros, ellas siempre eran sinceras en lo que pensaban, quizás más sinceras de lo necesario. Blair y Delila habían compartido tiempo con ambos caballeros en sus visitas, en especial con lord Wyatt, el marqués hasta había cantado con ellas en una ocasión, después de la cena, para animar el

ambiente. Si era sincera, Kalsie sentía que las gemelas tenían buena intuición, aunque a sus hermanas los hombres les importaban muy poco. Tal vez fuese por lo que habían vivido con el hermano mayor, que huyó y las traicionó, pero ambas hermanas menores no confiaban en el género masculino.

¿Debería darle una oportunidad a Ethan?, se preguntó Kalsie. Lo extrañaba. Él le gustaba. No podía negar que su corazón se estremecía y las mariposas daban vueltas en su estómago cuando estaba cerca. ¿Lo amaba plenamente? No lo sabía porque una parte de ella se resistía a ofrecerle su confianza. Temía que le rompiera el corazón como ya sucedió en el pasado.

Después de los momentos íntimos que compartió con el marqués, ella llevaba algunos días debatiéndose con la misma pregunta, y por alguna absurda razón, Kalsie creía que lord Wyatt la llegaría a amar de la forma que anhelaba, aunque...

—Si eligiese a lord Wyatt, creo que Megan me retiraría la palabra por una larga temporada —señaló a sus hermanas—. A ella no le agrada y si os escucha, me temo que nos va a castigar a todas. Creo que lo odia —Kalsie se inclinó para susurrarles lo último.

—¿A ti te agrada? —preguntó Delila, ignorando todo lo demás.

—Yo... sí, sí me agrada —dijo muy bajito, siendo sincera con sus hermanas pequeñas.

—Eso es lo más importante, además, Megan no es quién, para dar su opinión. Ella se casó con Ambrose, y no le importó lo que ninguna de nosotras pensara o si no nos agradaba —replicó con reproche Blair—. Un día fuimos traídas a esta mansión y recibimos la noticia de que era su esposo, así que es la menos indicada para opinar. Aunque ella odie a lord Wyatt, tendrá que soportarlo como tu esposo, cuando tú te cases con él —terminó de explicar con convicción.

Kalsie sonrió al escuchar a Blair. Ella tenía razón, el duque aún no le terminaba de agradar, no obstante, era el esposo de su hermana y su tutor, por lo que tenía que soportarlo, incluso vivir bajo el mismo techo, pero sin duda, lo que más gracia le causó, es que las gemelas daban por hecho, que ella se casaría con Ethan.

—Lo tendré en cuenta, pero lord Wyatt aún no ha mostrado un gran interés en mí. —Mintió descaradamente y ambas hermanas la miraron con los ojos entrecerrados—. Quiero que tengáis claro, que solo me casaré con el hombre que mi corazón elija, y no me va a importar la opinión de vosotras o de Megan.

Ambas asintieron con una sonrisa. Kalsie se preguntó qué estarían tramando sus hermanas. Ellas no solían hablar de esas cosas.

—Yo espero que tu esposo sea de mi agrado, aunque no puedo asegurar que le gustaré a tu marido. Me conformo con que me guste. Sí, porque dado que no pienso casarme, y me gustaría vivir con Delila en el campo o contigo en el futuro, será mejor que al menos yo tolere a tu futuro esposo, Kalsie —comentó Blair. Kalsie se quedó con la boca abierta con la disertación de su hermana. No tuvo tiempo a replicar porque:

—En verdad —tomó la palabra Delila—, Blair y yo hemos estado hablando sobre nuestro futuro y nos gustaría volver a vivir al campo. El duque no para de decir que buscará excelentes partidos para nosotras, pero ninguna de las dos deseamos casarnos. Cuando podamos, regresaremos a nuestra casa.

—Dependemos de lord Dash. Es nuestro tutor —razonó con sutileza Kalsie.

—Lo sabemos —habló Blair—, y en caso de que no consigamos disuadir al duque para que no nos case en contra de nuestros deseos, queremos ir a vivir contigo. No nos gusta lo autoritaria y tirana que se ha vuelto Megan. Es una duquesa muy mandona.

—Tesoros, Megan solo quiere nuestro bienestar —trató de explicar Kalsie.

—No importa —dijo Blair—. Lo que Delila y yo queremos es que elijas bien a tu esposo para que no pretenda deshacerse de nosotras al menor problema. —Eso era justo lo que canturreaba el duque cuando alguna hacía una trastada, que las casaría pronto o las enclaustraría en un convento de Escocia.

—Tal vez, el problema sea el comportamiento de ambas —las regañó con amor la hermana mayor—. Si dejaraís de meteros en problemas, Dash y Megan no serían tan tiranos como decís.

—Si nos portamos bien y comenzamos a hacerles caso, comenzaría a hablar sobre nuestras innumerables virtudes y conseguiría darnos un montón de pretendientes incluso antes de ser presentadas en sociedad —comenzó a explicar Blair—. Así que es mucho mejor que comprenda que no va a poder casarnos. Y cuanto antes lo entienda, mejor para todos —apostilló con una seca afirmación de cabeza.

Kalsie rio a carcajadas. Dudaba que el duque no hiciera todo lo posible para buscarles un

buen esposo a todas. La joven se sonrió con piedad al pensar en el futuro de lord Dash. Delila y Blair iban a poner contra las cuerdas al duque con sus fechorías porque ambas hermanas tenían muy claro que no deseaban tomar esposo.

—Mucha charla... Ahora debemos continuar con las lecciones. Ya veremos qué sucederá en el futuro. Es momento de seguir con las clases —zanjó el debate Kalsie, o se pasarían toda la tarde hablando del mismo tema.

Ambas emitieron un gesto de cansancio. A Blair y Delila les aburría horrores estudiar sobre buenas maneras y costumbres de las damas, pero preferían a su hermana mayor que a una institutriz. Kalsie siempre tenía mucha paciencia.

Escucharon la puerta y las tres desviaron la mirada para encontrarse a Megan en la entrada.

—Kalsie, querida, tienes visita —anunció con una sonrisa la duquesa—. He acomodado a tu invitado en el saloncito melocotón.

Kalsie asintió, supuso que se trataba de lord Avery, debido a la sonrisa que tenía su hermana. Se puso de pie, se alisó la falda, y observó a las gemelas, quienes también se habían levantado de su asiento.

—Las lecciones terminan por hoy, y nada de hacer travesuras —les advirtió Kalsie a las menores Robinson.

—No lo haremos, por eso te vamos a acompañar. Contigo no nos meteremos en líos y así el duque no se molestará —anunció Delila.

Blair asintió a su lado.

—La visita es para Kalsie. ¿Quién ha dicho que vosotras podéis ir? —inquirió Megan con seriedad.

—Nosotras —replicó Blair encogiéndose de hombros y siguiendo a Kalsie quien avanzaba ya en dirección al salón melocotón.

—Alto ahí señoritas. No he dicho que podáis ir con Kalsie —espetó Megan, deteniéndolas.

—¡Te has convertido en una aburrida y gruñona desde que eres duquesa! —siseó Delila furibunda y ambas mellizas salieron corriendo del salón con enfado.

—No lo entiendo, ¿qué tiene de malo que nos acompañen, Megan? —cuestionó Kalsie.

Megan se acercó a ella, y entrelazó sus brazos.

—Lord Avery ha venido porque tiene algo importante que decirte. Quizás quiera pedir tu mano, así que lo mejor es que no tengan interrupciones —dijo en tono bajo, mientras caminaban hacia el salón de visitas—. Sabes cómo son Blair y Delila, y a mí me haría tan feliz que tuvieras al fin una buena proposición de matrimonio. Se ve tan bueno, no como el libertino de Wyatt. —Megan no podía explicarlo, sencillamente él no le agradaba lo más mínimo.

Kalsie puso los ojos en blanco, en los últimos días, Megan siempre tenía algo malo que decir del marqués. Suponía que pensaba que así haría que ella no lo viera como un posible esposo. Si tan solo supiera que...

Ambas entraron al salón de visitas, en donde lord Avery la esperaba. Al verla entrar, el barón se puso de pie y esbozó una radiante sonrisa que acentuaba su gentil belleza.

—¡Oh! señorita Robinson, es un placer verla —le dijo el barón tomando su mano y besándola con suavidad al acercarse.

—Me honra con su visita, milord —respondió ella, brindándole una pequeña sonrisa, luego retiró la mano de su agarre.

—Más me honra usted, con que me reciba y me brinde su tiempo.

Ambos tomaron asiento, uno al lado del otro en el mismo sofá.

—En un momento regreso —anunció Megan desde la entrada—. Está en su casa lord Avery, iré a pedir el té, porque mi servicio está un poco... Ahora vuelvo. —Kalsie sabía que había sido una excusa para darle intimidad.

—Gracias, excelencia —dijo el barón antes de la salida de Megan.

La duquesa asintió y se retiró dejando a la pareja a solas en el salón. Kalsie comprendió por qué no quería que las gemelas estuvieran presentes.

—Señorita Robinson... —el barón se giró para mirarla a la cara.

Kalsie lo examinó expectante, sospechaba que le diría lo que Megan le comentó antes de

entrar al salón, aunque dudaba que el barón fuese tan apresurado porque era demasiado serio y tranquilo. No como lord Wyatt que era impetuoso.

—Antes de hablar con lord Dash para pedirle permiso para cortejarla, quise hablar con usted primero, —comenzó a decir el pretendiente—. Yo estoy muy interesado en usted, y nada me gustaría más que hacerla mi esposa, por lo que quería saber si está de acuerdo en que yo la corteje oficialmente. No me gustaría hacer algo en contra su voluntad —le dijo un nervioso barón que la miraba con sus grandes ojos castaños a la espera de una respuesta.

—Yo... yo... milord, me toma por sorpresa —fue todo lo que logró decir.

Albert Dawson, lord Avery, sonrió y le tomó una de sus manos entre las suyas en un gesto muy íntimo. Kalsie esperó para ver si algo dentro de ella se estremecía... No hubo nada. Pero aún así no deseaba descartarlo porque se veía bueno, atento y apuesto.

—Sé que ha sido algo inesperado, por lo que no es necesario que me dé una respuesta ahora mismo. También he venido a hacerle una invitación al teatro esta noche. No tiene que aceptar si se va a sentir incómoda. Estoy dispuesto a otorgarle el tiempo que necesite para valorar mi propuesta.

—Oh. Yo... Se lo agradezco —era sincera— y encantada acepto su invitación, milord.

—Espero no interrumpir, he traído el té. —Megan había entrado al salón, y una doncella la seguía portando el servicio de té. Kalsie frunció el ceño. Megan se mostraba nerviosa y ansiosa... No entendía el motivo.

—No interrumpes, excelencia —se apuró a responder el barón—. Le decía a la señorita Robinson que me gustaría invitarla al teatro esta noche, siempre y cuando lord Dash esté de acuerdo, por supuesto.

—No dude en que el duque lo permitirá —le aseguró la duquesa de Dash.

—¿Qué voy a permitir? —tronó la voz del duque a su espalda, sobresaltándola.

Kalsie separó la mano de la del barón con rapidez, al ver que el león entraba imponente en el salón junto con el marqués de Wyatt. Por eso su hermana entró tan apresurada. Supuso que los vio llegar.

—Lord Avery ha venido a invitar a mi hermana al teatro esta noche —dijo *lady* Dash

mientras se giraba y fruncía el ceño al ver a lord Wyatt junto a él.

El marqués se situó al lado de su amigo para ver la escena completa. Observó el salón y cuando vio que Kalsie estaba muy cerca del barón, apretó los labios en una fina línea blanca que mostró a todos su malhumor. Con dos grandes zancadas se acercó a la pareja, miró el pequeño espacio en medio de ellos en el sofá y se sentó ahí sin miramientos, obligando a ambos a moverse para que él pudiera sentarse. Se oyó un jadeo por parte de Megan, y una risa sofocada proveniente del duque.

Kalsie trató de guardar la compostura, pero al sentir su cercanía se levantó con brusquedad y comenzó a servir el té. Su corazón galopaba como loco por su proximidad.

—Avery, pensé que estarías ocupado con *lady* Derby —señaló perezosamente y con cierta maldad Ethan.

El barón lo fulminó con la mirada, luego observó a Kalsie y suavizó el gesto, brindándole una sonrisa. Avery se negó a hacer ninguna aclaración al respecto.

—Milord, ¿cuántas de azúcar? —preguntó Kalsie al barón.

—Dos, por favor —respondió el marqués volviendo a mostrarse maleducado.

Kalsie le sirvió el té a Ethan en medio de una tensión palpitante.

—Sigo sin comprender cómo puede ser amigo de mi esposo —murmuró la duquesa con desdén a su hermana, luego observó al barón con una sonrisa—. Lord Avery, ¿cuántas de azúcar? —Megan esperaba poder subsanar el problema sirviendo.

—Una, excelencia.

Megan le lanzó una mirada a Kalsie y la joven se apuró a servirle el té como indicaba. Cuando todos tuvieron la taza en sus manos, Kalsie tomó asiento en un sillón lejos de los caballeros. Ocultó la sonrisa que pugnaba por salir al ver el desconcierto de los dos pretendientes cuando se apartó de ambos. El barón fue más sutil, pero la mirada intensa que le ofreció el marqués le borró la diversión en un segundo.

El barón carraspeó.

—Excelencia, como le comentaba a *lady* Dash, me gustaría que la señorita Kalsie me

honre con su compañía esta noche en el teatro.

—Dash tiene un compromiso esta noche, dudo que pueda asistir —replicó Ethan mientras levantaba una ceja y miraba a su amigo—y la señorita Robinson requiere de su compañía para poder ir. —El marqués era plenamente consciente de que se estaba comportando sin ninguna muestra de etiqueta. No le importaba lo más mínimo. Desde que había entrado en la estancia los celos se lo llevaban a los infiernos.

—Yo puedo acompañarlos, en caso de que mi esposo no pueda asistir —aclaró Megan con rapidez.

Dash suspiró con fuerza y todos lo observaron con calma.

—Mi buen amigo ha sido muy... cortés —mentira, Ethan había sido de todo menos eso desde que entraron en el salón—, al recordarme un compromiso que, por otro lado puede esperar. —Fue el turno del duque de levantar la ceja al marqués porque su amigo lo miraba con cara de enfado—. A mi esposa le gusta mucho el teatro y siempre he opinado que un marido debe contentar a su esposa en todo cuanto pueda. Iremos al teatro. He oído que hoy se entrena una obra muy popular.

—Así es, excelencia —todos fueron conscientes del tono alegre del barón— y dado que la señorita Robinson me comentó que le gustaba, pensé que sería una oportunidad muy buena para sociabilizar —aseveró Avery.

—Entonces... —comenzó a decir el marqués en tono regio—... a la señorita Robinson le gusta el teatro —dijo Wyatt clavando sus ojos aguamarina en ella. Kalsie sintió como si un juzgado entero la estuviese condenando por algo. ¡El marqués era exasperante! Sentía su posesividad sobre ella como si fuese una gran y pesada manta.

Ethan lo sabía, de hecho, sabía todo acerca de ella... sobre sus gustos, lo que hacía en su tiempo libre, su flor y postre favorito, incluso su color. Él deseaba poder invitarla al teatro, sin embargo, debido a que su relación aún no era la mejor, y puesto que no había querido seguir abrumándola, no lo había hecho. Él estaba casi seguro de que Kalsie no le era indiferente, por lo que en las últimas semanas se había dedicado a interrogar a las gemelas para que le facilitasen información, aunque tuvo que confesarles sus intenciones de casarse con su hermana mayor para que lo ayudasen.

—Kalsie estará encantada de asistir al teatro en su compañía, milord —le indicó Megan al

barón.

La aludida solo los miraba mientras daba pequeños sorbos a su taza de té porque no tenía ni idea de qué hacer o decir para aliviar el momento. Se sentía en medio de un campo de batalla. Estaba tentada a negarse, porque sentía remordimientos por lo que le transmitía Wyatt. Se veía molesto e irritado, la miraba como si ella hubiese cometido la peor de las traiciones. ¡Era solo una salida al teatro! No pudo echarse atrás porque ya había aceptado la invitación de lord Avery.

—Siendo así, es momento de retirarme. Tengo asuntos pendientes de los que ocuparme de inmediato —dijo el barón poniéndose de pie y colocando la taza sobre la mesa.

—¿Sus temas tienen que ver con cierta viuda? —inquirió Wyatt.

Lord Avery carraspeó con incomodidad. Estaba claro el juego del marqués y no entraría al trapo. Calló porque no le convenía hablar sobre la mala educación y falta de etiqueta que estaba mostrando el que se había declarado un rival por conseguir la mano de la beldad rubia.

—Los veré esta noche. Excelencia, *milady*, señorita Robinson... Lord Wyatt —se despidió el barón, quien tras una inclinación de cabeza se retiró.

Kalsie al fin pudo relajarse un poco, pero todavía sentía los ojos fijos del marqués.

—Estoy un poco... cansada. Con el permiso del marqués, me retiro a mi habitación —anunció ella poniéndose de pie y colocando la taza sobre la mesa. Le hubiese gustado compartir unos minutos con él, pero sin las gemelas el ambiente era muy tenso en presencia de Megan. Además, no quería oír sus recriminaciones sobre la oferta del barón.

—Te acompaño, así te ayudo a elegir un vestido para esta noche —le indicó Megan.

Ambas salieron del salón, dejando al duque y al marqués a solas.

—Lo pasaremos muy bien esta noche en el teatro. Hace mucho tiempo que no vamos —murmuró Wyatt desenfadadamente, antes de darle un mordisco a la pasta que tenía en la mano.

—Bien. No creo que esa sea la palabra correcta que podría definir un nuevo encuentro entre la hermana de mi esposa, el barón y tú. Y en todo caso, ¿quién te ha invitado a ti? —cuestionó Dash, mirándolo con una ceja levantada muy inquisidora.

El marqués emitió una sincera carcajada.

—No necesito invitación para disfrutar de una noche de teatro y menos en compañía de la mujer que será mi esposa. Tú bien lo sabes, mi querido amigo, además no pienso dejarle el camino libre a Avery.

—Deberías darte por vencido. Dudo que la hermana de mi duquesa te acepte, sospecho que...

—No —lo cortó su amigo—. Ella será mi esposa, eso tenlo por seguro —lo interrumpió, antes de que lo hiciera perder su buen humor. Estaba muy irritado—. Por cierto, eres un maldito traidor.

—¿Yo? —preguntó inocentemente el duque.

—Sí, lo eres porque no me echas ninguna mano para ayudarme a conquistarla.

—¿Por qué debería ayudarte? Ya es bastante que no me interponga en tu camino. Porque el otro día cuando te descubrí con ella y Dios sabe lo que estarías haciendo, evité desafiarte a duelo porque eres mi amigo.

—Hablas como si tú fueses un santo.

—Lo soy —dijo muy seguro de su afirmación.

—¿Quieres que recordemos todo lo que hiciste para asegurarte de que tu duquesa fuese tu esposa? ¡Yo te ayudé en su momento!

—Una ayuda innecesaria porque ella ya estaba prendada de mí.

—Eres un amigo terrible, Dash.

—No lo soy, porque si fuese eso tan feo que has dicho, tú estarías ya muerto y enterrado. No debiste llevártela a un lugar apartado durante aquella fiesta.

Wyatt gimió.

—Dash, no pasó...

—¡No quiero saberlo! Compíte por su mano y haz que te acepte si la quieres, pero no vuelvas a hacer algo que me disguste o tendré que olvidar que eres mi amigo...

Ethan lo miró con humor.

—No me irás a decir que te comportaste caballerosamente con tu esposa antes de que se convirtiera en tu duquesa, porque lo dudo mucho... —razonó con irritación el marqués.

—No es lo mismo —rebató con presteza.

—¿No?

—No, porque yo soy yo y tú eres tú.

Kalsie se miró en el espejo y frunció el ceño. Pese a que ir al teatro era una de las cosas que más le gustaba, sentía que esa noche no la disfrutaría. La insistencia de Megan para que aceptara al barón ya le estaba molestando, aunque él era de su agrado físicamente, sus hermanas pequeñas tenían razón, había algo que... Probablemente fuese que lord Avery no era Ethan.

Además de eso, el único dueño de su corazón era Ethan. No podía negarlo. Kalsie intentó ver al barón de otra manera, pero le era muy difícil. Ella estaba segura de que el marqués era ese gran amor del que tanto le habló su madre, y por eso sentía que jamás se volvería a enamorar, aunque lo intentara. Tampoco quería pasar el resto de su vida con alguien a quien no pudiera entregarle su corazón.

Después de que su hermana dejara de atosigarla mientras elegían un vestido para esa noche, Kalsie pensó que lo mejor era rechazar al barón pronto, antes de que hablara con el duque y se viera comprometida en un matrimonio que no deseaba.

Kalsie se miró una última vez en el espejo. Tomó los guantes, su ridículo, y bajó. Megan y el duque la esperaban en el recibidor, y por la expresión de ambos supuso que ahí la única que disfrutaría la noche sería su hermana, porque incluso el duque se veía... ¿molesto?

—Sabía que esa sería una excelente elección. Estás preciosa con ese vestido, y el barón se va a enamorar más de ti apenas te vea —comentó la duquesa con hilaridad.

Lord Dash carraspeó.

—Es momento de irnos o no llegaremos a tiempo—dijo el duque con frialdad. No podía esperar para ver la cara de su amigo cuando viera a su pupila. Mentiría si dijera que no se estaba

divirtiéndolo al ver los aprietos de Ethan.

Ambas asintieron, salieron en cuanto el señor Rain les abrió la puerta y se subieron al carruaje.

Durante el camino, Megan comenzó a hablar del barón, pero el duque la interrumpió hablando del tiempo. Luego se sumieron en el silencio y por suerte el recorrido no fue muy largo.

Al llegar al teatro, Albert Dawson, barón de Avery, les esperaba a las puertas, vestido con un traje formal marrón oscuro que le sentaba muy bien, pero que no la impresionó.

—Lord, *lady* Dash, señorita Robinson, bienvenidos —les saludó con una inclinación de cabeza el pretendiente.

—Pensé que se os haría tarde, Dash —dijo una voz varonil a espaldas de ella que bien conocía.

Kalsie se giró lentamente, después de sentir un escalofrío recorrer toda su columna vertebral, y se encontró con unos ojos aguamarina que la miraban con intensidad, y que provocaron que su corazón se acelerara. El marqués vestía un traje a la medida en tono azul oscuro que le sentaba como un guante, y su lustroso cabello estaba peinado hacia atrás. Ese caballero sí la impresionó. Incluso sus rodillas se sintieron mantequilla.

—Señorita Robinson, se ve muy hermosa esta noche —le dijo Wyatt acercándose a ella, besando su mano y lamentando los estúpidos guantes que protegían su piel de sus labios.

Kalsie se estremeció por la caricia y sintió que las rodillas le temblaban más todavía, en especial cuando se quedó parda mirando su sonrisa.

El barón carraspeó para llamar la atención del resto.

—Mi palco se encuentra por aquí. —Le indicó Albert al duque, por lo que Kalsie reaccionó separando su mano de la de él—. ¿O prefiere usar el suyo, excelencia?

—No, está bien ser sus invitados esta noche, Avery —explicó Dash. Acto seguido clavó su mirada en su amigo—: ¿Me permiten unos segundos? Debo hablar un momento con lord Wyatt. No tardaré.

—Por supuesto, excelencia —respondió el barón.

El duque se acercó al marqués, y lo llevó a un rincón lejos de ellos.

—Señorita Robinson, debo darle la razón a lord Wyatt, esta noche se ve muy hermosa —aseveró Albert mientras esperaban al duque.

—Oh, gracias, milord —Kalsie le brindó una pequeña sonrisa.

—Hay que estar ciego para no darse cuenta de que usted es una de las mujeres más bellas de la temporada.

Kalsie se sonrojó por el halago y Megan dibujó una radiante sonrisa.

—Podemos ir a su palco, Avery —indicó el duque, acercándose a ellos.

Kalsie percibió la pérdida, porque por lo visto el duque se había deshecho del marqués. Era curioso sentir cómo ese hombre se le había colado bajo la piel. Lo añoraba y eso que lo acababa de ver hacía unos pocos segundos. La joven se dijo a sí misma que no ensombrecería la salida.

El barón asintió y los guio hacia las escaleras, luego hacia el pasillo para terminar entrando en el lugar. Los cuatro tomaron asiento. Kalsie se sentó en medio del barón y de su hermana. La mayor de las Robinson desde ahí admiró el escenario. Era grandioso ese teatro. Su mirada voló para divisar lo que necesitaba ver. Así que consiguió ver al marqués en un palco que estaba cerca, quien se sentaba junto a otros caballeros. Kalsie lo examinó mientras se mordía el labio inferior sin ser consciente. ¡Era tan apuesto! Lo miró sin vergüenza hasta que él subió la vista y ella tuvo que desviar la suya hacia el escenario, donde estaba dando inicio la función.

Romeo y Julieta de Shakespeare. No podía interpretarse otra obra más... más... ¡Otra obra! Tenía que ser un drama de amantes. Kalsie estaba mortificada.

Durante toda la obra los ojos de Kalsie se pasearon del escenario a lord Wyatt. Por alguna razón, esa noche le era imposible dejar de mirarlo, y en su corazón supo que ya tenía una respuesta. Le diría a lord Avery que no estaba interesada en él, y hablaría con Ethan para saber si aún quería casarse con ella. Quizás el marqués sí la llegaría a amar como ella anhelaba. Y si no fuese así, confiaba en tener suficiente amor para nutrirlos a los dos.

Al terminar la actuación, Albert se giró y la observó.

—¿Le ha gustado la obra?

—Sí, milord, me ha parecido muy interesante. —Entre otras cosas porque cuando la actriz sentía dolor, Kalsie se imaginaba siendo ella con Ethan. Lo necesitaba más que nunca.

—Creo que es momento de irnos —anunció observando a los duques, los cuales se ponían de pie. El barón hizo lo mismo y le tendió la mano a ella.

Kalsie la tomó y se levantó, rodeó el brazo del barón, y siguieron a los duques.

—Me gustaría invitarla a dar un paseo en Hyde Park mañana. La lluvia nos está dando tregua y me gustaría compartir su tiempo, si me lo permite —le susurró el barón al oído. Fue una afirmación sin maldad, un poco atrevida por el hecho de que sintió su aliento cosquillear en su oreja... Y de nuevo no sintió lo que le hacía sentir el marqués.

Kalsie lo meditó unos minutos, quizás ese paseo podría servir para explicarle que no podía ser su esposa.

—Me encantaría, milord.

Llegaron a la salida, donde algunos asistentes conversaban animadamente. Kalsie dio un recorrido con la mirada en el lugar en busca de lord Wyatt, a quien no vio. Supuso que ya se había retirado.

—Muchas gracias por la invitación, Avery —habló el duque—. Mi esposa y su hermana lo han disfrutado mucho.

—El gusto es mío —respondió solícito al agradecimiento—. No pude haber disfrutado de mejor compañía —le aseguró lord Avery.

—Es momento de retirarnos —indicó Dash.

—Los acompaño, también me marcho ya —observó el barón.

Salieron del teatro y el duque miró hacia todos lados para localizar su carruaje. Cuando lo divisó le hizo señas al lacayo. Si Dash o las mujeres hubiesen estado mirando, habrían visto la cara de orgullo y satisfacción del barón cuando dijo:

—Vaya... parece que Wyatt ha tenido éxito esta noche —comentó el barón mientras

esperaba y todos fijaron la mirada hacia donde el barón observaba.

El marqués estaba llegando a un carruaje acompañado por una dama, que mantenía muy cerca de sí mismo. Kalsie se quedó con la boca abierta cuando vio la estampa. Y el corazón de la joven se rompió en dos cuando Kalsie reconoció el rostro de la mujer. Un dolor sordo comenzó a formarse en su pecho. La intensidad de la molestia se acrecentó cuando Ethan ayudó a la mujer a acceder al interior de su carruaje y él se metió con ella para marcharse.

Recuerdos del pasado llegaron a su mente. Sintió que la sangre se le escapaba del cuerpo y que su corazón se detenía por el descomunal dolor que se clavó en él.

—¿Se encuentra bien, señorita Robinson? —preguntó el barón cuando ella se aferró a él con fuerza para no caer.

—S...sí —balbuceó—, solo sentí un poco de frío. Eso es todo.

—En ese caso démonos prisa. Suba, no quiero que se enferme. —Le indicó satisfecho al ver la reacción de la joven ante lo que acababa de presenciar. El barón esperaba haberse librado de su rival de una buena vez por todas.

Kalsie asintió y respiró profundo, se despidió de lord Avery, subió al carruaje con su ayuda y trató de fingir que no había sucedido nada extraño. Su corazón lloraba lágrimas de sangre, pero no lo confesaría jamás. Nadie podía darse cuenta de lo que estaba sintiendo en ese momento, pese a que estaba segura de que se reflejaba en su mirada. Percibió durante el trayecto la mirada inquisidora del duque y su hermana. Se negó a hacer alguna reflexión sobre su cambio de actitud. Si hablaba sobre lo que la carcomía, acabaría delatándose a sí misma y no deseaba derramar más lágrimas por un hombre que no la merecía.

Aun así, no fue hasta que su doncella se marchó, después de ayudarla a cambiarse, cuando la joven se derrumbó y comenzó a llorar como hacía mucho que no lo hacía. Nuevamente fue por el mismo hombre.

¡Qué ilusa había sido al creer que él realmente estaba interesado en ella! Todo era un engaño y le había quedado muy claro, al verlo esa noche con la misma mujer a la que besó años atrás.

Capítulo 7

Una decisión

La noche prometía para Ethan Howard. Había estado en casa de Dash tomando té con la que iba a ser su prometida y con el odioso Avery. El marqués era consciente de que había sido descortés, pero poco le importaba. Ese barón era un rival y él no se iba a amedrentar. Salió con malhumor de la mansión de Dash, porque no solo tuvo que lidiar con el molesto pretendiente de Kalsie, sino que la esposa del duque parecía haber desarrollado una animadversión hacia su persona.

El marqués decidió que esa noche iría al teatro, pero antes necesitaba un poco de tranquilidad. Así que después de marcharse de la mansión de Dash, Ethan se dirigió a White's en busca de un par de amigos para que lo acompañaran al teatro esa noche. En el club de caballeros jugó unas cuantas partidas de cartas y ganó. Tuvo que emplear unos cuantos chantajes con sus compañeros para encontrar quién lo acompañara en su salida al teatro. Después de conseguir su objetivo, el marqués se marchó a su residencia para prepararse para lo que se adivinaba como una noche compleja. Al llegar a la mansión lo primero que hizo fue solicitar un placentero baño, a continuación, su ayuda de cámara lo ayudó a elegir su atuendo. Pretendía mostrar su mejor cara. Así que se enfundó en un traje formal de terciopelo azul oscuro que en su propia opinión le hacía parecer bastante apuesto. Esperaba que eso sirviera para conquistar a su díscola prometida. Oh, sí. Kalsie era ya su prometida, aunque ella parecía ser reacia a consentirlo...

Ethan no pensaba dejarle el camino libre al barón Avery, y mucho menos después de la información que había obtenido esa tarde de sus cómplices. Antes de marcharse, las gemelas Robinson le comentaron que él sí era del agrado de Kalsie, y le recomendaron que mostrara más interés por ella, algo que no comprendió porque sus intenciones habían sido dichas en voz alta y clara. No obstante, supuso que tal vez debería ser un poco más agresivo si la dama consideraba

que no le prestaba la suficiente atención. Él estaba decidido a conquistar el corazón de su beldad de cabello rubio. Ethan estaba seguro de que ella sería su esposa, aunque tuviese que venderle su alma al mismo Lucifer.

Al terminar de arreglarse, lord Wyatt bajó, pidió que prepararan su carruaje y cuando estuvo listo se dirigió al teatro. Allí espero ansioso e ilusionado a que su diosa se presentara. Al verla entrar en el recibidor, Ethan se quedó congelado. Por alguna razón, ella se veía mucho más hermosa de lo que previó. Con ese vestido en tono azul cielo, muy ceñido en la cintura, y que dejaba una buena porción de la piel de su escote a la vista... Tuvo ganas de saltar sobre ella y cubrirla para que nadie más pudiera disfrutar de tan hermosa vista. El marqués se contuvo de no lanzarse sobre Kalsie como un animal hambriento de deseo y llevársela a su mansión, donde podría estar a solas con ella para enseñarle a disfrutar del placer, explorando cada rincón de su cuerpo, hasta hacerla gritar su nombre cuando la llevara a la cúspide del éxtasis.

Ethan sacudió la cabeza para alejar los lujuriosos pensamientos, y frunció el ceño, al intuir que probablemente Avery estuviera pensado igual que él. El marqués se paró erguido, estiró su traje y caminó con pasos elegantes y varoniles hacia su diosa, para demostrarle al mentecato de Albert Dawson quién tenía toda la atención de la dama.

Después de saludar con galantería a su futura esposa y de escuchar la muy sutil advertencia de su amigo Ambrose, que no pensaba seguir, Ethan se dirigió hacia su palco junto a sus amigos para disfrutar del espectáculo, aunque no era la función lo que realmente le importaba. Durante toda la obra no pudo dejar de sonreír como un tonto, al notar que la señorita Robinson no dejaba de mirarlo, lo que le indicaba que ella sí tenía interés por él, y que los encuentros y pocos avances que había realizado semanas atrás, estaban causando un efecto positivo en ella. Ethan se sentía muy feliz y pletórico. Después de haber vivido en la oscuridad durante años, al fin veía una luz que iluminaba su vida, pero su dicha se vio ensombrecida rápidamente. Cuando la obra terminó, llegó al recibidor para propiciar un encuentro con Kalsie, pero la mala fortuna hizo que fuese abordado por una dama a la que no deseaba volver a ver nunca más en su vida. Esa mujer fue muy especial, pero...

—Mi querido, Ethan. ¡Qué placer verte de nuevo! —dijo la voz femenina a su espalda, muy cerca de él.

El marqués sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral y se giró muy despacio para confirmar que no era una imaginación de su mente. Se suponía que esa mujer no estaba en Inglaterra.

—No opino lo mismo, *milady* —respondió Ethan, mirando con desdén a la mujer de cabello castaño. Estaba siendo poco cortés, pero se lo podía permitir. Luego se dio la vuelta para marcharse, pero una mano, como si de una garra se tratase, se aferró a su muñeca. Él inmediatamente la alejó, sintiendo que le quemaba.

—Tanto tiempo sin vernos y huyes de mí... —dijo ella, ofreciendo una sonrisa maliciosa.

Ethan frunció el ceño. Tenía sentimientos contradictorios con esa mujer, pero una cosa era cierta: no quería verla ni estar cerca de ella.

—¿Qué demonios quieres, Janet? —preguntó hostil, tratando de no llamar la atención.

—Hablar contigo, querido —respondió ella con dulzura, brindándole una sonrisa aún más amplia.

—Yo no tengo nada que hablar con usted. —Ethan volvió a la formalidad en la conversación. La miró con desprecio, se giró y comenzó a avanzar para salir del lugar y alejarse de ella. Se suponía que la última vez que la vio habían dejado todo muy claro entre ellos.

—Oh, yo creo que sí. Sabes muy bien de lo que soy capaz si te niegas a hablar conmigo —lo amenazó ella mientras lo perseguía.

Ethan se detuvo, observó a su alrededor y masculló una maldición entre dientes, al observar que Kalsie se acercaba en ese momento al recibidor. Se giró para enfrentar a la desagradable mujer que decidió fastidiarle la noche, la agarró del codo y salió con ella del lugar, llevándola a rastras, antes de que fuera sorprendido con Janet.

—Ethan, ¡suéltame! Me haces daño —masculló ella, tratando de soltarse de su agarre.

—Para ti, soy lord Wyatt —espetó furioso sin dejar de andar.

La mujer comenzó a reír a carcajadas.

—No seas ridículo, Ethan. Nuestra historia nos obliga a ser menos formales y más íntimos... ¿No crees? —replicó ella recalcando su nombre.

Al llegar afuera, el marqués buscó su carruaje, le hizo señas a su lacayo para que lo acercara, y apenas el sirviente abrió la puerta, la hizo subir para marcharse. Quería estar alejado de ella lo más rápido posible y pensó que esa era la mejor manera.

—¿No vienes conmigo, querido? —inquirió ella con cierta lascivia en su voz, clavando sus ojos azules en él.

—No —siseó él con frialdad. Sabía de lo que era capaz esa mujer. Si ella estaba ahí no era para algo bueno.

Lady Janet volvió a reír.

—Te recomiendo que lo hagas, o haré un espectáculo mucho más interesante que el breve que hemos iniciado en el teatro. Incluso será mejor que la propia obra de Romeo y Julieta del maestro Shakespeare—aseveró la dama, invitándolo a entrar con un movimiento de su mano.

Ethan masculló una nueva maldición entre dientes y subió al carruaje resignado. No tenía dudas de que Janet sería capaz de cumplir su amenaza y no quería que Kalsie se diera cuenta de su presencia, no de momento, y mucho menos estando su pretendida en compañía de Avery, porque el maldito usaría eso a su favor. Lord Wyatt se sentó frente a ella y suspiró. Adiós a su maravillosa noche y a la oportunidad de acercarse nuevamente a su diosa. Se cruzó de brazos y miró a Janet con hastío.

—Pensé que estabas en la India —apostilló con hostilidad.

—Estaba en Francia, querido. Recuerda que fuiste tú quien compró mi billete y me dio el dinero para irme.

Ethan hizo una mueca de fastidio al recordarlo. Esa había sido la forma de sacarla de su vida en el pasado.

—Billete que pensé que sería sin retorno. ¿Por qué demonios has regresado? Ni siquiera volviste para presenciar el funeral de tu padre.

—Ese maldito no merecía mi asistencia. Me vendió a un mentecato cuando era una niña, y luego me repudió por haberme enamorado —expuso con cierta tristeza.

Ethan bufó. Ese mentecato era él. El padre de lord Wyatt, acordó un compromiso entre él y la hija de su mejor amigo, el conde de Haston —padre de Janet—, para saldar una deuda de juego que el difunto marqués le pagó en el pasado.

—Sus motivos tuvo para hacerlo, y no me refiero a venderte.

Lady Janet lo fulminó con la mirada.

—Solo porque tú fuiste uno de los afectados, le das la razón —desvió la mirada para evitar la del marqués—. He vuelto porque mi madre me escribió, ahora que ese viejo no está, ella puede verme con libertad.

—¿Eso quiere decir que te quedarás? —cuestionó Ethan. No quería ni pensar lo que sería su vida ahora si Janet se quedaba en Londres.

—¿Por qué te sorprende? Sabes que nunca quise irme y si lo hice... —No terminó la frase.

—Ya que te quedarás, espero que te olvides de mi existencia, y que este sea nuestro último encuentro. Creo que eso lo dejamos muy claro hace años, dado que esa fue mi única condición para ayudarte a largarte de aquí —aseveró él con hostilidad.

—Pensé que ahora que estoy de regreso podíamos por fin llevar a cabo nuestra historia de amor —ronroneó ella mientras trataba de acercarse a él.

Ethan la evitó y se rio a carcajadas.

—¿Nuestro amor? —preguntó con ironía—. No, Janet, en el pasado fui un estúpido que creyó estar enamorado de ti, y tú te aprovechaste de eso. Yo no siento nada por ti, ni siquiera el cariño que debería tenerte por ser mi amiga de la infancia. Tú destruiste eso, así que te aconsejo que te alejes de mí o solo te ganarás mi desprecio y dudo que quieras ser mi enemiga. No soy el mismo hombre confiado que fui. He cambiado mucho y no estoy dispuesto a que me enredes en tus mentiras.

—Ethan... —Usó el nombre de él como una súplica.

—¿Dónde estás residiendo? —la interrumpió. No tenía ganas de escucharla.

—De momento, en el hotel Royal —respondió sin interés.

Ethan inmediatamente dio dos golpes en el techo, el cochero se detuvo y le dijo el lugar al que debían ir. No deseaba seguir al lado de esa mujer.

—Pensé que iríamos a divertirnos esta noche para celebrar mi regreso y así recordar viejos tiempos. Aún tengo amigos que me proveen de eso que tanto te gusta —le dijo en una clara alusión al opio.

—¡No! —rugió exasperado—. Espero que después de esta noche no vuelvas a buscarme, Janet. Te lo dije la última vez que nos vimos y te lo repito otra vez: no quiero verte más. Cualquier amistad o lazo que hubo entre nosotros en el pasado está roto y ahora somos dos desconocidos. Espero que te haya quedado muy claro.

Lady Janet resopló, y bajó el rostro, resignada. A los pocos minutos el carruaje se detuvo y el lacayo abrió la puerta.

—Recuerda, es la última vez que hablamos, *lady Janet*—le indicó Wyatt con firmeza.

La dama lo observó por unos segundos, suspiró y se bajó sin decir nada. El marqués no la miró y se mantuvo impasible esperando que se marchara y saliera de su vista. Apenas la puerta se cerró, Ethan soltó todo el aire retenido en sus pulmones. Tenía la certeza de que tendría problemas, eso era lo que representaba *lady Janet Ross*, y si había regresado, no era solo por la petición de su madre, supuso que ella planeaba algo más. Debía mantenerse alerta o ella iba a arruinar el avance que había tenido con su deidad. Ethan no iba a perder a la mujer de su vida tan fácilmente. Lanzó una maldición y golpeó con fuerza el asiento a su lado. Rogaría al cielo para que Janet no fuera un impedimento para lograr conquistar a la mujer de la que estaba enamorado.

Al llegar a su casa, Ethan entró en la biblioteca, se dirigió al aparador de los licores, se sirvió un whisky, caminó hacia el escritorio, colocó la botella encima, se dejó caer en el sillón, y comenzó a darle pequeños sorbos a su copa, mientras pensaba. Debía encontrar una forma de deshacerse de Janet y de Avery, y buscar una mejor manera de ganarse el corazón de Kalsie, para que ella aceptara su proposición de matrimonio. Solo pensar en que ella sería su esposa... su corazón se aceleraba desquiciado. Se estaba volviendo loco por esa mujer. La deseaba como nunca había deseado nada en este mundo y la iba a hacer suya, aunque fuera lo último que hiciera en esa vida.

Ethan permaneció en la biblioteca hasta que los rayos de sol iluminaron la estancia, se puso de pie y se dirigió a su habitación. Tras la larga noche en vela, y después de pensar largo y tendido en alguna solución para todos sus problemas, se dispuso a prepararse para salir a cabalgar y luego ir a visitar a Ambrose. El duque era el único que podía ayudarle o darle algún consejo. Estaba seguro de que darle dinero a Janet o enviarla a otro país ya no serviría. La había mantenido lejos durante tres años, pero ahora que su padre había muerto, dudaba que ella quisiera irse de Inglaterra, y mientras no tuviera nada mejor que hacer, iba a seguir molestándolo y haciendo su vida miserable. No podía consentirlo. En estos momentos él tenía a alguien por quien luchar.

Después de un baño que le sirvió para relajar los músculos y la cabeza, el marqués bajó para desayunar. Entró al comedor, se sentó a la mesa, y después de beber una taza de café se sintió mejor. Le gustaba algo más fuerte que el té por la mañana. Estaba disfrutando de su desayuno, cuando el mayordomo se presentó para explicarle que una dama deseaba verle. Ethan se llevó la mano al puente de la nariz y se lo apretó, la cabeza comenzaba a dolerle de nuevo al imaginar de quién se trataba. Se puso de pie y salió del comedor para ir hacia donde la desagradable visita lo esperaba. Al llegar, compuso una mueca al ver a Janet con un par de baúles junto a ella.

—¿Qué demonios haces aquí, y qué significa eso? —preguntó alterado.

—Buenos días, cariño. ¿Esa es la manera de saludar a tu prometida? —le recriminó ella. Luego le brindó una sonrisa que él sabía que era maliciosa.

El marqués le lanzó una mirada de advertencia al mayordomo, quien desapareció en un parpadeo, y a continuación clavó sus fríos ojos aguamarina en la despreciable mujer que tenía frente a él.

—¿Prometida? ¡Dejaste de serlo hace más de cinco años, así que deja de decir blasfemias y hazme el favor de largarte de mi casa ahora mismo! —rugió enfurecido.

—Yo... yo me he quedado sin dinero. Mi madre prometió ayudarme, pero aún no ha tenido una respuesta positiva de mi hermano, él no está en Londres. Pensé que podía quedarme una temporada contigo —dijo en voz baja al percibir el enfado del marqués.

Wyatt la miró con los ojos entrecerrados. Había escuchado que el recién conde de Haston, el hermano de Janet, se había marchado hacía unos días, por lo que no dudaba que le dijera la verdad, y que su madre necesitase de su aprobación para poder recibir fondos, aunque...

—Te pagaré un hotel mientras decides qué hacer, no puedes quedarte aquí, Janet. No quiero que te relacionen conmigo y tampoco te ayudaré por mucho tiempo —le advirtió él compadeciéndose de su situación.

Si la buena sociedad se daba cuenta de que tenían alguna relación habría rumores de que eran amantes y eso, en nada le convenía.

—Ethan, también he venido a hablar contigo con sinceridad. Por favor... —El tono de ella era en estos momentos humilde. Desde luego el hombre que tenía enfrente no era el que una vez

conoció. Se veía más maduro, seguro de sí mismo y lo más importante: no parecía poder ejercer su control sobre él.

—Anoche te dejé muy claro que entre tú y yo no hay nada de qué hablar. Nuestra relación murió hace muchos años y si voy a prestarte mi ayuda, es por el poco aprecio que te tengo, por haber sido mi amiga —aseveró Ethan con seriedad.

—Tú quizás no, pero yo sí debo explicarte algunas cosas que...—replicó *lady* Janet.

—Vete, uno de mis lacayos se hará cargo de tu estadía en el hotel. Espéralo afuera —le indicó y se giró para retirarse.

—Cásate conmigo, Ethan. He regresado para que arreglemos nuestra relación... Yo no te he olvidado. Sé que nuestro pasado es complejo, pero podemos solventar lo que sea. Lo hemos hecho antes.

Lord Wyatt se dio la vuelta para observarla con la mirada oscurecida cargada de odio. No podía creer el descaro que tenía esa mujer para presentarse en su casa y hacerle tal proposición, aunque después de lo que hizo en el pasado no debía sorprenderle. Ella era capaz de todo para obtener su propio beneficio.

—¿Te estas burlando de mí? —rezongó Ethan.

—No, no me burlo de ti. Ethan yo...

—Janet, ¡lárgate! —rugió el marqués.

—Yo... yo lo he estado pensando todo este tiempo, me he dado cuenta de que no existirá otro hombre mejor que tú y ninguno me amará de la misma forma en que lo hiciste tú. Aún no te has casado y siempre estuviste enamorado de mí. Estoy segura de que aún me amas —argumentó Janet, tratando de convencerlo.

Ethan avanzó hacia ella en una zancada, la enfrentó con la mirada destellante de rabia y la mandíbula muy apretada.

—¡Lárgate ya mismo de mi casa, y desaparece de una maldita vez de mi vista! No tienes derecho a hablar del modo en el que lo haces. No ahora. No lo has entendido. Ya estoy harto de que quieras usarme a tu antojo. Me convertí en un despojo de hombre por tu culpa, y ahora vienes a hacerme más daño. Una vez estuve enamorado de ti, no lo niego. Caí muy bajo, tú me lo

hiciste ver. No volveré a cometer ese error —aseveró rotundo.

—Ethan, escúchame... —No sabía a qué más apelar para que él relajase su rabia.

—Lárgate, si no quieres que te saque a patadas —le advirtió. El pasado le venía a la mente. Los días tan largos que pasó siendo un hombre tan... No deseaba recordar aquello. No más oscuridad, no más dolor.

Janet se estremeció al ver la ira en su mirada, sin embargo, no se daría por vencida. No cuando ese hombre había estado en la palma de su mano. Tenía que quedar algo de lo que fue...

—No me iré, Ethan. Yo sé que en el fondo aún me amas, y que aún deseas que sea tu esposa.

Ethan se giró enfurecido, la tomó del brazo, no atendió a sus quejas, y la sacó de la mansión con brusquedad. La dama se defendía clavando sus uñas en su mano, trataba de soltarse.

—¡Henry! —rugió apenas cruzó la puerta el marqués.

Un lacayo no se demoró en presentarse frente a él al escuchar los gritos.

—Milord... —se dirigió el sirviente al noble.

—Llévate a esta mujer a un hotel, para que se hospede ahí. —Sacó un par de monedas de su bolsillo y se las dio—. Di que es tu amante o lo que sea, pero nadie se puede enterar que tiene algo que ver conmigo. Dentro están sus pertenencias, cárgalas. —Le ordenó con dureza.

El lacayo asintió con los ojos muy abiertos y tomó las monedas. Luego se dispuso a cumplir las órdenes.

—¡Ni se le ocurra tocarme! —Le gritó *lady Janet* al lacayo—. ¡Ethan, no me hagas esto! ¡Me las vas a pagar! —chilló furibunda al ver que regresaba adentro sin atenderla.

Wyatt la ignoró, se giró para entrar de nuevo a la mansión y sin mirar atrás cerró la puerta. No tenía dudas de que Janet se vengaría de él por no cumplir sus caprichos, por lo que debía encontrar una manera de que esa mujer se olvidara de él.

—¡Señor Phil! —rugió junto a la puerta.

El mayordomo llegó a su lado inmediatamente.

—¿Si, milord? —respondió con seriedad.

—Esa mujer, *lady* Janet Ross, no puede volver a entrar en esta casa. Infórmele al resto del personal, y quien la deje entrar quedará despedido —le ordenó.

El mayordomo asintió varias veces un poco asustado. No era común ver a su señor enojado de esa forma.

Ethan se dirigió nuevamente al comedor, al llegar a la mesa observó la taza de café medio vacía, la tomó y la lanzó contra la pared. El estruendo hizo eco en la estancia al quebrarse, mientras las gotas oscuras chorreaban sobre el papel pintado. Se dejó caer en la silla que había ocupado minutos atrás y se tapó el rostro con las manos, maldiciendo la hora en que conoció a esa maldita mujer. Solo esperaba que Kalsie no se enterara, o perdería el avance y cualquier oportunidad que tuviera con ella.

Era curioso ver cómo el pasado siempre retornaba en el momento menos indicado para cobrarse la cuenta pendiente.

Kalsie sentía ánimos de quedarse en su habitación por una larga temporada. Ella no había dormido en toda la noche y sentía un descomunal dolor de cabeza. Sus ojos estaban hinchados y rojos, irritados, por haber llorado hasta sentir que ya no dolía tanto y que se había quedado sin lágrimas.

Salió de su cama apenas los primeros rayos de sol anunciaron el alba, se acercó al tocador y se miró al espejo. Su aspecto no era nada agradable, tenía el rostro descompuesto, y dos horribles círculos negros se dibujaban bajo los ojos, dejando ver lo miserable que se sentía. Se acercó a la jofaina, se lavó la cara y trató de refrescarse los ojos, aunque no tuvo mucho mejor resultado. Después se volvió a meter en la cama para descansar un poco, antes de que su doncella se presentara para despertarla y ayudarla a vestirse.

Kalsie sentía que las heridas que dejó el marqués en su primera temporada, y creía haber sanado durante los años que estuvo en la finca, se habían vuelto abrir la noche anterior. Ya no tenía ni fuerzas ni ganas para continuar, sin embargo, debía levantarse y seguir con su vida y superarlo como lo hizo en el pasado. La señorita Robinson había creído que Ethan había sido

sincero con ella, que realmente quería hacerla su esposa para formar una familia y quizás amarla como ella lo hacía, pero al parecer todo era parte de una trampa en la que ella estuvo a punto de caer. Todo indicaba que el marqués solo pretendía seducirla y estuvo a punto de mancillar su reputación. ¡Oh, qué ilusa había sido! Un poco más y se hubiese entregado a Ethan sin pensarlo, solo por el mero descuido de escuchar a su corazón.

Durante toda la noche, Kalsie había pensado en lo que haría con su vida a partir de ese momento. Ella siempre anheló casarse por amor, pero su corazón se había encaprichado con un solo hombre y sabía que nunca volvería a amar a otro, tal y como lo amaba a él. Y fue por eso que tomó una decisión que estaba segura le traería consecuencias en el futuro. Lo quería a él, a lord Wyatt como su esposo. Estuvo a punto de cometer una temeridad. Al menos había descubierto su juego a tiempo. No volvería a obedecer a su corazón y le demostraría a Ethan Howard, que él no era el único hombre en la tierra con el que podría casarse. Kalsie encontraría la felicidad y lucharía por el amor de otra persona que la colmaría de todo lo que el marqués parecía no estar dispuesto a ofrecerle. Era momento de ser valiente y olvidar una vez más el pasado. Aceptaría el cortejo de lord Avery y, si le pedía matrimonio, se casaría con él.

Después de dormir un par de horas durante la mañana, Kalsie le pidió a su doncella, apenas la sirvienta se presentó en su habitación, que le trajera una infusión para aliviar su dolor de cabeza, y desayunó allí, con la excusa de su dolencia.

Cuando comenzó a alejar el dolor y la tristeza, decidió acompañar a la familia a almorzar, y a la hora de prepararse para su paseo con lord Avery, ya se sentía animada. Su rostro no tenía rastros de que hubiese llorado toda la noche o que tuviera el corazón roto en mil pedazos, solo esperaba que su mirada no la traicionara cuando el hombre al que había elegido se dirigiera a ella.

—¿Estás lista para el paseo? —inquirió Megan después de entrar en su habitación, preparada para que se marcharan.

Kalsie se encontraba dándose un último vistazo en el espejo. Su vestido de paseo en tonos malva y grises, con flores blancas y algunos encajes, parecía del todo apropiado. Los colores realzaban el tono rubio de su cabello, y la costura acentuaba las curvas de su cuerpo.

—Creo que sí. Dime, ¿este vestido está bien para la ocasión? —preguntó a su hermana.

Megan se acercó a ella y la observó al detalle, haciéndola girar.

—Está perfecto —la alabó la duquesa—. Estoy segura de que lord Avery te hará una propuesta muy pronto. Eres una de las mujeres más hermosas de Londres. El hombre que sea tu esposo tendrá a su lado a una mujer tierna, dulce, inteligente y hermosa.

—Es momento de irnos —le indicó Kalsie, tomando los guantes del tocador y brindándole una sonrisa.

—¿Realmente quieres que te acompañe yo? ¿No prefieres ir con la doncella? —cuestionó Megan. La duquesa pensó que, si la acompañaba, el barón no se sentiría cómodo para hablar con ella con más confianza. —Dejar atrás a un miembro del servicio durante una conversación privada, era más fácil que hacerlo con una duquesa.

Kalsie lo meditó unos segundos. Estaba segura de que si no iba acompañada por Megan, no mantendría con firmeza su decisión de aceptar que lord Avery la cortejara.

—Sí, sabes que es lo correcto —replicó ella.

La duquesa asintió. Ambas salieron de la habitación y bajaron hacia el vestíbulo. Antes de salir, Megan le indicó que iría a despedirse de su esposo, y Kalsie decidió esperarla cerca de la puerta del despacho de lord Dash.

Mientras se colocaba los guantes, escuchó que llamaban a la puerta, subió la mirada y observó al mayordomo acercarse para abrir. Sintió que su corazón se estrujaba al ver al caballero que entraba, y las heridas que trataba de cicatrizar volvieron a abrirse, sangraron al examinar la radiante sonrisa que el marqués de Wyatt le brindó cuando la vio.

—Señorita Kalsie, verla hace que mi corazón salte de ilusión y mi día se ilumine. Esta usted bellísima esta tarde —le dijo el marqués con coquetería e hilaridad.

Kalsie desvió su atención al mayordomo.

—Señor Rain, ¿tiene mi sombrilla lista?

—Claro, señorita —le respondió el sirviente, levantando una ceja al percibir que dejó al marqués prácticamente hablando solo.

—Kalsie... —comenzó Ethan, no obstante, fue interrumpido por la voz de la duquesa. Había tantas cosas que quería explicarle, contarle, confesarle... No sabía por dónde empezar. Era la mujer que amaba, que deseaba, y la sentía tan lejos pese a tenerla al alcance de su mano.

—Lord Wyatt, no esperaba que hoy nos visitara—. Los interrumpió Megan, al tiempo que se acercaba a ellos.

—Yo... yo tengo un asunto que tratar con Dash —contestó desconcertado, sin apartar su mirada de Kalsie.

Ella lo había ignorado descaradamente. No era la primera vez que lo hacía. En esta ocasión había algo más. No solo fue querer negar su presencia... Kalsie había hecho una mueca de dolor en cuanto lo vio y él no comprendía el motivo de esa reacción.

—Mi esposo se encuentra en el estudio. Buenas tardes, lord Wyatt. Mi querida hermana tiene una cita con un caballero muy interesante, y tenemos un poco de prisa—le indicó la duquesa con una sonrisa de satisfacción.

Ethan observó cómo ambas mujeres salían por la puerta principal. Sintió un fuerte dolor que se clavaba en su pecho. Kalsie lo había ignorado por completo. Había actuado como si él simplemente no existiera salvo la breve mirada que le había dado cuando entró por la puerta. Y demonios, ¡qué horrible se sintió!

Capítulo 8

Un plan desesperado

El duque de Dash, al escuchar la puerta abrirse, dejó la misiva que tenía en las manos, para observar a quien entraba a su despacho sin llamar. Pensó que se trataba de su esposa, dado que era la única que entraba sin avisar, aunque le pareció extraño. Más porque Megan hacía poco que había salido de ahí. Su mujer le informó sobre la salida que haría con Kalsie.

Ambrose arqueó una ceja al ver a su amigo, el marqués de Wyatt, traspasar el umbral de su despacho. Ethan mostraba un aspecto tan lamentable que lo asustó. Tenía los ojos enrojecidos, con círculos negros bajo ellos. Hacía años que no lo veía de esa forma, pero lo que más lo alertó fue su mirada casi sin vida.

—¿Qué te sucede? Espero que no hayas vuelto a consumir opio—inquirió el duque, rogando para que no fuera así.

Dash se sintió intranquilo al ver que Ethan se marchó la noche anterior con aquella mujer. Pese a que Wyatt, tiempo atrás le juró que ya no tenía ninguna relación con ella, temía que *lady Janet* lograra convencerlo y hacerlo recaer en la desastrosa vida que superó con esfuerzo.

Ethan suspiró al escuchar la pregunta, bajó el rostro, cerró la puerta tras entrar y se dirigió a la butaca frente al escritorio del duque, en donde se dejó caer de forma poco elegante.

—Soy consciente de que por mi aspecto parece que lo hice, pero no es así. Puedes estar tranquilo, te prometí que no volvería a usar esa maldita sustancia y yo cumplo mis promesas— aseveró a su amigo, el cual emitió un suspiro de alivio—. No he dormido, Janet ha regresado, y no me ha dejado en paz desde anoche, cuando me arrinconó en el teatro—le explicó con frustración.

—Lo sé. Al salir del teatro te vimos subiendo al carruaje con ella... y tengo que advertirte de que mi pupila también te vio. Por su mirada, diría que no le sentó nada bien. Kalsie está disgustada.

—¡Demonios! —rezongó Ethan, provocando que su dolor de cabeza aumentara—. Ahora comprendo la forma que ha tenido de mirarme... Me ha ignorado por completo —murmuró. El pecho comenzó a dolerle todavía más.

El marqués se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro frente al escritorio de Dash.

—Se podría decir que Avery fue el culpable. Tu rival comentó que te marchabas con una mujer. Yo te había visto, pero me fue imposible cubrirte —declaró el duque.

Ethan se detuvo frente a la pared y le dio un golpe con el puño cerrado. Se hizo daño en los nudillos, por lo fuerte que lo hizo.

—¡Ese maldito! —gruñó, omitiendo el dolor—. Parece que el diablo los hace y ellos se unen. —El marqués se detuvo unos segundos para analizar lo que acaba de decir—. ¿Sería posible que esos dos estén juntos, lo habrán planeado todo? —preguntó a su amigo, buscando una posible respuesta. Era del todo extraño que Janet apareciera justo en el momento menos indicado. ¿Avery tendría algo que ver? Con esa mujer uno nunca sabía... Era peligrosa.

—Ethan siéntate, y cálmate —le ordenó Dash. Verlo en ese estado lo irritaba—. Albert Dawson no es del tipo de hombre que hace alianzas con mujeres como ella, menos con la reputación de *lady* Janet, aunque creo que no la conoce. Te puedo asegurar que el barón es bastante esnob, y según he podido averiguar, tu ex prometida regresó hace tres días. —El duque se preocupaba por las mujeres que tenía a su cargo y era su obligación investigar ciertos asuntos.

Wyatt lo miró con sorpresa.

—¿Cómo demonios lo sabes? —preguntó deteniendo su andar frente a él. En ocasiones se sorprendía de que su amigo estuviera enterado casi de todo.

El duque se encogió de hombros, restándole importancia.

—La vi de casualidad y la mandé a investigar. —Dash le indicó que tomara asiento. Ethan se sentó, y el duque se irguió en su silla y lo miró con seriedad—. No te voy a mentir, eres mi

mejor amigo y sé lo que esa mujer representaba o representa en tu vida. Ethan, Kalsie no solo es mi pupila y mi responsabilidad, también es la hermana de mi esposa, y aunque quisiera que se case pronto, no permitiré que sea con un hombre que le haga daño. Si permití que siguieras con ese extraño cortejo tuyo, es porque estaba seguro de que la muchacha sentía un interés por ti y creo que lo he comprobado. —Levantó la mano al percibir que iba a ser interrumpido—. Aún no he terminado. El asunto es que no pienso permitir que ni tú, ni Avery, ni cualquier otro hombre que desee su mano la lastime. Megan me comentó que su deseo es un matrimonio por amor y si tú no puedes darle eso, lo mejor es que te olvides de ella en este mismo instante y la dejes ser feliz con Avery. Quizás él no sea mejor que tú, pero al menos la respetará, algo que dudo que tú puedas hacer con *lady Janet* cerca de ti. Recuerda lo que sucedió en el pasado.

—Lo recuerdo muy bien, créeme que lo hago. Janet ya no significa nada para mí. Ella no solo se aprovechó de mis sentimientos. Bien sé que gracias a su influencia comencé a consumir esa maldita sustancia que por poco me mata. Me llevó a hacer cosas de las que aún me arrepiento. Ambrose, quizás no creas lo que te voy a decir... —Exhaló profundamente, para tomar fuerzas—. Yo... yo estoy enamorado de Kalsie como jamás pensé que pudiera estarlo. No sé qué tiene ella que con tan solo una mirada me ha robado el corazón. Dash, no hay nada que desee más en el mundo que hacerla mi esposa, la mujer más feliz de la tierra. No tienes idea del dolor que siento con solo pensar en que la voy a perder. Todo por culpa de Janet o de Avery, incluso por mí mismo. —Estaba desolado.

El duque curvó ligeramente los labios. Eran muy pocas las ocasiones en la que Ethan abría su corazón, él era muy discreto con sus sentimientos. Recordó cuando años atrás, su amigo, derrotado, le pidió ayuda porque quería dejar de consumir opio y llevar una vida normal... Pero sobre todo quería olvidar a esa mujer que tanto mal le hizo. Un vago recuerdo de Ethan, mencionando a una debutante de cabello rubio que lo ilusionó, llegó a su mente... No obstante, en esa época Wyatt estaba tan perdido que no siempre era coherente en lo que decía.

—Te creo, jamás te he visto tan interesado en una mujer, ni siquiera en *lady Janet* en su momento. Ethan, no tengo dudas de que tus sentimientos por Kalsie sean sinceros... El asunto aquí es que a ella le afectó ver que anoche te fuiste con otra mujer, y recuerda que ella no está del todo segura de aceptar tu cortejo y tu petición de mano. También creo que Avery representa un obstáculo.

Ethan se mesó el cabello en varias ocasiones. El marqués sabía que muy en el fondo, Kalsie sí estaba interesada en él, hasta podía apostar que tenía los mismos sentimientos, pero había algo, que aún no lograba descifrar, que le impedía aceptarlo. Y sin duda ese maldito barón

era un gran obstáculo, con su aspecto de caballero ejemplar, aunque era todo lo contrario. El marqués la haría mucho más feliz que ese maldito.

—Esto es como una maldición —masculló entre dientes—. Janet apareció esta mañana en la puerta de mi casa pidiéndome matrimonio, y Avery decide casarse y pretende hacerlo con la mujer que yo también he elegido como mi futura esposa. —Ethan se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes para tratar de aliviar su dolor de cabeza.

Por su parte, lord Dash se quedó unos minutos pensativo... una idea estaba cruzando su mente. Quizás esa pudiera ser la solución que necesitaban... Se sonrió complacido por su gran ingenio. Las últimas palabras de Ethan fueron reveladoras.

—Ethan... creo que... —comenzó a decir Dash.

Su amigo no lo oyó, estaba ensimismado en sus apreciaciones.

—Necesito deshacerme de Avery y de Janet de una maldita vez, y de una forma que ninguno de los dos tenga la oportunidad de acercarse a Kalsie o a mí —aseveró el marqués.

El duque curvó sus labios, y su mirada brilló con malicia.

—Mi querido amigo, creo que tengo la solución a tu problema. Tú mismo acabas de explicarlo todo —comentó Ambrose, sin borrar la sonrisa de sus labios. En ocasiones tenía muy buenas ideas, aunque no todo el mérito era de él.

Ethan dejó de masajear sus sienes y lo observó con seriedad.

—¿De qué hablas? —preguntó con mucha curiosidad. Su amigo era muy calculador y cuando se le ocurriría algo, casi siempre tenía buen resultado.

El duque se puso de pie, caminó hacia al aparador de licores. Sirvió dos copas de coñac, luego regresó al escritorio, le dio una a su amigo y volvió a sentarse. El marqués necesitaba saber lo que ocurría, pero aguardó tranquilo.

—Ethan, tú mismo lo has dicho. Necesitas deshacerte de ambos y tú mismo has dado con la solución que yo entreveía. El plan no va a fallar —comentó con seguridad—. Quizás no vaya a ser fácil, conociendo la reputación de *lady Janet*, pero de eso ya me encargaré yo. —Hizo un ademán con la mano restándole importancia al asunto—. Sé que Avery necesita una esposa. Escuché que su urgencia se debe a que para obtener una herencia tiene que estar casado, y tiene

un tiempo límite. Tu ex prometida necesita quien cumpla sus caprichos y le dé una posición respetable, así que piensa, mi querido amigo...

El marqués bebió un trago de su copa al comprender lo que le estaba revelando el duque.

—Estás tratando de decir que la solución es juntar a esos dos. —Vio el asentimiento de su amigo—. No creo que funcione, tú mismo lo dijiste, Avery es un esnob y Janet... ya sabes... —concluyó con una mueca.

Dash se reclinó en la silla y bebió un sorbo de su licor.

—De la manera en que planeo unirlos, dudo de que Avery se pueda negar. Lo más importante es que tú hables con Kalsie y resuelvas el mal entendido o de nada servirá que esos dos dejen de ser un obstáculo.

Ethan esbozó una sonrisa ladina. La seguridad de Dash fue contagiosa.

—No tengas dudas de que lo haré. Eso sí, no te aseguro que mis métodos sean honorables —le advirtió.

—Mientras la hagas tu esposa y sea feliz, puedes recurrir a todo lo que sea necesario, siempre y cuando no sea contra su voluntad y yo no me entere —aseveró el duque. Un cosa era darle sus bendiciones y otra muy diferente saber que... El león compuso una mueca de disgusto. Más valía que todo saliese bien. Ethan era un seductor y no le gustaría tener que retarlo a duelo si algo fallaba.

—Ya que tengo tu aprobación, te juro que ella será mi esposa. Solo espero que tu mujer no me decapite antes de casarme y ya puestos después. No me gustaría dejar a una hermosa y rica marquesa viuda. Ahora, dime qué es lo que tienes planeado para juntar a esos dos.

El duque sonrió ampliamente.

—Presta atención, mi querido amigo —le indicó Dash. Y justo a continuación comenzó a relatar su curioso plan para librarse de dos inconvenientes.

Kalsie no sabía cómo sentirse después de haber visto a lord Wyatt, minutos atrás, entrar en la mansión. Verlo la noche anterior marcharse con esa mujer... Kalsie estaba más que decidida a

no albergar ningún sentimiento por él, sin embargo, bastó de una sonrisa, un agradable elogio y el brillo que percibió en su mirada, para que su corazón latiera emocionado, y ella desease lanzarse en sus brazos y besarlo, tal y como sucedió semanas atrás. No lograba comprender el motivo por el que su corazón insistía en gritarle que el marqués era el indicado, el hombre de su vida y que ninguno la amaría como ella anhelaba. No obstante, estaba segura de que Ethan, lo único que estaba haciendo, era jugar con sus sentimientos, ilusionarla para después abandonarla como hizo en el pasado. Kalsie aún no sabía quién era esa mujer, pero tenía la sospecha que era su amante, le pareció extraño que después de varios años siguieran juntos. Debía ser una mujer extraordinaria en el arte de la seducción, pensó desanimada. Y le sorprendía todavía más que él no se hubiese casado. Era un soltero muy cotizado... Una idea cruzó su mente. ¿Y si la mujer era su amante porque estaba casada? Si eso era así, quería decir que Ethan era más despreciable de lo que pensaba. Un hombre de esa calaña jamás la amaría como ella lo merecía. No, en definitiva, ella jamás se casaría con lord Wyatt, y su tonto e ingenuo corazón debía de olvidarse de que Ethan era su hombre ideal.

—¿Está disfrutando del paseo? —preguntó Albert, quien caminaba a su lado.

Kalsie salió de sus pensamientos al escuchar la voz del barón. Ella y Megan se habían reunido con él hacía unos minutos en Hyde Park, por donde decidieron dar un pequeño paseo junto al lago.

—Claro, milord. El clima es bastante agradable para la ocasión y la compañía es muy buena —señaló. La realidad era que no le había estado prestando atención a la conversación que él mantenía con Megan.

—Cierto, señorita Robinson —coincidió el caballero—. Me comentaba *lady* Dash que a usted le gusta mucho el campo.

Eso sí le interesó mucho.

—¡Oh, sí! Vivía en la propiedad de mis padres, en el campo hasta hace unos meses, y si le soy sincera, extraño el lugar. La vida ahí es más tranquila.

«Ojalá nunca hubiese salido de mi hogar, así no me hubiera reencontrado con el marqués» pensó con tristeza.

—Estamos de acuerdo, yo tengo una propiedad en Lancaster, y es hermosa. Es en mi finca campestre donde permanezco la mayor parte del año, mientras no tengo obligaciones en Londres,

y es donde espero algún día crezcan mis hijos.

—No sabía que también le gustase la tranquilidad. —Kalsie omitió la información de los hijos.

—Aún no conoce muchas cosas de mí, señorita Robinson. Espero que pronto lo haga. —El hombre le sonrió con afabilidad.

Kalsie desvió la mirada hacia Megan, la cual había comenzado a caminar unos pasos por detrás de ellos. La duquesa le guiñó un ojo.

—No tengo dudas en que así será, milord —respondió ella mientras regresaba la mirada al frente.

El barón asintió y después de unos minutos volvió a hablar:

—Sé que le dije que no la presionaría para que me diera una respuesta, pero yo estoy muy interesado en usted. Realmente me gustaría hacerle un cortejo oficial... y si es posible comprometernos. No la voy a engañar, deseo hacerla mi esposa.

Kalsie se tomó unos breves instantes para pensar en la oferta. Era momento de ser valiente, de olvidar el pasado y centrarse en el futuro. Avery era agradable, se veía atento...

—Yo... yo... milord. —Estaba muy nerviosa. Carraspeó para aclararse—. Lo he pensado y he decidido aceptar su cortejo —expuso con convicción. Kalsie esperaba no arrepentirse de la decisión que había tomado.

Vio al hombre sonreír complacido. Ella sonrió de modo tímido.

—No sabe lo feliz que me hace, señorita Robinson. No se arrepentirá, se lo prometo —replicó él.

Kalsie le brindó una sonrisa un poco más grande. De alguna manera ella no se sentía feliz. Observó de nuevo a su hermana, Megan sonreía ampliamente, al parecer había escuchado todo.

—También lo estoy, lord Avery. Muy feliz —dijo en un susurro.

Prosiguieron con el paseo, hasta que llegó el momento en que el barón se despidió de ellas, con el pretexto de que tenía otro compromiso. Al parecer, el único objetivo de su paseo, además

de que lo vieran en compañía de las damas, era que Kalsie le diera una respuesta a su propuesta.

Las hermanas Robinson, regresaron a la mansión al concluir la salida y durante el recorrido, Megan no paró de decirle a Kalsie lo feliz que se sentía por su pronto matrimonio.

—Por cierto, Kai, hay algo que debes saber antes de casarte. —La duquesa lo meditó unos segundos—. Quizás esta noche o en las próximas nos podríamos reunir en tu recámara y hablar de temas de alcoba... —Le guiñó un ojo con picardía y Kalsie se sonrojó. Si no estuviesen subiendo la escalera de la entrada de la casa del duque, se hubiese alarmado más por escuchar ese comentario en plena calle.

Al llegar a la puerta el mayordomo no tardó mucho en abrirles, parecía que las estuviese esperando. Ambas se miraron con complicidad.

El hombre que dirigía al personal hizo una pequeña inclinación de cabeza. Ambas sonrieron mientras le daban las sombrillas al sirviente.

—*Lady Dash*, el duque me indicó que apenas llegase, le informara de que quiere hablar con usted. Él se encuentra en su habitación.

—Gracias, señor Rain, enseguida voy —señaló sonriendo. Megan estaba muy contenta. Comenzó a caminar ansiosa, se moría por darle la buena nueva a su esposo.

Kalsie la observó y negó con la cabeza, pese a que su hermana ahora era una duquesa, no dejaba de ser la misma joven jovial y llena de ocurrencias que fue en el pasado.

—Señorita Kalsie... —La llamó el sirviente para atraer su atención, ella desvió su mirada y lo observó—. Tiene una visita esperándola en el salón pequeño.

Esa información sorprendió a Kalsie. Frunció el ceño. Ella no tenía amigos en Londres, conocía a muy poca gente, y el único que la visitaba era el barón... a menos que fuera... No, él nunca le haría visitas formales.

—¿De...? —No tuvo la oportunidad de preguntar, el señor Rain, quien hasta hace unos minutos se encontraba junto a ella, había desaparecido como si fuese un fantasma.

Kalsie no tardó en ir a ver de quién se trataba. Caminó hacia el salón, se detuvo en la puerta, tomó el pomo y antes de girarlo respiró profundamente. Abrió la puerta y entró con sutileza, dando un recorrido con la mirada por el lugar. Lord Wyatt se encontraba de pie junto a

la ventana mirando hacia afuera. De perfil, el marqués no solo se veía apuesto, también más maduro, aunque... había algo en su aspecto que no había percibido antes. Retrocedió hacia atrás, pero su voz la hizo detenerse cuando dijo:

—No se vaya, necesito que hablemos —le pidió Ethan. Su voz sonó como un ruego. Ella levantó la nariz y lo miró con desdén.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar, milord. —Kalsie se giró para marcharse, pero antes de que pudiera moverse, la puerta se cerró velozmente. Ethan se encontraba detrás de ella con la mano en la hoja de madera impidiéndole que la abriera.

—No se vaya... —volvió a suplicar.

—Le he dicho que no tengo nada que hablar con usted. Hágame el favor de dejarme salir —ordenó ella con seriedad.

—Yo sí tengo muchas cosas que decirle y no la dejaré salir de aquí hasta que las escuche todas —aseveró el marqués, con voz baja muy cerca de su oído. Se sentía un poco juguetón además de humilde.

—No comprendo su afán de molestarme. Pensé que le había quedado muy claro que usted no me interesa.

—Deje de engañarse. Recuerdo que hace unas semanas se derritió en mis manos y anoche no dejaba de mirarme en el teatro. Así que estoy seguro de que me miente.

La pegó contra la puerta, sonrió al escuchar su jadeo y sentir como comenzaba a temblar por su cercanía y contacto. Estaban uno frente al otro.

—Está equivocado, milord. Todo eso son suposiciones tuyas. Yo jamás podría fijarme en un hombre como usted. Para que me crea, le informo que esta tarde he aceptado el cortejo de lord Avery y en pocas semanas anunciaremos nuestro compromiso —le comunicó ella.

—Eso jamás sucederá —afirmó el marqués con seguridad al tiempo que inclinaba su rostro para rozar con sus labios el delicado cuello de la joven—. Kalsie yo no voy a permitir que se case con otro hombre, me volvería loco si eso sucediera —confesó con humildad.

Ella contuvo el aliento unos segundos. La suave caricia que él le estaba dando en el lugar donde latía su pulso, provocó que su cuerpo reaccionara.

—Usted... no es... nadie para mí... —Comenzó a titubear porque los cortos besos de él la estaban poniendo nerviosa y... húmeda. Se sentía extraña entre las piernas. No deseaba recordar lo que sucedió entre ambos aquella vez que... ¡Era tan apuesto, peligroso y seductor!

—Cásese conmigo. Sea mi esposa —la interrumpió.

Esa frase pareció hacerle recomponer la compostura.

Kalsie rio con sarcasmo. Ethan colocó los dedos bajo su barbilla y la miró a los ojos con tal intensidad que ella dejó de reír. La joven se removió para alejarlo, él no permitió que se moviera.

—No comprendo su afán por burlarse de mí, ¿qué he hecho para que siga jugando conmigo de esa forma? Déjeme buscar mi felicidad y busque a otra mujer a la que herir —le pidió Kalsie de modo angustioso. No podía seguir luchando contra él. Ya no podía seguir.

—Mi mayor deseo, lo único que hace que me levante por la mañana con una sonrisa y me impulsa a querer ser un mejor hombre, es usted. No hay nadie más que usted, Kalsie. Aún no lo ha comprendido. Usted es la única mujer que quiero a mi lado, la que deseo que sea la madre de mis hijos. Mi compañera, mi amor. Mi mayor logro. Mi tesoro. —La declaración salió tan sincera que no fue capaz de frenarla.

Ella sintió su corazón bombear con fuerza. Hubo unos minutos de silencio en los que ambos se miraban con... ¿adoración? Kalsie recordó la noche de ayer. El verdadero motivo por el que había aceptado la propuesta de lord Avery. Carraspeó para romper la magia del momento.

—¿Será porque los hombres no pueden casarse con sus amantes? ¿No puede darle hijos esa mujer? No, milord, no pienso ser un adorno en su casa que solo sirva para darle un heredero, quiero a mi lado un hombre que me ame. No puedo quedarme callada mientras mi esposo me es infiel. No lo haré.

Ethan frunció el ceño al escuchar la mención de esa otra mujer. Su amigo tenía razón, a ella le afectó verlo con Janet y podía aseverar que aceptó a Avery por esa causa, y eso él no lo iba a permitir. Kalsie era suya, y sería su esposa. El marquésladeó el rostro y lo acercó hasta rozar sus labios con los de ella, en una suave caricia. No la besó con profundidad. Se detuvo para decir:

—Esa mujer no significa nada para mí. Amor mío, tú eres la única que me importa, eres la

dueña de mi corazón, y si debo demostrártelo el resto de mi vida, no tengas dudas en que lo haré. Kalsie, créeme cuando te digo que jamás serías un mueble, al contrario, tendrás tanta atención de mi parte que te vas a aburrir de mí. Yo voy a cumplir cada uno de tus sueños y anhelos. —Se apoderó de sus labios, sin darle oportunidad siquiera de suspirar. Cambió a un trato cercano porque era el momento de hacerlo.

Kalsie no dudó en responder a su beso. Era débil en lo que a él se refería. Siempre lo sería. Sus palabras habían calado en su corazón y todas las dudas que sentía respecto a la forma de actuar de Ethan estaban próximas a desaparecer, al menos, de momento. Subió los brazos para rodear su cuello, y se perdió en sus labios, esos que la hacían olvidar quién era. El marqués sonrió entre besos al sentir como ella se pegaba a su cuerpo, eso solo quería decir que su diosa sí sentía algo muy poderoso por él, y no se iba a dar por vencido. Él no iba a perder a la mujer de la que se había enamorado.

Ethan acunó sus pechos con las manos, y un gemido brotó de los labios de la joven. Él hurgó en su escote hasta lograr sacar el primer seno. Con suavidad sus dedos hicieron endurecer su pezón. Muy despacio se separó de sus labios, y comenzó a dejar un reguero de besos al descender por su barbilla y cuello.

—Eres mía, Kalsie, solo mía —susurró en su cuello.

—Ethan... —jadeó ella, arqueando su cuerpo para brindarle más acceso.

Kalsie se mordió el labio inferior. Disfrutaba de la sensación que provocaban sus labios y que se alojaba en su vientre. Ella estaba en llamas.

—Y yo soy tuyo... —le dijo él, antes de apoderarse de su pezón y mordisquearlo suavemente con los dientes. Ella gimió—. Kalsie, yo te am...

El golpe en la puerta interrumpió sus palabras, ambos permanecieron quietos a la espera de escuchar algún sonido. Al no percibir nada, Ethan hundió su rostro en sus pechos de nuevo, pero Kalsie lo empujó para que se detuviera y lo miró asustada. El marqués masculló una maldición entre dientes, pues se sentía como un niño cuando le quitaban un dulce.

«No podían escoger mejor momento para interrumpir» pensó con fastidio. La observó y vio que su rostro estaba sonrojado y que respiraba con dificultad, al igual que él.

Volvieron a tocar a la puerta y Kalsie buscó la forma de salir del encierro de sus brazos.

Ethan, resignado, suspiró, cubrió su pecho, que había quedado abandonado de sus atenciones, y se movió hacia atrás para darle espacio. Kalsie respiró profundamente un par de ocasiones, mientras terminaba de recomponer su escote. Se giró y abrió la puerta, al otro lado se encontraba Blair, quien la miró con curiosidad antes de entrar en el salón. La gemela observó al marqués y sonrió con picardía al notar que se encontraban a solas. Uhm... Del todo inapropiado. Blair decidió que se guardaría esta acusación para otro momento que fuese de mayor necesidad.

—Lamento haber interrumpido, no sabía que... —Tenía la impresión de que había interrumpido algo importante y se alegraba de tener esa información en su poder—. Solo he venido a buscar papel... —Se disculpó, al tiempo que avanzó hacia la mesa que se encontraba en medio de los muebles.

Kalsie la observó avanzar, desvió la mirada a lord Wyatt, parpadeó y al ser consciente de lo que estaba sucediendo, se giró y con pasos rápidos salió del salón. Ethan caminó para detenerla, sin embargo, ella fue más rápida.

—Déjala ir. —Lo detuvo Blair antes de que cruzara la puerta—. Kalsie está asustada, supongo que debes estar haciendo algo mal... —Ella no era tonta, sabía que no estaban precisamente hablando. El sonrojo de su hermana era muy evidente. Oh, sí, aprovecharía esa información en un futuro.

—Yo... yo... Si la dejas ir, la perderé —se sinceró, derrotado. No quería perder a la mujer que amaba.

Blair se acercó a él y le palmeó el hombro.

—No lo harás, estoy segura de que mi hermana está enamorada de ti, solo creo que no estás haciendo las cosas bien. Te doy un consejo, milord, sé sincero con ella, eso le gusta y si la amas díselo. —Se permitió hablarle sin formalidad porque la conversación lo requería.

Ethan la observó con curiosidad. Esa jovencita era muy inteligente y sintió pena por su amigo. Dash no tendría una tarea fácil con ella en el futuro. Había demasiado fuego en esa hermana Robinson.

—Creo que tienes razón —coincidió el marqués evitando también la etiqueta—. Le diré lo que siento por ella y haré que me crea.

Blair asintió. Tomó las hojas de papel y se marchó para dejar a Ethan con una pequeña

sonrisa, mientras ideaba su próximo movimiento para conquistar a Kalsie.

Capítulo 9

Una peculiar confesión

Después de intentar reunirse con Kalsie durante los dos últimos días y no haber tenido éxito, Ethan pensó que debía cambiar de técnica. Ella se negaba a hablar con él pese a que fue a buscarla, intentó hacerle una visita formal para hablarle de sus sentimientos e intenciones, incluso la abordó en el jardín, pero antes de que pudiese formular palabra alguna, ella ya había desaparecido... Él ya estaba perdiendo la paciencia. Jamás había cortejado a una dama y los consejos de Dash —quien tampoco era muy diestro en el arte de la conquista— no estaban teniendo efecto con Kalsie. El marqués sentía que estaba perdiendo el tiempo, y más cuando pensaba que Avery podría tener una oportunidad para quitársela. Toda una suerte que el mentecato no se encontrase en Londres en los últimos días... sin embargo acababa de regresar, más pronto de lo que le hubiese gustado a él.

El marqués era consciente de que besarla no le había fallado, ella siempre respondía a sus besos, pero Kalsie no dejaba de repetirle que estaba jugando con ella, lo que le indicaba que no estaba siendo claro, y viniendo de un libertino como él, no le sorprendía que su beldad no creyese en sus intenciones. ¡Estaba ofuscado!

Tras pensarlo detenidamente, Ethan tomó la decisión de que esa misma noche, en la fiesta que ofrecían unos condes, intentaría mover una de las últimas piezas de su juego, y si todo salía como estaba planeado, y Kalsie creía en sus palabras, estaría casado con la mujer que amaba muy pronto. ¡Tenía que funcionar!

Ethan entró al salón de la residencia de los condes de Webent, dio un vistazo alrededor hasta localizar a la dueña de su corazón y frunció el ceño al ver a Avery a su lado. El marqués imaginó que ahora que el barón había tenido la aprobación para el cortejo, no iba a perder la

oportunidad de estar a su lado, no obstante, él no se lo iba a permitir, si el mentecato de Albert Dawson pensaba llevarse a su futura esposa, estaba muy equivocado, él jamás se lo iba a permitir. El hecho de que Kalsie hubiese aceptado su cortejo no quería decir que había ganado. Eso apenas fue una pequeña batalla, y la guerra la ganaría él, Ethan Howard, marqués de Wyatt. Kalsie no le era indiferente y dudaba de que el barón provocara alguna reacción en ella. No al menos algo tan fuerte como lo que él podía provocarle.

Después de saludar a los anfitriones, Ethan avanzó con pasos firmes, galantes y decididos hacia su objetivo: una bella diosa de cabello dorado, con ojos verdes, que lo tenía enamorado. Esa noche hablaría con ella, y la convencería definitivamente... Lo haría del modo que fuese, y si eso incluyera el hecho de tener que raptarla, lo haría, pero en realidad no iba a llegar a medidas tan extremas... ¿o sí?

Al acercarse a la dama le brindó una amplia sonrisa y una mirada seductora. Percibió como ella se sonrojaba y se aprovechó de su aturdimiento para invitarla a bailar, por lo que tomó el carné de baile para anotarse, a fin de no permitirle la oportunidad de rechazarlo. Wyatt curvó sus labios en una sonrisa de medio lado al mirar de reojo y ver el ceño fruncido de su rival. A continuación, Ethan se deleitó admirando a su futura esposa. Su prometida estaba preciosa, en realidad el marqués tenía la impresión de que cada vez que la veía, ella estaba más bonita.

—Esperaré ansioso mi baile, señorita Robinson —le dijo a ella con una pizca de picardía. Lord Avery resopló al escucharlo. Ella esbozó una sonrisa tímida. Kalsie estaba intimidada por ambos hombres.

Sintiéndose satisfecho por las reacciones provocadas, se acercó a su amigo Dash y su esposa, con la intención de mantenerse cerca de Kalsie.

—Buenas noches, *lady* Dash. Se ve muy bien esta noche —saludó a la duquesa. Debía comenzar a ganársela, dado que pronto serían familia.

—Reconozco que usted no se ve tan mal, milord —dijo Megan con tono serio. No se fiaba de él. No le gustaba el libertinaje que exudaba. Kalsie merecía algo mejor. Además, su hermana mayor parecía repelerlo y Megan estaba convencida de que el marqués no era el indicado.

—Un halago muy favorable viniendo de usted, excelencia. —Inclinó levemente la cabeza y se alejó para situarse junto a su amigo.

—Estás de buen humor —comentó Dash sin dejar de observar el salón.

—Lo estoy, mi querido amigo, tengo la impresión de que esta noche todo resultará de maravilla. —Se quedó un momento pensativo y luego preguntó—: ¿Puedes aclararme por qué a tu mujer le soy tan desagradable, Dash?

El duque se rio con ligereza.

—Imagino que a mi duquesa no le gusta un libertino reformado para que se case con su hermana mayor. Megan es como una leona con sus hermanas.

—Pudiste hablarle bien de mí en algún momento —se quejó Ethan.

—Traté de hacerlo, pero Megan parece no tolerarte.

—¿Y cómo se supone que arreglaré eso? Kalsie parece estar —usó la misma fórmula que había utilizado el duque— muy unida también a sus hermanas.

—Solo haz feliz a Kalsie cuando la consigas y tendrás el respeto de mi esposa. No es nada personal. Megan haría cualquier cosa con tal de que las tres consiguiesen la felicidad.

—¿Cuál es el secreto de lord Avery? Porque debo recordarte que a él sí lo favorece... y mucho. —La lógica de su amigo no era demasiado correcta.

—Kalsie no lo rehúye cada vez que lo ve. Gánate a la hermana, y te ganarás a mi duquesa. Te lo garantizo. Haz que Kalsie no agrie su rostro cada vez que apareces y todo irá bien.

—No es justo. Ya es bastante complicado tener que conquistar a una mujer, como para tratar de conseguir además la aceptación de la hermana.

—No te quejes tanto. Las gemelas te defienden y Blair y Delila son como una plaga bíblica. Tienes mucho trabajo adelantado ahí. Si a las pequeñas diablesas no les hubieses gustado, habrían hecho de tu vida un infierno.

Le tocó a Ethan reírse. Esas dos hermanas menores le iban a dar muchos dolores de cabeza a Dash.

Por su parte, ajeno a los pensamientos del marqués, el duque de Dash curvó la comisura de los labios en una sonrisa. Esperaba que Ethan por fin pudiera concretar su matrimonio con su pupila, así podría tener un poco de paz en su matrimonio.

Lord Wyatt observó el salón mientras esperaba el turno para bailar con la señorita Robinson, al tiempo que repetía mentalmente lo que le diría. Pensó en aprovechar esa oportunidad para hacerlo, ella no saldría corriendo en medio del baile, o al menos eso creía él. Ethan desvió la mirada y su sangre hirvió debido a los celos. Kalsie se estaba dirigiendo a la pista de baile en compañía de lord Avery. Él estaba ansioso por demostrarle a ese mentecato que ella era suya. Sin embargo, lo dejaría seguir soñando, al menos por unas horas. Al dar inicio la melodía, Ethan no pudo evitar pensar en lo aburrido que era el barón, de entre todos los bailes, el odioso Albert había elegido una cuadrilla, aunque lo prefería así, no quería ni imaginar las ganas de matarlo que sentiría al verla demasiado cerca de ese mequetrefe mientras compartían un vals.

—Avery ha estado insistiendo en reunirse conmigo, apenas regresó de su viaje. Lo he estado evitando con cualquier excusa —murmuró Dash sacándolo de sus pensamientos.

—Supongo que pretende concretar su compromiso —replicó Ethan entre dientes. Daba gracias al cielo de que Ambrose estaba de su lado porque sentía deseos de matar a su rival.

El duque sonrió. Ver a su amigo celoso era su nueva diversión y si no fuera porque el futuro de su pupila estaba en juego, seguiría disfrutando del sufrimiento de Ethan.

—Todo está dispuesto según el plan. Espero que hagas tu parte —le recordó.

—Lo haré, esta noche todo quedará resuelto —aseveró el marqués. Ethan le había comentado a Dash que planeaba confesarle sus sentimientos a Kalsie y pedirle matrimonio como era debido. Tenía las bendiciones del león y eso era fundamental. Ya vería cómo conquistaría a la leona... pero Kalsie sería suya y la haría tremendamente feliz.

El duque asintió, y apenas la melodía se terminó, se alejó de su amigo para ir a bailar con su esposa Megan, la cual se percibía algo incómoda.

Ethan mantuvo su mirada vigilante en Avery, al parecer el barón esa noche había decidido demostrar a la buena sociedad que estaba cortejando a Kalsie. Fue muy evidente, puesto que Albert Dawson parecía reacio a estar lejos de la señorita Robinson. Eso lo enfureció. Él hubiese preferido que siguiera manteniendo la distancia con ella, tal y como solía hacer con las damas solteras con las que lo había visto antaño bailar. Wyatt respiró profundo para contener su ira, pensó en que Kalsie iba a ser su esposa, y que ese mequetrefe por más que insistiera no se la quitaría. Esa noche no se iba a comportar como un bárbaro, no iría a cargársela sobre el hombre para reclamarla. Sería comedido, pero sí pondría a su rival en su lugar de una forma más discreta.

Debía aferrarse al plan y rogar a los dioses para que diera resultado.

Ethan dio un recorrido con la mirada por el salón, en busca de las piezas del juego que faltaban esa noche. No tenía idea de en qué momento Ambrose llevaría a cabo el plan, solo que sería durante esa fiesta, aprovechando que no solo era la más popular y esperada de la temporada, también por el motivo de que el recién conde de Haston, quien era el hermano de Janet, estaría presente.

Los acordes de la música comenzaron a bajar, anunciando que la danza terminaba y se daría paso a una nueva melodía. El tan ansiado momento que Ethan esperaba, llegó. El marqués se arregló el pañuelo de su cuello, se estiró la chaqueta y con galantería caminó al encuentro de su bella diosa. Al llegar junto a ella, le brindó una amplia sonrisa para atraer toda su atención cuando Kalsie lo mirase. Y lo consiguió.

—Señorita Robinson, ha llegado el turno de mi baile —anunció con voz ronca, extendiendo la mano hacia ella.

Kalsie titubeó en tomarla, no iba a negar que estuvo esperando bailar con el marqués, sin embargo, aún sentía ganas de despreciarlo, en especial porque su cercanía alteraba sus sentidos. Sin detenerse a pensarlo más, colocó su mano enguatada sobre la de Ethan.

—Así es, milord —apuntó ella con un hilo de voz.

Ethan miró de soslayo a Avery, tras notar el ligero sonrojo de Kalsie y la sonrisa tímida que ella le acababa de regalar. El barón resopló y él se contuvo de no reír a carcajadas en su cara. Lord Wyatt la llevó hacia el centro del salón, donde ya las parejas estaban situadas. La atrajo hacia su cuerpo, manteniendo la distancia indicada para el vals, y comenzaron a moverse al ritmo de la melodía.

—¿Cómo va el cortejo de lord Avery? —preguntó de forma desinteresada después de unos segundos.

Kalsie subió la mirada para observarlo, la intensidad en sus ojos la estremeció. Ella aún no podía acostumbrarse a que la observara de esa forma. Cada vez que lo hacía, sentía un cosquilleo en su vientre muy similar al que le provocó en la biblioteca cuando Ethan la tocó inapropiadamente, despertando sensaciones nuevas en su cuerpo.

—Bii...bien, milord —tartamudeó. Tragó saliva, ya presentía que era muy mala idea bailar

con él, en especial un vals. Pero Kalsie no pudo resistirse.

—¿Bien? Pensé que me iba a decir que: «de maravilla», dado que usted estaba de acuerdo —dijo con ironía—. Aunque para serle sincero, no parece que lo esté disfrutando, la veo un poco... incómoda esta noche, debido a su cercanía. —Iba a decir fastidiada, al parecer tanta atención de parte del barón no le estaba agradando—. Es más, me atrevo a decir que usted no siente nada por él.

—Si ha pedido este baile para poder acercarse a mí y meterse en mis asuntos, debo advertirle que pierde su tiempo, milord. Eso no le incumbe —declaró mordaz. Quizás él tuviera razón, no obstante, ella no se la daría.

Ethan curvó sus labios en una sonrisa de medio lado y clavó los ojos en los suyos. Le gustaba cuando le hablaba de esa forma, en realidad le gustaba toda ella. Era valiente y no temía desafiarlo. Les iría bien juntos, él estaba convencido de ello.

—En eso está muy equivocada, señorita Robinson. Sí me incumbe y quizás la última vez no me quiso escuchar, pero en esta ocasión lo hará —aseveró, antes de hacerla girar para luego atraerla y pegarla a su cuerpo. La distancia entre ellos ya no era la adecuada para el vals. Más bien era escandalosamente inadecuada.

Kalsie se estremeció al sentir la calidez de su cuerpo e inmediatamente intentó alejarse de él. Sentía muchas miradas sobre ambos.

—¿Qué pretende, milord? Esto no es correcto. No puedo respirar... —lo amonestó removiéndose. No mentía, estaba pegadísima a él.

—Lo único que pretendo es que me escuche —aclaró Ethan con firmeza—. Kalsie, yo no voy a permitir que usted cometa un error casándose con Avery, yo...

—¿Quién le asegura que cometeré un error? —inquirió ella interrumpiéndolo—. El hecho de que usted también me haya pedido matrimonio, no quiere decir que será mejor solo por ser un marqués, o porque hayan sucedido cosas entre nosotros —dijo lo último en susurro para que nadie la escuchase—. Lord Wyatt, permítame informarle de que usted está equivocado, yo no pretendo casarme con un noble, nunca lo he hecho, yo lo único que deseo es un hombre que me ame.

—¿Quién le asegura a usted que Avery la amará? —cuestionó mordaz. Él conocía las

intenciones del barón, no obstante, no pensaba decírselas o ella pensaría que eran mentiras.

—Nadie, pero estoy segura...

—Kalsie... —Ethan la interrumpió y al ver que estaban llamando la atención, bajó la voz para decir—: Creo que usted es consciente de lo que ha sucedido entre nosotros, de la forma en que reacciona ante mis besos y mis caricias, estoy seguro de que ni llevando cien años casada con él, se sentirá de la misma forma. —Se tomó un minuto para respirar y decidió cambiar a un tono menos formal—: Yo te estremezco, te vuelvo loca, hago que olvides el decoro y la corrección. Tú me haces lo mismo a mí.

—Eso fue un error —murmuró ella, sintiéndose avergonzada y molesta de que sacara a relucir su... desliz. Si lo pensaba desde ese punto, ella ni siquiera había sentido ganas de que el barón la besara como anhelaba que Ethan lo hiciera. Estaba tan cansada de seguir luchando contra lo que el marqués le provocaba. No podía más... pero debía ser fuerte. No deseaba a un hombre a su lado que la traicionase pero es que...

—No lo es, y ¿sabes por qué? —aguardó unos segundos, observando el desconcierto en su mirada. Había logrado hacerla dudar como pretendía—. Porque sé que te sientes atraída por mí, de la misma forma en la que yo me siento atraído por ti. Porque entre nosotros hay algo más que simple atracción, y es la necesidad de estar juntos. Sé que me amas, al igual que yo te amo a ti con todo lo que soy y tengo —aseveró antes de que ella no le permitiera seguir. Si no se lo decía ahí, no tendría más oportunidad, pese a que sabía que no era el mejor lugar.

Kalsie dejó de moverse al procesar las palabras que se clavaban en su corazón. Las palabras parecían tan sinceras... la hacían dudar. Veía sus ojos aguamarina y... Él tenía una relación con otra mujer, la misma que lo besó años atrás y con quien lo había visto marcharse la noche que asistieron al teatro. Kalsie estaba segura de que solo le dedicaría palabras bonitas, como ya lo había hecho una vez, la diferencia era que hacía cuatro años, Ethan Howard nunca le dijo «te amo» y eso la hacía dudar.

—Mie...nte —balbuceó ella con los ojos cristalinos a punto de llorar.

—No, nunca en mi vida he sido tan sincero como lo soy en este momento. Créeme cuando te digo que te amo porque realmente te adoro. Kalsie, ninguna mujer se me ha metido en el corazón como lo has hecho tú.

La señorita Robinson comenzó a avanzar hacia atrás para alejarse de él, fue empujada

hacia adelante por una de las parejas y Ethan la atrajo hacia sus brazos. Comenzó a moverse, siguiendo los acordes del vals que estaba a punto de concluir, mientras eran censurados por algunas miradas que no habían dejado de especular sobre lo sucedido.

Kalsie, pese a que seguía en su ensimismamiento, bailó, como si su cuerpo reaccionara por sí solo. Un mar de recuerdos inundó su mente, rememorando la imagen del apuesto caballero que se presentó ante de ella de forma imprudente el día que hizo su debut. Recordó la forma pícaro y poco ortodoxa con la que pretendió cortejarla, sus promesas, también la forma en que desapareció. Cómo fingía no conocerla cuando reapareció en los salones londinenses, pero sin duda, lo que no había logrado olvidar, fue verlo con esa mujer. Había roto sus ilusiones, sus esperanzas y si se lo permitía volvería a hacerlo.

—Usted no me ama —consiguió decir en un susurró que apenas escuchó sobre la melodía y bullicio—. Si me amara no hubiese jugado con mis ilusiones años atrás. Si me amara hace mucho que yo sería su esposa, en cambio quien aún sigue a su lado es esa mujer. Dos veces me ha hecho creer que yo era especial y las dos lo he visto con ella. No volverá a romper mi corazón. No. —Comenzó a negar vehementemente con la cabeza—. No permitiré que lo vuelva a hacer, ya no soy aquella debutante ingenua a la que casi logró convencer de sus intenciones. ¡Otra vez no!

La melodía terminó y Kalsie se separó de él con la intención de alejarse, de huir y esconderse donde pudiera llorar y olvidarse de él.

Ethan frunció el ceño por sus palabras, sin saber qué hacer, quería correr tras ella y detenerla, pero él no entendía nada de lo que le dijo a excepción de que ella se refería a Janet... Un borroso recuerdo pasado llegó a su mente. Su corazón comenzó a bombear con fuerza. El pecho lo sentía inundado de algo que... El suelo empezó a temblar bajo sus pies. ¡Dios santo! Una debutante, rubia de ojos verdes que...

El escándalo que se escuchó desde afuera del salón lo hizo salir abruptamente de sus pensamientos. Se obligó a recomponerse. Observó a su alrededor y vio que todos los asistentes salían del salón para ver la fuente de la discusión. Ethan se acercó a Kalsie, la tomó del brazo con la intención de aprovechar que nadie les prestaba atención. Tenían muchas cosas que aclarar. No obstante, recordó lo que sucedería esa noche y tuvo que cambiar de opinión. Al salir al corredor se encontraron con una mujer gritando como loca, mientras el conde de Haston la llevaba a rastras por el codo, y por lo que se apreciaba estaba enfurecido.

—¡Esto es una trampa, yo no tengo nada que ver con ese hombre! —gritó *lady Janet*, tratando de defenderse del agarre de su hermano. El conde no la soltó.

—¡Cállate! —rezongó lord Haston a su hermana.

Lord Avery los seguía, por su mirada Ethan sospechó que estaba desconcertado y muy avergonzado.

—Lord Avery, dígame que... —comenzó a decir *lady Janet*.

—Hermana, guarda silencio si no quieres armar más escándalo —le advirtió el conde. Luego se giró hacia el barón para espetarle—: Avery, usted y yo tenemos una conversación pendiente, de esta no se va a librar. Debe cumplir con su deber.

«Vaya momento eligió Dash para efectuar su plan», pensó Ethan, negando con la cabeza. Justo cuando trataba de aclarar algo importante... Miró al barón y sintió que la vida de Albert Dawson comenzaba de nuevo. Esperaba que el barón tuviera lo que hacía falta para poder lidiar con Janet. Tal vez, esa pudiera ser una pareja feliz... ¿por qué no?

Ethan meneó la cabeza para alejar la culpa, ya tendría tiempo en el futuro para disculparse o no... Pero ahora lo más importante era hablar con Kalsie y que ella le aclarase sus sospechas. Giró el rostro para buscarla, y maldijo en silencio al percatarse de que ya no se encontraba a su lado. Miró hacia todos lados sin tener éxito en su búsqueda, no veía a Kalsie.

Tras unos segundos de meditación, Wyatt pensó que lo mejor era buscar a Dash, supuso que Kalsie fue en busca de su hermana para que la sacara de ahí. Debido al espectáculo, ella no debía de sentirse muy bien, teniendo en cuenta que su supuesto prometido había sido encontrado *infraganti* con otra mujer y todo indicaba que de modo muy indecoroso.

Ethan entró de nuevo al salón y lo recorrió con la mirada. Percibió que el ambiente de la fiesta estaba alterado, pese a que los gritos de Janet ya habían mermado. No encontró a su amigo por ninguna parte, así que volvió a salir y avanzó por el corredor para dirigirse al recibidor. Iría a averiguar si Ambrose se había marchado, de no ser así regresaría al salón a buscarlo de nuevo.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? —espetó una voz que se escuchaba bastante enfurecida.

Ethan se giró para observar a Avery, quien lo miraba de modo furioso.

—No tengo ni la menor idea de lo que me hablas —fingió inocencia.

El barón se acercó a él en dos zancadas para enfrentarlo, pese a que Wyatt era un poco más alto, Avery se irguió hasta quedar casi a la misma altura. El marqués se sobresaltó, el barón parecía un toro y jamás había visto un hombre tan enfurecido. Y eso que en el pasado fue el padrino de Dash cuando se enfrentó en duelo con un ex pretendiente de su esposa que la corrompió, y vaya que ese hombre estaba como poseído. Por algo le apodaban el león.

—Lo sabe muy bien, Wyatt —gruñó el barón—. Qué casualidad que la misma mujer con la que le vimos noches atrás haya sido encontrada conmigo... ¡Una trampa! —lo acusó.

Ethan levantó una ceja, inquisidora, mostrándose sorprendido.

—¿*Lady Janet*? Si le soy sincero no estoy muy al tanto de lo que sucedió entre usted y la dama. No suelo meterme en asuntos que no me incumben, y respecto a la dama es una vieja conocida...

—Su amante, querrá decir —lo interrumpió Avery—. Wyatt, el que no está muy al tanto, como usted ha dicho, soy yo acerca de todo lo que usted hizo en el pasado, pero sí sobre quien es ella. Estoy seguro de que todo esto lo hizo usted para quedarse con la señorita Robinson.

—¿Qué le hace pensar que necesito tenderle una trampa para quedarme con la señorita Robinson como usted insinúa? —cuestionó Ethan.

—El hecho de que ella aceptó mi cortejo y mi propuesta de matrimonio. Hay que ser un necio para no saber que usted tiene interés por la señorita Robinson. Todo el mundo ha notado cómo la mira, y la forma en que trata de llamar su atención.

Ethan se irguió para sobrepasar su altura y enfrentarlo. El barón estaba en lo cierto, pero él no lo iba a admitir.

—Avery, deje de decir sandeces. Admito que siento interés por ella, pero yo no necesito de trampas para deshacerme de usted.

Avery comenzó a reír.

—Buen chiste, Wyatt. Qué casualidad que la mujer que yo elegí para ser mi esposa, sea la misma en la que usted está interesado. No sea hipócrita, ambos sabemos que no le agrado, en especial después de que aquella mujer me prefirió aquella noche de juerga. Todo esto es por una

rencilla pasada. No me extraña que haga eso para vengarse de mí.

Ethan negó con la cabeza, mientras reía.

—Creo que el bufón es usted, Avery. ¿Venganza por una falda ligera? Demasiado infantil —dijo con burla—, pude ir en su busca en otro momento, admito que me molesté, pero no fue para tanto. Lo de la señorita Robinson es diferente... —El suceso al que se refería Albert era pasado, cierto que se molestó en su momento, pero era agua pasada.

—Sí, claro. Su interés por ella se debe a lo hermosa que es, no porque realmente le interese, cuando obtenga lo que quiere de ella la olvidará.

Ethan exhaló profundo, sentía como la sangre comenzaba a calentarse en sus venas. Sabía que Avery era un majadero, pero jamás imaginó que lo fuera tanto y no tenía intenciones de hacer más espectáculos esa noche, por compasión con los anfitriones de la fiesta.

—Está muy equivocado, de igual manera no tengo por qué darle explicaciones Avery, dado que es usted quien sí la quiere para obtener lo que desea —siseó enfurecido.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el barón.

—¿Cree que no me he enterado de que necesita una mujer para casarse y poder obtener una herencia? Felicidades, ya la tiene. Estoy seguro de que le daba igual quién fuese la dama. ¿No es así? —espetó con hastío—. Avery, sé que eligió a la señorita Robinson por ser... ¿cómo fue lo que dijo? —Guardó silencio unos minutos —Ah, sí: ilusa, simple, aburrida y pueblerina, pero que su belleza, su ignorancia y la urgencia por no ser una solterona, la hacía la mujer perfecta para obtener lo que quería. Usted lo único que pretende es casarse, tener un heredero y sabe Dios el futuro que tendrá su esposa cuando eso suceda.

Avery apretó los puños con fuerza, su rostro estaba enrojecido por la rabia. ¿Cómo demonios Wyatt se había enterado de sus planes? El marqués tenía muchos amigos que le eran fieles. Estaba aprovechando lo que descubrió en aquel momento y se sentía satisfecho al ver la cara de su rival.

—Es cierto, necesito casarme, pero eso no quiere decir que vaya a elegir a cualquiera. Creo que ambos vimos lo mismo en la señorita Robinson: una mujer que se puede persuadir con cualquier mentira y que estará conforme con su matrimonio. Ya sabe, un hijo y una vida tranquila.

—¡Ella no es ese tipo de mujer! Es vivaz, es auténtica. ¡Es una diosa! —rugió Ethan enfurecido. Kalsie no era la dama aburrida que descubriría Avery, ella era diferente, él lo sabía. Lo había percibido en cada beso, en cada enfrentamiento verbal, y ese fuego interior que Kalsie poseía fue lo que lo conquistó.

—Vaya... —dijo de modo casual el barón— Al parecer, usted bien lo sabe. Tal vez me he librado de una mujer mancillada, aunque si lo pienso bien, no me quedan dudas. Parece que al final sí voy a tener que agradecerle la intrusión para librarme de esa ilusa mujer. Sería horrible convertir en mi esposa a una dama sobre la que usted ha puesto sus sucias manos.

—No le permito que hable así de ella. —El marqués agarró al barón por las solapas de la chaqueta—. Si vuelvo a oír una sola palabra más en su contra, le juro por mi honor que nos veremos a veinte pasos antes del alba.

Avery sujetó las manos de él, pero no se dejó amilanar.

—Veo que no me equivoco, al parecer su amistad con Dash ha tenido... ciertos beneficios. No me casaré con ella, pues pudiera ser que pariese a un bastardo...

El marqués no se contuvo más. Lo soltó solo para levantar el puño y con un certero golpe lo estampó sobre su pómulo derecho. Avery trastabilló, se llevó la mano a la mejilla y sus ojos se oscurecieron de la furia, de repente se lanzó sobre Wyatt para devolverle el golpe.

Ambos hombres comenzaron a pelearse, maldiciendo. Ethan tropezó y cayó. Avery, aprovechándose de eso, trató de subirse sobre él, pero no logró permanecer ahí por mucho tiempo. Wyatt fue más rápido, se puso de pie y le lanzó un puñetazo que lo hizo caer sentado. Estaba por darle otro golpe, pero una fuerte mano lo agarró de la muñeca.

—¡Suficiente, Wyatt! —rugió Dash detrás de él.

Ethan bajó el brazo apenas se lo soltó y respiró profundamente para tratar de controlar la rabia. Se giró para observar a su amigo y atrás él vio a Kalsie junto a Megan. Por su mirada se notaba que había llorado y que estaba muy alterada.

—Yo... —comenzó a decir Ethan apenado.

—Nos vamos, ya ha habido suficiente espectáculo por esta noche —lo interrumpió el duque.

El marqués bajó el rostro, no soportó ver la mirada de decepción de su diosa, y rogaba al cielo para que ella no pensara que su pelea con Avery se debía a lo sucedido con Janet. Se recompuso la chaqueta, mesó su cabello y observó a los anfitriones que en algún punto habían llegado para presenciar la pelea.

—Lord y *lady* Webent, lamento haber ocasionado problemas. —El marqués hizo una reverencia.

La condesa lo fulminó con la mirada, el conde solo asintió. Ethan miró una última vez a Kalsie y se giró para marcharse. Observó de reojo a Avery, quien se estaba poniendo de pie. Wyatt caminó hacia la entrada, donde el mayordomo ya lo esperaba con su abrigo, lo tomó y se dirigió al carruaje, sintiendo más dolor en su corazón que en otras partes de su dolorido cuerpo.

Kalsie, su amada Kalsie... ¡Si tan solo ella supiera cuánto la amaba, deseaba y necesitaba!

Capítulo 10

Perdóname

Kalsie observó a Ethan marcharse. Su corazón se agitó por la forma en que la miró, supuso que pensaba que ella tenía una imagen peor de él de la que ya tenía. Sin embargo, era todo lo contrario. Gracias al marqués ella había descubierto la clase de hombre que era Avery, y lo que había detrás de la propuesta de matrimonio. No iba a negar que cuando vio a la dama salir gritando, y a Avery detrás de ella, pensó igual de mal que el barón, y fue por eso que se escabulló entre los invitados y salió al jardín para tomar un poco de aire.

Ella aún no se había recuperado de la confesión que le hizo Ethan mientras bailaban. En especial porque le dijo que la amaba. Después de meditarlo por unos minutos pensó en hablar con lord Wyatt y fue por eso que entró en su búsqueda y lo encontró discutiendo con Avery. Kalsie se escondió muy cerca de donde estaban y lo escuchó todo, luego los vio golpearse y fue a buscar ayuda.

—Vamos, Kalsie —indicó Megan, sacándola de sus pensamientos. Ella solo asintió.

Kalsie no pudo evitar sentir pena por Avery al ver su estado, aunque estaba muy furiosa con él, no solo la trató de ilusa y aburrida, también planeaba hacer lo que ella no deseaba: convertirla en un adorno. Y fue por eso que al pasar a su lado lo ignoró, no quería saber nada de él, ni en esta ni en su próxima vida.

—Señorita...

—Avery, espero que después de lo sucedido esta noche, no vuelva a molestar a la señorita Robinson —lo interrumpió el duque con su advertencia.

Kalsie se sintió satisfecha, al menos su tutor trataba de protegerla.

Durante todo el camino de regreso a Dash Manor, Kalsie estuvo meditando las palabras de Ethan. Sentía la necesidad de hablar con él y aclarar las cosas. Durante años las dudas no la habían abandonado, ella siempre quiso saber qué fue lo que sucedió antaño y sintió que esa era su oportunidad. No obstante, no tenía idea de cuándo lo volvería a ver. Según palabras del león, era probable que Ethan estuviera encerrado en su propiedad durante unos días, mientras los cotilleos se calmaban, y ella no se atrevió a indagar más sobre él, debido a que Megan no hizo más que reprenderlo por su comportamiento. Kalsie aun no tenía el valor para confesarle a su hermana lo que había escuchado, no al menos hasta que pudiese aclararlo todo.

—¿Te encuentras bien, Kai? —preguntó Megan después de entrar en la mansión y notarla pensativa.

—Sí, solo estoy... algo desconcertada y sorprendida, por todo lo que ha sucedido.

—No te preocupes por nada, pensé que lord Avery sería un buen esposo e indudablemente me equivoqué. —Megan no sabía que la mujer con la que fue encontrado el barón era la misma con la que fue visto el marqués noches atrás. Pues Megan no la vio bien en su momento.

—Quizás fue lo mejor, que sucediera eso, quiero decir. Supongo que no era el indicado —dijo encogiéndose de hombros.

La familia había llegado ya a la casa.

—Tienes razón, verás que pronto encontrarás a un buen hombre. —Le brindó una sonrisa maternal—. Ve a descansar, le pediré a tu doncella que te suba una tisana para que puedas dormir.

Kalsie asintió, se despidió de su hermana con un abrazo y subió a su habitación. Tal como lo indicó Megan, su doncella llegó con una humeante infusión que en otro momento le hubiese ayudado a concebir el sueño y a dormir como un bebé, pero no esa noche.

Al cerrar los ojos, la imagen del rostro magullado del marqués se colaba en su mente, al igual que sus palabras... Palabras que parecían haberse grabado en su corazón.

Le costó admitir que él tenía razón, ella lo amaba. Quizás años atrás se dejó encandilar por su belleza de Adonis o por su galantería y picardía, o por la forma en que entró a su vida. Ethan

era diferente. Actuaba diferente a lo que se suponía debía hacerlo un hombre de su estatus. Sin embargo, ese hombre: vanidoso, egocéntrico, atrevido, engreído, granuja, incluso falto de modales algunas veces, y que la exasperaba, había logrado entrar en su corazón y enamorarla.

Ya no podía seguir negándose a sí misma lo que deseaba y amaba. Y si tenía un futuro junto al marqués de Wyatt, no quería esperar para saberlo.

Sin meditarlo más, salió de su cama, se dirigió al ropero para buscar un vestido cómodo que pudiera ponerse ella sola, se hizo una trenza en el cabello y tras darse un vistazo rápido en el espejo, abrió la puerta con cuidado. Kalsie sacó la cabeza, observó de lado a lado el pasillo que ya se encontraba a oscuras, para cerciorarse de que no hubiese nadie. Regresó a la habitación, tomó su capa con capucha y la lámpara que había en su mesita para iluminar el camino. Salió con sigilo y se escabulló hasta llegar a la planta baja. Ahí se dirigió a la puerta de servicio y tras verificar que no hubiera nadie, dejó la lámpara en una mesa cercana, con la esperanza de encontrarla a su regreso. Kalsie se colocó la capucha y salió en busca de un carruaje de alquiler. Dio gracias al cielo por encontrar un transporte muy cerca y después de subir y darle la dirección al cochero, soltó el aire que estuvo reteniendo en los pulmones desde que salió de casa.

Durante todo el camino hacia la propiedad del marqués, Kalsie se debatió entre ir o no ir. Ella no se había detenido a pensar en que si la veían entrar en la residencia de lord Wyatt podía dañar su reputación para toda la eternidad. Él era un hombre soltero y por lo que escuchó vivía solo. No podía detenerse. Tenía que hacerlo. Era importante.

El carruaje se detuvo y Kalsie se mordió el labio inferior, meditando unos segundos si regresar o no, inspiró con profundidad y sacó fuerzas para poder bajar. Sí, ya estaba ahí, no se iba a amedrentar e iba a ir a buscarlo... solo esperaba que la recibiera. Era ahora o nunca. Sabía que no tendría otra oportunidad. Bajó y tras darle unas monedas al cochero, se giró y admiró la imponente mansión delante de ella. Era la primera vez que estaba ahí. Volvió a llenar los pulmones de aire y comenzó a subir la escalinata, rogando al cielo no ser vista o identificada por alguien que pasase por ahí.

Tomó la aldaba y tras unos segundos llamó a la puerta, y aguardó a que abrieran. Pensando que no lo había hecho lo suficientemente fuerte, volvió a llamar y de inmediato, un hombre de unos cincuenta años y con porte elegante, abrió la puerta y la estudió con la mirada. No vio mucho porque la joven se escondía tras la capucha.

—Yo... yo... —tragó saliva y comenzó a hablar al percibir que el sirviente no decía nada

—: He venido a hablar con lord Wyatt.

—¿Quién lo busca? —preguntó el mayordomo, mientras levantaba una ceja y la miraba con desconfianza. Su señor no le había comunicado que tendría visitas, y después de lo que sucedió días atrás y la advertencia de perder su trabajo, lo mejor era verificar bien la identidad de la muchacha.

—Ka... Kalsie Robinson —respondió tras unos instantes de titubeo. Si el sirviente iba a anunciarla, lo mejor era dar su nombre verdadero y no inventar otro.

—¿Podría mostrarme su rostro? —pidió el sirviente, dejándola sorprendida por la petición.

Kalsie miró a un lado y a otro para asegurarse de que no hubiese nadie que la viera, se llevó las manos a la capucha y la bajó, apenas mostrando el rostro para que el sirviente la viera bien. Y cuando lo vio asentir, se la volvió a colocar. No se sentía segura sin ella.

Tras unos segundos para comprobar que no era la misma que le advirtieron que no debía entrar o perdería el empleo, el señor Phil, el mayordomo, supuso que se trataba de alguna dama especial que solía visitar al marqués, así que le permitió la entrada.

—Sígueme por favor —le indicó el sirviente.

Kalsie titubeó al entrar, escuchó la puerta cerrarse tras ella y vio al mayordomo comenzar a caminar. El hombre, al ver que ella no lo seguía, se detuvo y la miró con una ceja levantada. A Kalsie le pareció un poco extraño que no la anunciara. Solo la interrogó y la hizo seguirlo hasta la planta alta, luego caminó por un largo pasillo hasta detenerse frente a la puerta de una habitación. En ese instante, ella fue consciente de que quizás Ethan estaba esperando a su amante y se arrepintió de haber sido tan impulsiva y haberse presentado así en su casa. No obstante, no tuvo la oportunidad de retractarse, porque el mayordomo abrió la puerta y la hizo entrar casi de un empujón, al ver que no se movió para acceder.

—Milord, tiene una visita —le indicó el sirviente al marqués.

Ethan se encontraba en un sillón frente a la chimenea con una copa que contenía un líquido ámbar, los miró a ambos con el ceño fruncido que cambió con rapidez por una mueca.

—Señor Phil... —Las palabras quedaron atoradas en su garganta al ver el rostro de su inesperada visita, pues la muchacha se había bajado la capucha para revelar su identidad.

—Lo... lo siento. Creo que he venido en un mal momento. No es a mí a quien... —Kalsie contuvo el aliento, al ver el desnudo pecho de Ethan. Él se había levantado del sillón y estaba frente a ella... Lo hizo con tal rapidez que la sorprendió.

—Señor Phil, muchas gracias, puede retirarse —le indicó Ethan a su mayordomo.

El sirviente asintió. Sin decir palabra salió de la habitación y cerró la puerta.

Kalsie se sobresaltó al escucharla cerrarse y se estremeció por la cercanía de Ethan. Ella jamás se imaginó encontrarlo casi desnudo, pero ¿de qué otra forma iba a ser? Era muy entrada la noche. Fijó su mirada en el amplio pecho del marqués y tuvo que apretar los puños con fuerza para contener las ganas de acariciarlo y rozar el espeso vello que lo adornaba. ¡Qué tentación!

Ethan bajó de nuevo la mirada para observar a su bella diosa, sin poder creer que era realmente ella la que estaba en sus aposentos privados. ¿Estaría soñando? Subió ambas manos para acunar sus mejillas, las acarició con suavidad y bajó el rostro para aspirar su aroma. Si eso era un sueño, era tan real, y no quería despertar nunca.

—Dime que no estoy soñando —susurró bajando su rostro para quedarse muy pegado al de ella.

—No, a menos que yo también esté en el mismo sueño. —En muchas ocasiones soñó con él en el pasado, pero nada era igual a esto.

Ethan rozó sus labios, y sin pedir su consentimiento, la besó. Sabía que no lo necesitaba, ella siempre le respondía de la misma forma: rodeando los brazos en su cuello, acercándose a su cuerpo e intensificando el beso. Se separó despacio de su boca y pegó su frente a la de ella.

—Lord Wyatt... —murmuró ella.

—Ethan, soy Ethan —le pidió él.

—Ethan, yo... yo no debería estar aquí —dijo lo primero que le vino a la mente. Tenerlo tan cerca le dejaba la mente en blanco, en especial sus besos.

—Sin embargo, lo estás y no tienes idea de lo feliz que me haces —señaló él, brindándole una amplia sonrisa que le provocó dolor en su mejilla magullada.

—Yo... —bajó la voz—. ¿Esperabas a alguien más? Si es así... —recordó la facilidad con

la que llegó a su habitación.

—No, cariño, no esperaba a nadie. Desde que te conocí no ha existido nadie más para mí —le aclaró con un vuelco en el corazón al percibir la tristeza en su pregunta.

Kalsie se sintió estremecer con el apelativo que él había utilizado. Tanto que no recordaba ni el motivo de su visita y se separó de él, no era momento para dejarse llevar por las sensaciones que provocaba en ella.

—Kalsie, yo te amo, solo a ti y es por eso que quiero que seas mi esposa. No puedo vivir sin ti.

Ella subió el rostro y lo miró a los ojos, vio la sinceridad en ellos, y algo más que no recordaba haber visto años atrás.

—Yo he venido para saber, ¿por qué ahora? ¿Por qué no te casaste conmigo hace cuatro años cuando yo hice mi presentación en sociedad?

Ethan frunció el ceño, tratando de comprender sus palabras.

—No... no entiendo... Debes aclararme ciertas cosas que dijiste también antes en el baile. Tengo recuerdos... extraños.

—No comprendo por qué en aquella temporada, mi debut cuatro años atrás, me cortejaste baile tras baile... me aseguraste en más de una ocasión que yo sería la esposa perfecta para ti, incluso me dijiste que te gustaría casarte conmigo. Un día bastó para que desaparecieses. Ethan no tienes idea de cómo me sentí, en especial, después de que fingieras no conocerme y luego... —se le quebró la voz—. Luego te vi besándote con la misma mujer con la que te marchaste días atrás en el teatro.

Ethan se llevó las manos a la cabeza, tratando de recordar exactamente lo que ella le estaba diciendo. En su cabeza había retales, nada demasiado nítido. Muy despacio caminó hacia atrás hasta chocar con la cama y se sentó en el colchón. Durante unos largos minutos permaneció mirando el suelo, mientras trataba de recordar lo que ella le decía. Los recuerdos de Ethan de hacía cuatro años eran borrosos, durante el tiempo que consumió opio su vida era una fantasía y él no distinguía la realidad, dado que era eso lo que precisamente buscaba: vivir su día a día como si no hubiese un mañana hasta que conoció a... Borrosos recuerdos de una debutante de cabello rubio como el oro y ojos color jade iguales a lo de Kalsie llegaron a su mente con más

fuerza. Aquella muchacha lo impresionó, lo embelesó y deseaba conocerla, pero debido a su reputación, nadie se la presentaría, por lo que él mismo lo hizo. ¡Qué necio había sido! Todo este tiempo fue ella, ya no tenía duda de eso. Ahí estaba el motivo de que sintiera que sus ojos le eran familiares.

—E..er...as tú —murmuró para sí mismo. Fue más una afirmación que una pregunta, ya no tenía dudas de que esa borrosa muchacha en sus recuerdos era Kalsie Robinson.

Kalsie se sentía un poco desconcertada por la forma en que actuaba, por la expresión de su rostro y por el brillo y la culpa que se reflejaban en su mirada. Apenas lo vio dejarse caer en la cama sintió la necesidad de ir a su lado, pero se contuvo temiendo su reacción.

—Siempre fuiste tú, solo tú, Kalsie —afirmó mirándola a los ojos como si estuviese viendo una gran revelación ante él.

—Ethan... —Ella no entendía nada.

En un parpadeo, el marqués se colocó de rodillas frente a ella y le tomó de las manos.

—Perdóname, amor mío. Perdóname por lo que te hice en el pasado. Todos esos recuerdos estaban muy borrosos en mi mente, en realidad mi mente no consigue ver con claridad casi nada de esa época. Sé que no tengo excusa y tampoco merezco tu perdón, pero soy tan egoísta que lo necesito. Te juro que ahora sí te veo, te veo nítida. Esa muchacha dulce, hermosa que cuatro años atrás me cautivó. Lo siento tanto... No te había reconocido... —expuso con agonía.

Kalsie sintió un ligero dolor en el corazón al mirarlo a los ojos, estaban cristalinos, y las lágrimas se debatían en salir. Acunó sus mejillas con cuidado de no lastimar sus hematomas y fijó sus ojos en los tormentosos aguamarina de él.

—No estoy entendiendo nada, quisiera perdonarte, pero si no me das una explicación de lo que sucedió no puedo entenderte. En el pasado me heriste, jugaste con mis sentimientos y luego...

—Me comporté como el peor de los canallas, lo sé. —Se puso de pie, le tomó de la mano y la llevó hacia la cama en donde la hizo sentarse y él tomó asiento a su lado—. Hay mucho que debo explicar, yo... yo tuve un pasado del que me arrepiento y sin querer te he enredado en él, y créeme no sabes cuánto lo siento.

Ella lo miró con suspicacia, no lograba entender. El marqués suspiró antes de ser sincero con la mujer que le robó el corazón desde hacía tantos años. Él se acababa de dar cuenta de que era la misma de la que se enamoró entonces a simple vista.

—Ethan... —Kalsie guardó silencio sin saber bien qué decir.

—No sé por dónde comenzar —dijo con nerviosismo. Era verdad, no tenía idea de cómo hacerlo.

—Comienza por el principio, háblame de ese pasado, aunque no sé si tenemos el tiempo suficiente. —Debía regresar a la mansión del duque antes de que amaneciera o de que alguien se diera cuenta que ella se había marchado en medio de la noche.

—Supongo que tienes razón. Yo hace cuatro años estaba perdido en el opio. Es una sustancia que te lleva a otro mundo donde no hay más que felicidad. El opio me consumió y aturdió la realidad. Motivo por el que no te recuerdo. Durante ese tiempo la mayor parte del día la pasaba bajo su influencia, pese a que me veía normal, ni mi cuerpo ni mi mente sabían exactamente si lo que sucedía era verdad o mentira. —Bajó el rostro, se sentía avergonzado, pero si quería alcanzar el corazón de Kalsie y recibir su perdón debía decírsele todo. —Nací dentro de un matrimonio arreglado, en el que nunca hubo amor, ni ningún tipo de cariño. Mi padre debía casarse y para su familia, mi madre fue la mejor opción, hija de un duque, con buena dote, y casi una solterona. Lo que no sabían es que mi madre estaba enamorada de un plebeyo y por ese motivo no deseaba casarse. Mi padre era un ser ruin, solo pensaba en divertirse y poco le importaron los sentimientos de mi madre. Él nunca dejó esa vida de pecado. Aun así, se casó y puesto que su deber era tener un heredero, cumplió con su labor y se olvidó de mi madre. Yo nunca fui importante para mi padre, era como si no existiéramos. Nunca me quejé, el amor de mi madre lo era todo para mí. Recuerdo que cuando tenía unos catorce años, durante unas vacaciones, yo llegué a casa y estaban discutiendo, como no quise interrumpir, subí a mi habitación y vi a una mujer, era una de las amantes de mi padre que salía de su habitación, me enteré de que no era la primera vez que la traía. Después de eso... ver a las mujeres de mi padre se hizo una costumbre. Mi madre estaba tan deprimida que decidió marcharse a la hacienda campestre porque ya no soportaba los cotilleos. Yo me fui con ella una temporada, no podía dejarla sola, debía protegerla o la perdería. Entonces mi padre enfermó y regresamos, pensé que ese tiempo en el que lo cuidó los había unido, pero no fue así. Y la paz en la casa duró poco, mi padre trajo a su amante a vivir con él y poco después mi madre desapareció. —Kalsie tomó las manos de Ethan para brindarle apoyo. Podía percibir el dolor y la tristeza en su mirada—. Yo no sabía qué hacer... Estaba solo y encontré a una niña que se convirtió en mi amiga, que me ayudó

a llevar mejor mi tristeza. Debido a la amistad que nos unió y a una deuda, ella se convirtió en mi prometida y admito que al comienzo ambos estábamos muy felices, teníamos planes, pero ella se enamoró de alguien más...

Ethan guardó silencio unos segundos al recordar la ilusión de su primer amor, y, sin embargo, no se comparaba con lo que sentía por Kalsie, apretó sus manos al percibir que ella pretendía apartarse y respiró profundamente para continuar.

—Yo no lo sabía, y ella tampoco me lo dijo. Mientras su familia planeaba el perfecto matrimonio, Janet, así se llamaba, comenzó a alejarse. Pensé que era a causa de los preparativos, pero no fue así. Un rumor de que ella había sido vista besándose con un americano que estaba haciendo negocios aquí, llegó a mí y la enfrenté. Ella me dijo que era una mentira, y comenzó a echarme en cara a mis amantes... lo cual no era cierto, porque yo pensé que la amaba. Estuvimos enfadados por unas semanas, incluso intenté romper el compromiso, pero mi padre no me lo permitió, ni a ella tampoco la dejaron. Un día, Janet apareció en mi casa y me comentó que había encontrado algo maravilloso, y fue cuando conocí el opio. Ella me enseñó a usarlo y yo, como un necio, me dejé embaucar. Pensé que era algo que nos uniría, mas no fue así. Me fui sumergiendo cada vez más en esa maldita cosa, me hacía olvidar mis problemas, mi infancia, a mi padre y sus amantes y la ausencia de mi madre... Una semana antes del matrimonio con Janet, mi padre murió —Ethan sonrió con ironía al recordarlo—. Ese fue un gran escándalo, murió en la cama, con su amante, y yo escapando de la realidad me escondí en el opio. Días después, Janet huyó a América con su amante y esa fue mi perdición.

Kalsie volvió a apretar sus manos con fuerza, las había aflojado cuando lo escuchó hablar de su compromiso con otra mujer, no obstante, él las soltó y se las llevó al rostro. Estuvieron en silencio durante unos minutos, en los que ella se debatió entre abrazarlo no.

—Estuve en un limbo por más de un año, hasta que Ambrose se presentó y me dijo que tenía que llevar otra vida. Intentó que lo dejara, pero yo ya estaba tan poseído por ese demonio que me fue imposible, sin embargo, lo intenté. Los escándalos de la muerte de mi padre... de que mi prometida huyera con su amante... Todo me perseguía. Recuerdo que iba a las fiestas solo para ocasionar algún disturbio y luego me marchaba, no me importaba nada. Me peleé con Dash y nuevamente me quedé solo.

Ethan se quitó las manos del rostro y la miró.

—Esa noche de hace cuatro años, cuando te vi, deseé conocerte, pero yo era un calavera,

nada adecuado para una debutante de la que se decía que sería la sensación de la temporada. Fue por eso por lo que te abordé. A medida que te fui conociendo, me di cuenta de que quería cambiar y lo intenté, pero siempre recaía. Recuerdo que había algo que siempre me llevaba a ti y lo seguí intentando hasta que Janet tocó la puerta de mi casa llorando, arrepentida y pidiéndome perdón. Al principio la creí y ella volvió a sumirme en el vicio, lo hacíamos juntos. Pensé que me amaba... hasta que Dash me mostró la verdad. Aquella noche que me viste besarla, fue porque la enfrenté. Janet regresó porque su amante la dejó y pensó que yo seguía enamorado de ella. Yo solo era su juguete, me había manipulado desde que nos conocimos y nunca me di cuenta. Esa noche —titubeó—le pedí que me demostrara su amor acostándose conmigo, pero ella no fue capaz de hacerlo. Me besó tratando de calmarme, pero cuando llegó la hora de la verdad me confesó que nunca fui de su agrado, que me encontraba repulsivo como mi padre.

Kalsie, al ver su mirada, sintió que se le rompía el corazón, todavía estaba desconcertada por cada una de sus palabras, sin embargo, ese hombre que estaba a su lado, era el que ella amaba, pese a que inconscientemente la había engañado. No se contuvo más y se acercó para abrazarlo con todas sus fuerzas. Ethan se tensó al sentir su cálido cuerpo pegado al suyo, pero las caricias suaves en su espalda lo fueron relajando, hasta que dejó caer la cabeza en su hombro. Kalsie sentía ganas de llorar por la niñez que él tuvo, sospechaba que probablemente, a pesar de que su madre no dejó de amarlo, nunca supo lo que fue un verdadero hogar, a diferencia de ellas que hasta hacía unos años disfrutaron del calor de una familia unida y amorosa.

—¿Qué sucedió después de eso? —preguntó ella en un susurro.

Ethan aspiró su aroma antes de continuar, sintiendo que le calentaba el corazón.

—Busqué al único que me podía ayudar para salir de ese infierno. Al parecer, Dash estaba esperando que yo fuera a por su ayuda. Después de rogarle, ya que el muy mequetrefe me quería dar una lección, me dijo que lo haría. Ambrose me llevó al campo, alquilamos una propiedad cerca de los límites de Escocia y fue donde vivimos durante varios meses. Al principio no fue fácil, sentía que moría, pero fui fuerte, luché y una bella diosa de cabello dorado y ojos verdes me dio las fuerzas, aunque la olvidé —dijo lo último en un hilo de voz.

Su interior se volvió a estremecer, sentía que cada segundo lo amaba más, sin embargo, aún no podía dejar que su corazón actuara sin supervisión.

—¿Qué sucedió con esa mujer? Os vi iros juntos del teatro.

—Cuando regresé con Dash a Londres, después de escapar de las garras del opio, ella volvió a buscarme. Janet vivía de la caridad de su hermano a petición de su madre, su padre no quería saber de ella. Janet me prometió mil cosas, pero yo ya no era el mismo, incluso intentó tentarme de nuevo con el opio. Después de hablar con Dash, llegamos a la conclusión de que lo mejor era ayudarla, pero para que se fuera del continente. Hablé con ella, y con la oferta de una gran cantidad de dinero y un pasaje para Francia, prometió no molestarme jamás. Sin embargo, hace unos días regresó con la intención de que cayera de nuevo en sus engaños. Ahí fue cuando la viste en el teatro.

Kalsie se separó de él para mirarlo a los ojos.

—Lo de esta noche, el escándalo de ella y Avery...

Ethan hizo una mueca y bajó la mirada.

—Fuimos Ambrose y yo —confesó después de un largo silencio.

—Oh, Ethan, en otras circunstancias, tal vez estuviese furiosa con ambos, sin embargo, escuché tu discusión con lord Avery y me di cuenta de lo que pensaba de mí. No sé cómo os voy a agradecer el hecho de haberme ayudado a librarme de él —dijo con la sinceridad presente en cada palabra.

—Cásate conmigo y tu deuda queda saldada —susurró Ethan.

—Veo que estás dispuesto a hacer lo que sea para que me case contigo —replicó ella cruzando los brazos.

—Nada me haría más feliz en el mundo que el hecho de que fueras mi esposa —aseveró él.

Kalsie lo miró con seriedad.

—Aún no he dicho que te haya perdonado, además ten en cuenta que no me quiero casar con un libertino... —Ella se arrepintió al decir las últimas palabras de inmediato. La mirada bribona que mostraba Ethan hasta hacía unos instantes se tornó triste.

—Sé que no he tenido una vida muy ejemplar, pero nunca me casaría para ser como mi padre. Te comprenderé si no puedes perdonarme. Fui un canalla, jamás debí acercarme a ti en mi condición —admitió sintiendo que ella nunca lo perdonaría.

—Eso es verdad, el problema es que me robaste el corazón —confesó y él la miró esperanzado—. No será fácil para mí perdonarte, pero mi corazón es tuyo y creo que será imposible que pueda dárselo a otro hombre, por lo que tu condena será ganarte tu perdón el resto de nuestra vida juntos. —Kalsie le sonrió.

Ethan la miró sin saber qué decir. Meneó la cabeza tratando de aclarar sus pensamientos, sus ojos brillaron y sus labios se curvaron en una sonrisa amplia.

—¿Eso...? ¿Eso quiere decir que...? —perdió la voz debido a la emoción.

—Sí, Ethan, me casaré contigo.

Wyatt la envolvió en sus brazos con fuerza. Jamás imaginó que esas simples palabras lo llevarían al cielo.

—Oh, mi hermosa diosa, no sabes lo feliz que me haces —le dijo mientras buscaba sus labios para besarla con ternura y delicadeza.

—Quizás sí lo sé...—Ella también lo estaba. Tremendamente feliz.

Ethan la silenció al apoderarse de sus labios nuevamente para besarla con deleite, degustando su delicioso sabor, que se había convertido en su nueva ambrosía.

—Mañana... —murmuró entre besos y con voz ronca debido a la anticipación.

Kalsie frunció el ceño tratando de comprender sus palabras y se separó de él.

—¿Mañana? —preguntó desconcertada.

—Nos casaremos mañana —le aclaró él, sin dejar de sonreír. Se veía tan guapo con esa sonrisa, pese a que su rostro tenía hematomas. ¡Era perfecto!

—¿Te has vuelto loco, Ethan Howard? En pocas horas amanecerá —refutó ella.

—Loco por ti, mi amor, ya te lo he dicho. Claro que podemos, solo se necesita a un ministro de Dios, y eso lo puedo conseguir en... —lo meditó unos segundos —un par de horas. —Iba a besarla nuevamente, pero ella se lo impidió.

—Se te olvida que no le agradas a Megan, y que también debes tener el consentimiento de

mi tutor.

—Ambrose no me preocupa y respecto a su esposa —sonrió con picardía y su mirada brilló—, creo tener una solución. El asunto aquí, es si tú estarás de acuerdo con mi sugerencia.

—No logro comprender —dijo ella sintiendo un escalofrío recorrer su columna al ver su mirada intensa.

—Deja que mis manos y mis labios te guíen y ya pronto verás de qué se trata —alzó las cejas un par de veces, con picardía.

—Ethan, no estarás pensando...

—Eso mismo, mi amor —aseveró antes de apoderarse de sus labios. A fin de cuentas Dash le había dicho que para ganarse a Megan debía conquistar a Kalsie, ¿qué mejor modo de hacerlo que amarla con su cuerpo?

Después de besarla hasta hacerla perder la razón, Ethan soltó su capa y la dejó caer. Bajó las manos hasta sus pechos, los acunó, y ella gimió entre sus labios. Él se separó de su boca, y realizó un camino de suaves y ardientes besos por su mejilla, cuello y clavícula, hasta detenerse en el nacimiento de sus pechos. Comenzó a soltar, uno a uno, los botones de su corpiño, hasta dejar al descubierto la fina tela de la camisola que ocultaba los enhiestos botones de sus pechos. Los lamió sobre la capa de ropa y luego la puso de pie para deshacerse de todos los envoltorios que no le permitían verla con deleite.

Con un ligero movimiento, el vestido cayó al suelo y dio gracias otra vez al descubrir que no usaba el molesto corsé. La tomó en brazos y la colocó en medio de la cama, y después de volver a besarla, se dedicó a liberarla de los botines y las medias. Mientras lo hacía, besó cada parte de su cálida y suave piel, hasta llegar a los calzones. Se colocó sobre ella para besarla otra vez. Quería hacerla suya, lo deseaba, sin embargo, temía hacerle daño, ella se veía tan frágil, tan delicada, tan... No, ella no era nada de eso, Kalsie era fuego, pasión y lujuria. Lo sabía por la forma en que lo besaba o lo tocaba. Kalsie no había tardado en mover sus manos para acariciar su pecho, hundir sus dedos en el vello que ahí había. Tocaba sus brazos, su espalda... Su diosa no había dejado ningún centímetro de su piel desnuda sin palpar, sus manos eran ágiles, y no pensaba parar. Acarició su trasero y luego llegó hasta su miembro, el cual estaba ansioso y muy duro en el encierro de sus pantalones.

—Amor mío... —susurró él.

Ella gruñó al sentir que le agarraba la muñeca. Desde que Ethan se detuvo frente a ella, con su pecho descubierto, se le antojó tocarlo, quería saber si era tan duro como se veía, quería besarlo, conocer su sabor, por eso no había detenido su exploración. Él la hacía desear ser audaz, libertina. También había sentido la dureza de su virilidad y ella quería tocarlo *ahí*, verlo y para qué engañarse, hacer el amor con el hombre que había elegido. ¡Bendita Megan, que inició una conversación sobre lo que sucedía en la alcoba noches atrás! Aquella charla, en la que estuvo la mayor parte del tiempo sonrojada, no hizo más que despertar su curiosidad. El cosquilleo en su vientre había aumentado y estaba segura de que lo que haría con Ethan iba a ser mejor que lo que ya había experimentado sola con sus manos, pues él la había despertado de su letargo. Bajó sus labios y besó su cuello, aspiró su aroma y descendió hasta besar su pecho.

—Kalsie, mi amor... —jadeó él, ella insistía en acariciar su miembro.

Ethan se alejó de ella. Admiró su cuerpo con deleite, sintiendo un fuerte dolor en su palpitante virilidad, se subió sobre ella, la besó nuevamente hasta dejarla sin aliento, y luego saboreó sus pechos con parsimonia, mientras su mano exploraba los suaves y húmedos pliegues de su intimidad. Su camino siguió por su abdomen, y se detuvo en el nacimiento de sus rizos dorados. Wyatt se acomodó entre sus piernas, y Kalsie trató de detenerlo, sin embargo, él fue más ágil y con un solo movimiento de su lengua la hizo temblar y gemir. Ethan disfrutó al saborearla, al sentirla vibrar mientras se complacía en explorar su tesoro máspreciado y paladeó su néctar, cuando la hizo estallar en mil sensaciones. Le había dado placer. Los gritos de Kalsie así se lo confirmaron.

Ethan se incorporó sobre ella, se apoderó de sus pechos y luego la besó.

—Mi bella diosa, te deseo, no tienes idea de cuánto, pero si me pides que me detenga lo haré. Créeme, nada me gustaría más que hacerte mía, mas no te obligaré si no te sientes preparada.

Ethan rogó al cielo para que ella se lo permitiera.

—Ethan, yo... yo creo que también te deseo. Te necesito. Admito que tengo miedo, pero quiero que me hagas el amor. Hazme tuya... —Dijo en un susurro la última parte.

Él esbozó una sonrisa, se deshizo de los pantalones con severidad y se acostó sobre ella. Se apoderó de sus labios, mientras sus manos se dedicaron a la tarea de distraerla con caricias, y muy despacio se fue hundiendo en ella, y al atravesar la barrera de su virtud se detuvo para

observarla. Ella se había retorcido.

—¿Estás bien? ¿Te duele? —preguntó preocupado.

Kalsie asintió.

—Sí, estoy bien... solo... solo hay un poco de incomodidad —murmuró. No quería que Ethan se detuviera.

—Pronto pasará, amor mío. —Deseaba que así fuera. Era la primera vez que estaba con una mujer inocente y temía lastimarla.

Ethan se hundió completamente en ella, y suspiró con deleite al sentirse cobijado por la calidez y humedad de su intimidad. Kalsie en definitiva era su nueva ambrosía. Nunca se cansaría de ella. De su amor.

El vaivén de sus caderas fue suave, para que ella se acostumbrara... Lo fue al principio hasta que Kalsie arqueó la cadera en busca de su encuentro y Ethan se sintió incapaz de contenerse. Aumentó sus movimientos, hasta hacerla estallar una vez más en un delicioso éxtasis, arrastrándolo a él en las mismas sensaciones. El marqués gritó su liberación. Ethan la besó larga y pausadamente, disfrutando de las mil emociones que recorrían todo su cuerpo, luego se dejó caer en la cama, a su lado, y la atrajo hacia su pecho.

Kalsie se sentía abrumada, extasiada y muy feliz. Estar ahí, junto al hombre que la amaba y que ella amaba, la hacía sentir en el cielo. Se acurrucó en su pecho y comenzó a dejar suaves besos que lo hicieron estremecer.

—Mi amor... ¿cómo te sientes? —preguntó después de unos minutos de silencio.

Ella subió el rostro y le regaló una amplia sonrisa.

—Feliz —señaló y él la besó.

—También lo soy, a partir de hoy, seré el hombre más dichoso del mundo. Por cierto, después de esto... ya la duquesa de Dash no podrá negarse a que nos casemos. —Miró la ventana que estaba apenas cubierta por las cortinas—. En unas cuantas horas serás por completo mía —le aseguró.

—Mi hermana solo quiere protegerme. Estoy segura de que Megan conoce tu fama de

libertino y por eso era tan reacia a que yo aceptase tus avances. Tendremos que demostrarle que nos amamos y que vas a ser un esposo ejemplar.

—Lo seré. No por tu hermana. Lo seré porque te amo.

Kalsie se rio ante la vehemencia de sus palabras, luego subió la mano y acarició la mejilla de Ethan que estaba comenzando a ponerse morada.

—¿Te duele?

—Admito que cuando llegaste no había ni una sola parte de mi cuerpo que no doliera, pero después de que aceptaras ser mi esposa, todo el dolor se fue.

—Supongo que no te ha visto un médico. —Conociéndolo como lo hacía no tenía dudas.

—No, solo son golpes superficiales, el señor Phil se encargó de curarme y me dejó ese desagradable bálsamo. —Señaló el recipiente en la mesa junto a ellos—. Me dolía el corazón y para aliviarlo nada de eso serviría. Pensé que después de pelear con Avery, no ibas a querer saber más nada de mí.

—Si no hubiese escuchado la conversación, no lo hubiera creído. —Se mordió el labio inferior y Ethan la besó—. Estoy en un dilema, estoy feliz por haberme librado de lord Avery, pero siento un poco de pena por lo que sucedió.

Ethan la atrajo más a su pecho.

—Me sucede lo mismo. Quizás ha sido lo mejor para ellos. Janet puede llegar a ser una buena mujer. Quiero creer que es así. Ella tampoco tuvo una infancia fácil, quizás algo bueno salga de esto. ¡Quién sabe!

Kalsie pidió una plegaria al cielo para que fuese así, jamás le desearía mal a nadie, a pesar de que fueran malas personas, todos merecían alcanzar la felicidad.

—Ethan... —quería preguntar algo, pero no sabía cómo hacerlo.

—Dime mi amor.

—¿Qué sucedió con tu madre? —Ella tenía esa duda desde que le dijo que desapareció.

—Mi madre está feliz. Vive en Italia con su amor de juventud. Él nunca dejó de amarla y después de hacer fortuna vino por ella y mi madre se fue, descubrí una carta al poco tiempo. En la misiva no se cansaba de pedirme perdón por tener que dejarme con mi padre. Yo era su heredero y no podía llevarme con ella. Me pedía clemencia, por haberse ido, porque si se quedaba moriría.

—Supongo que lo hiciste... La perdonaste... —murmuró Kalsie después de bostezar.

—Claro, ella merecía ser feliz, al poco tiempo la busqué, y nos reunimos. —Él la besó en la frente al percibir que no lograba mantener los ojos abiertos. Debía estar agotada, había sido un día de muchas emociones.

Kalsie se acurrucó más sobre el pecho de su amado, cerró los ojos disfrutando de su calor y poco a poco se fue quedando dormida.

—Duerme, mi amor. Debemos descansar para la boda —murmuró él, sintiéndose agotado. Sonrió y cerró los ojos. Poco a poco también cayó en los brazos de Morfeo.

Megan caminaba como una leona enjaulada en la biblioteca, frente al escritorio de su esposo, mientras él mostraba aspecto de un gatito perezoso. El duque tenía sospechas de dónde se encontraría su pupila, por eso estaba tan tranquilo. Eso y que Ethan tuvo la cortesía de enviar una nota para avisarle de dónde estaba la mayor de las hermanas, pero no deseaba decírselo a Megan por si la tomaba con él.

Finalmente, la pareja de enamorados se presentó en Dash Manor. Llamaron a la puerta y el duque amplió su sonrisa al ver a su leona preparada para matar a su presa en cuanto la puerta se abriera, aunque su instinto maternal le ganó la batalla en cuanto vio a su hermana entrar sana y salva. Megan corrió a abrazarla.

—Kalsie, no tienes idea de lo preocupada que he estado, pensé... pensé que habías sido raptada. Yo... —guardó silencio al ver a su acompañante—. Espero que esto no sea lo que estoy pensando, Kalsie Robinson —apostilló con los ojos muy abiertos.

—Lo es —anunció el marqués con una amplia sonrisa, sin temor a ser asesinado por la leona Dash. —Kalsie es mi prometida inesperada.

—¡Un libertino! —chilló Megan, olvidándose de que era una duquesa, pues ya estaba yendo hacia él con mirada de asesina... El león se levantó raudo y la sujetó. Por si acaso, Kalsie se había interpuesto entre lord Wyatt y la duquesa.

—Cariño, creo que deberíamos escucharlos primero —le aconsejó Dash. En realidad, no quería que nada le sucediera a ella. No en su estado... Su esposa le había informado esa misma mañana de que su heredero estaba en camino. Lo importante era la salud de su adorada Megan. Además, esos cambios de humor que su duquesa había tenido últimamente, bien sabía él a qué se debían. El duque había notado la falta de los días de mujer, antes que su propia esposa.

—¿¡Escuchar!?! Aquí no hay nada que escuchar —protestó la duquesa, furibunda.

—Megan, cálmate, Ambrose tiene razón. Yo... nosotros... —No sabía cómo explicarle todo lo sucedido a su hermana. Era consciente de que Megan no lo aprobaba porque Ethan era un mujeriego y ella no había expresado su amor en alto por él.

—Nos vamos a casar en un par de horas —concluyó el marqués.

—¡Por todos los cielos!, creo que me voy a desmayar, esposo dime que estoy soñando —pidió al duque moviendo las manos como si fuese un abanico.

—Lamento decirte que no, al parecer mi querido amigo ha mancillado a mi pupila y hará lo correcto o seré yo quien lo mate —replicó Dash con seriedad.

—Por supuesto, Dash, por eso mismo nos casaremos esta tarde, ya todo está listo. No puedo permitir que hablen mal de la futura marquesa de Wyatt.

Megan no lo resistió más y se desmayó, al parecer en su nueva condición no era tan fuerte. Dash la sostuvo con sumo cuidado.

—Debería matarte, Ethan —le dijo el duque—. Mi esposa necesita calma.

Kalsie corrió a buscar las sales, al regresar a la biblioteca la encontró sobre el duque en el sofá y actuó con rapidez. *Lady* Dash recobró el conocimiento.

—Megan —tomó la palabra Kalsie, le habló con ternura—. Sé que crees que me estás protegiendo, pero de verdad Ethan es lo que quiero. También quise asesinar a Dash cuando te casaste con él porque creo que no hay nadie que te merezca. Es por ello que entiendo lo que te preocupa. Lo amo. Lo amo con todo mi corazón. Sé que Ethan me ama y será un esposo perfecto

para mí. Debes confiar en mí. En mi decisión.

La mirada de Megan se suavizó. Entendía bien lo que decía su hermana. Incluso Avery era odioso en opinión de la duquesa, pero lo prefería frente a lord Wyatt porque el último era muy libertino. *Lady Dash* miró con suspicacia a Ethan.

—Más te vale que la hagas feliz. Mis hermanas son lo que más quiero en este mundo. Si ella dice que te ama y la amas, tienes mi consentimiento. Pero una cosa debes saber, Wyatt, si la haces sufrir ten por seguro que yo misma te privaré de la parte de tu cuerpo que más necesitas — lo amenazó sin titubear.

Ethan instintivamente llevó las manos frente a su entrepierna y las puso como escudo.

—La haré la mujer más feliz de la tierra. Jamás la haré sufrir —aseveró Ethan, al tiempo que se situaba detrás de Kalsie. Megan vio al marqués abrazar a su futura esposa y supo que se amaban profundamente.

Lady Dash asintió, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y se convirtieron en sollozo. Kalsie se asustó.

—Megan, ¿te encuentras bien? No es tan malo como piensas. —Ella hizo un ademán con la mano restándole importancia, dejó de llorar y se sorbió la nariz con el pañuelo que le dio su esposo.

—Oh, es que estoy tan feliz, muy feliz. Solo... solo es que... —comenzó a comentar en voz muy baja, mientras miraba con devoción a su duque.

Kalsie observó a la pareja mirarse de ese modo tan especial que....

—Megan ha estado algo sensible y un poco indispuesta... Nuestro hijo está en camino — dijo Ambrose con satisfacción.

Kalsie fue a abrazarla, sin importarle que el duque la tuviera en sus brazos.

—Megan, ¡felicidades! Es una excelente noticia. —Kalsie estaba llena de felicidad.

Las gemelas hicieron acto de presencia en la biblioteca poco después. Blair y Delila no estaban al tanto de los acontecimientos y sentían curiosidad por lo que ocurría.

—¿Qué sucede? ¿Qué es todo ese escándalo? —preguntó Delila acercándose a ellos.

—¿Ha muerto alguien? —inquirió Blair con humor al ver el cuadro que se presentaba ante sus ojos.

—¡Kalsie se va a casar...! —informó Megan.

—¡Vamos a ser tías...! —exclamó casi al mismo tiempo Kalsie.

Blair y Delila, después de unos segundos tratando de entender los mensajes comenzaron a saltar y chillar. Blair se detuvo y miró a Kalsie.

—¿Con quién te vas a casar? —le preguntó rogando que no fuera con el barón. Su hermana estaba abrazada al marqués, pero...

Kalsie dibujó una amplia sonrisa en su rostro.

—Con el caballero que está junto a mí.

—Esta tarde —anunció él muy feliz.

Blair retomó los saltos y chillidos junto a su hermana. Oh, sí, eso indicaba que ella y su hermana podían irse a vivir con ellos cuando quisieran, y que el marqués se haría responsable de ambas. Porque presentía que la paciencia de Dash no sería demasiada... ¡Qué feliz se sentía!

Esa sería una salida para ambas gemelas en el futuro, cuando su tutor insistiera en que debían casarse... ¿no?

—Bueno —oyeron que decía Dash—. Una menos, quedan dos más por casar. —Megan le dio un ligero codazo a su esposo.

—Amor mío, las gemelas todavía son jóvenes. Tendrás que esperar un poco para buscarles un buen partido. ¿Tienes algún otro amigo que pudiera ser del agrado de Blair o Delila llegado el momento?

El león las miró con suspicacia. Ambas lo observaban desafiantes.

—Mi amor, no le deseo tanto mal ni al peor de mis enemigos.

Las gemelas resoplaron de modo nada femenino ante la afirmación del duque.

Ethan se rio en alto. El duque lo miró con los ojos achinados.

—¿Quieres llevártelas contigo a tu casa una temporada? —preguntó el duque sin humor.

Ethan calló por precaución, pero las gemelas ya lo estaban mirando con atención.

El marqués no tenía ganas tampoco de hacerse cargo de esas dos diablasas... Pobres de quienes se atreviesen a poner sus ojos en ellas...

Epílogo

Una candidata inesperada

Debido a que no hubo mucho tiempo para planear una gran boda, algo que ninguno de los novios deseaba, se organizó una pequeña celebración familiar, solo los duques, las gemelas y ellos. No requerían de nadie más, pese a que Ethan hubiese deseado que su madre estuviera presente, sabía que cuando le diera la noticia estaría muy feliz y en un futuro muy próximo llevaría a su marquesa a conocerla.

Después de que Megan controlase sus cambios de humor y de dar órdenes a los empleados, lo cuales ya estaban al tanto de los acontecimientos, ambas se dirigieron a la modista para buscar un vestido adecuado. Teniendo en cuenta la excelente clienta que era la duquesa, la señora Warren no dudó en mostrarles los que tenía elaborados para adaptarlo a Kalsie. Eligió un vestido de muselina dorado a conjunto con su pelo, con encajes y brillantes bordados en el cuerpo del vestido. La falda con mucho vuelo tenía también brillantes engarzados y era del mismo tono que el corpiño.

De regreso a la mansión, se encontraron con los sirvientes, que corrían de un lado a otro para arreglar el salón, lugar en el que se efectuaría la ceremonia. No había invitados, pero Megan quería que fuese algo especial.

Le sugirió a Kalsie que se diera un baño y que descansase. Poco después, la duquesa y una doncella la ayudaron a prepararse.

—¿Estás segura de querer casarte con lord Wyatt, Kalsie? —le preguntó Megan, mientras ella se daba un último vistazo en el espejo.

—Completamente, creo que nunca en la vida he estado tan segura de algo como lo estoy en este momento. Sé que te cuesta, pero debes confiar en mí.

Megan le brindó una sonrisa. Pese a que aún no le terminaba de agradar el marqués, estaba

muy feliz por ella. Lo cierto es que no le agradaba porque tal y como había señalado su hermana mayor, ninguno sería lo bastante bueno para ninguna de sus hermanas. Era una suerte que las gemelas todavía fuesen pequeñas. Cuando llegase el momento, sabía que sufriría para casarlas. Además, ¿qué loco las aceptaría como candidatas después de conocerlas bien?

—Aún tengo mis dudas sobre tu futuro esposo, pero no soy capaz de impedirlo, no al ver tu sonrisa. Oh, Kai, soy tan feliz por ti. —Megan iba a llorar otra vez y Kalsie la abrazó.

—Ya debemos bajar o el ministro de Dios no nos casará, y a Ethan le costó mucho convencerlo —le dijo limpiándole las lágrimas con los dedos.

Megan sorbió la nariz, se limpió el rostro con el pañuelo que le dio Kalsie y asintió.

Ambas bajaron al salón. Al llegar ya todos estaban presentes. Ethan se encontraba en el improvisado altar, esperándola. Al mirarlo, el corazón de Kalsie se estremeció, su futuro esposo se veía tan apuesto, a pesar de los hematomas en su rostro, aunque sin duda lo que lo hacía lucir así, era el brillo de su mirada aguamarina.

—Estas hermosa, mi amor —le dijo él apenas llegó a su lado.

La ceremonia fue rápida, tras los votos, Ethan no tardó en ponerle el anillo en su dedo, y tampoco en besarla cuando fue el momento de hacerlo.

Después de disfrutar de la cena y de un improvisado pero delicioso pastel, Ethan y Kalsie se despidieron para marcharse a su nuevo hogar, y disfrutar de su noche de bodas.

Llegaron a la mansión a toda prisa.

—Mi hermosa marquesa, ¿desea vivir aquí en Londres o en mi residencia campestre? —preguntó Ethan deleitándose de tenerla entre sus brazos. Ambos estaban desnudos en la cama, habían vuelto a hacer el amor. Esta vez con más tranquilidad.

Kalsie detuvo su camino de besos por su pecho.

—No me importa donde sea, mientras estés tú a mi lado seré feliz —aseveró ella retomando su labor.

—Mi amor, recuerda que tengo que ganarme tu perdón por el resto de mi vida, y que mi condena es estar a tu lado hasta mi último aliento, así, que no dudes en que nunca me separaré de

ti.

—Eso me encanta —dijo antes de lamer su pezón. Ethan jadeó.

—Cariño, tengo una pregunta.

Kalsie emitió un «uhm» antes de morderlo con suavidad.

—¿Te gustaría que tus hermanas vivieran con nosotros en el futuro? Dudo que Dash vaya a tener mucha paciencia. —Ethan les había prometido, a regañadientes y después de que Blair lo acorralase, que podrían ir a vivir con ellos si querían.

La marquesa levantó el rostro y lo observó.

—Me gustaría, claro. Adoro a las gemelas y, eso, sobre la paciencia de Dash... tienes razón, aunque creo que debemos esperar a ver qué sucede con ellas, quizás de momento no quieran saber nada de matrimonio, pero nunca se sabe lo que les deparará el destino. Me acabo de casar contigo y aunque las amo con todo mi corazón, creo que te volverían loco si pasases un solo día con ellas. Aguarda a que Dash las repudie o ellas deseen venir.

—¿Las repudiaría? —preguntó con asombro.

—Son únicas tramando fechorías. Si no llega a hacerlo, creo que lo podría ver como a un santo. —Kalsie se rio con ligereza.

—En ese caso, aún tenemos un par de años para descubrirlo. Tal vez se enamoren y... —La atrajo para besarla—. El amor todo lo cambia y todo lo puede.

Kalsie se separó de sus labios y sonrió ampliamente, movió su mano hasta encontrar su miembro y lo acarició como él le había enseñado.

—Mientras tanto, aún tienes muchas cosas que mostrarme —le recordó con voz seductora.

Ethan gruñó.

—Parece que mi marquesa quiere seguir con las lecciones... —Ella movió su mano provocándolo, mientras besaba su barbilla—. En ese caso, no pienso negarme a ser tu mentor en el arte de la seducción. —La colocó debajo de él y la besó. Sus cuerpos se unieron nuevamente, para amarse sin palabras.

Fin.

Nota de la autora

Querida amiga lectora, espero que hayas disfrutado de esta historia y te animes a conocer a la primera de las hermanas gemelas. Delila viene fuerte en: *Una candidata inesperada*. Ha sido un placer trabajar a cuatro manos con Verónica Mengual para hacer algo fresco, ligero, ágil y que tenga chispa. ¿Lo hemos logrado? Espero que sí.

Mis obras publicadas por el momento son:

Mi hermosa apostadora (Apostando al amor 1)

Mi jugada perfecta (Apostando al amor 2)

Apostando al destino (Apostando al amor 3)

Una fortuna por tu amor (Apostando al amor 4)

La magia de tus ojos (Una aventura en el amor 1)

En busca de tu amor (Una aventura en el amor 2)

Por siempre tú (Una aventura en el amor 3)

Recuerdos del corazón (Una aventura en el amor 4)

Una pupila inesperada: Serie Inesperada 1

Una prometida inesperada: Serie Inesperada 2

Sobre la autora

A.S. Lefebre, nacida en Costa Rica, se considera una apasionada y devoradora de libros. Había soñado con ser escritora desde muy joven y los mejores días de su adolescencia los paso escribiendo e inventando pequeñas historias, pero no fue hasta que hasta que leyó su primera novela romántica, que decidió escribir la suya. Así que comenzó a darles vida a sus personajes en un mundo único, con el fin de conquistar el corazón de sus lectores. Adora principalmente el género del romance de época con un poco de erotismo. Y su autora favorita es Lisa Kleypas, quien la introdujo de cabeza en el género.

Su página de Amazon: <https://amzn.to/2WSCegn>

Redes sociales:

Instagram: [a.s.lefebre](#)

Página de facebook: [A.S. Lefebre](#)

Correo: alefebrec@gmail.com

